

Maurizio Lazzarato

Guerra o revolución

Porque la paz no es
una alternativa

Maurizio Lazzarato

Guerra o revolución

Porque la paz no es
una alternativa



**COLECCIÓN
NOCIONES
COMUNES**

Lazzarato, Maurizio

Guerra o revolución : porque la paz no es una alternativa / Maurizio Lazzarato. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2022.

136 p. ; 20 x 14 cm.

Traducción de: Gilda Vignolo; Iván Torres Apablaza; Tuillang Yuing Alfaro.

ISBN 978-987-3687-96-9

1. Política. 2. Filosofía Política. 3. Ensayo. I. Vignolo, Gilda, trad. II. Torres Apablaza, Iván, trad. III. Yuing Alfaro, Tuillang, trad. IV. Título.

CDD 327.172

Los capítulos I y II se publicaron en marzo de 2022 en *Machina* y fueron traducidos por Iván Torres Apablaza (I) e Iván Torres Apablaza y Tuillang Yuing Alfaro (II) para la revista *Disenso*; los otros tres capítulos fueron escritos en junio, y traducidos, junto con la Introducción, por Gilda Vignolo. Las citas de este volumen están tomadas de las ediciones francesas y las traducciones son del autor.

Imagen de tapa: Mariela Hokama, *s/t*, 2022

Corrección: Elina Kohen

Diseño de cubierta y Colección Nociones Comunes: Juan Pablo Fernández



Creative Commons 2.0 (CC BY-NC-ND 2.0)

© de los textos, Maurizio Lazzarato

© 2022, de la edición Tinta Limón

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Palabras previas, por Jun Fujita Hirose	9
Introducción	13
I. La guerra en Ucrania, Occidente y nosotros	23
Nueva distribución del poder en el mercado mundial	29
La economía, arma de destrucción masiva	31
Por qué Putin invadió Ucrania	34
Lenin, guerra y revolución	38
II. Guerra, capitalismo, ecología	41
Sobre los límites de la comprensión de la filosofía ecologista	41
La Primera Guerra Mundial y la destrucción absoluta	42
La gran aceleración	44
El denominado “neoliberalismo”	47
La guerra entre potencias y la guerra contra “Gaia” tienen el mismo origen	48
Post scríptum: crisis de la ontología	51
III. ¿Cómo fue pacificado el capitalismo?	53
¿Qué debemos preservar de las revoluciones?	53
La guerra de conquista y de sometimiento	54

Las guerras civiles y el neoliberalismo	58
La ideología como narración	60
Las revoluciones y la guerra	64
El militarismo y el ciclo económico	68
IV. Michel Foucault: a propósito de un giro sobre la guerra civil	75
La afirmación de la voluntad en el proceso de subjetivación	75
Los afectos son impotentes sin la fuerza y la fuerza sin los “deseos” no perdura	77
Violencias y revolución	79
La voluntad y el principio estratégico	84
El principio estratégico de la lucha de clases	88
La dialéctica y la contradicción	93
Lo que fue eliminado de la guerra de sometimiento	98
V. Globalización: ¿máquina de guerra, Imperio o imperialismo?	101
Cómo Estado y capital se integran sin identificarse	101
El Imperio	108
El imperialismo y su necesidad	113
La globalización, o la acumulación capitalista a escala mundial	115
La utopía de la autonomía del capital globalizado y la realidad del imperialismo	117
Estado y capital	120
La relación entre Estado y capital en los historiadores	123

Palabras previas

por Jun Fujita Hirose

Así como se necesitaron dos guerras mundiales para dar punto final al ciclo de acumulación del capital bajo la hegemonía inglesa, hoy, a finales del ciclo norteamericano, estamos asistiendo con la guerra en Ucrania al estallido de una nueva serie de guerras entre imperialismos. Esta situación actual nos incita, con urgencia, a hacer nuestra la estrategia revolucionaria determinada por Lenin y la izquierda de Zimmerwald en 1914-1915, a saber, la de “transformar la guerra imperialista entre los pueblos en una guerra civil de las clases oprimidas contra sus opresores”. Este es el compromiso coyuntural del título de este libro: *Guerra o revolución*.

Pero el autor de inmediato agregaría que, en el mundo capitalista, esta disyunción exclusiva, “guerra o revolución”, se plantea no solo en los períodos de transición cíclica, es decir, en los interregnos hegemónicos, sino cada vez que la valorización del capital industrial choca con sus barreras endógenas. Vale la pena volver al famoso esquema de Marx en el tomo III de *El capital*: “La producción capitalista tiende sin cesar a sobrepasar estas barreras que le son inmanentes, pero no lo logra más que empleando medios que, de nuevo y a una escala mayor, levantan ante ella las mismas barreras” (sección tercera, capítulo XV). ¿Cuáles son los “medios” a los que el capitalismo acude para superar sus barreras inmanentes? Son las guerras, respondería con firmeza Maurizio Lazzarato. Y ¿cuándo el capitalismo se encuentra ante tales barreras? La respuesta, esta vez, ya está dada en las líneas citadas: lo hace todo el tiempo, puesto que no las sobrepasa sin tropezar de inmediato con las mismas, reproducidas a una escala ampliada. Según Lazzarato, la frase marxiana dice que el capital industrial

solo se sigue valorizando acompañado de una consecución ininterrumpida de guerras.

¿Cuáles son esas “mismas” barreras que no cesan de volver a imponerse ante el capital industrial en su proceso de reproducción ampliada? Según Marx, son las de la baja tendencial de la tasa de ganancia. ¿Cómo las supera el capital industrial? Lo hace al aumentar cada vez la masa de ganancia. Y Lazzarato señala que son solo las guerras las que permiten que esta aumente. Cualquier aumento modesto de la ganancia o de la plusvalía en términos absolutos requiere de una guerra, que sea esclavista, colonial, clasista, patriarcal (sexista o de género), racista o medioambiental. Es en este sentido que el filósofo italiano habla de “identidad de producción y destrucción” bajo el capitalismo, es decir, identidad de la producción capitalista con la destrucción por guerra. Solo que esta se esconde en el fetichismo de la mercancía.

Dicho esto, nuestro autor precisa que el que organiza y lleva a cabo las guerras no es el propio capital industrial, sino el Estado. Con referencia a las teorías feministas contemporáneas (Silvia Federici y Verónica Gago, en particular), sostiene que incluso las “violencias” de género o racistas, sean corporales o discursivas, no son más que formas personalizadas de las guerras estatales (aquí deberíamos referir también a Rita Segato y a Raquel Gutiérrez Aguilar, entre otros). En el párrafo arriba citado, el propio Marx añade que “la verdadera barrera de la producción capitalista es el propio capital”. Es decir, que el capital industrial, por sí mismo, no puede más que obstruir su propio camino de valorización. Es el Estado, en cuanto organizador de las guerras, el que lo despeja y permite que el capital industrial haga retroceder incesantemente su límite absoluto al sustituirlo por límites relativos, superables. Por eso, el libro nos propone pensar el capitalismo desde el punto de vista de la “máquina Estado-capital” y no únicamente del capital.

La disyunción exclusiva “guerra o revolución” nos coloca en el terreno de la política. La política es el acto de *cortar*. El Estado es político, en el sentido de que no cesa de operar *cortes* o divisiones en la población humana y no humana por medio de guerras para *cortar* o inhibir la tendencia del capital industrial a precipitarse hacia su

límite absoluto. Y la revolución es política, en la medida en que *corta* o rompe la conexión maquina del Estado al capital industrial para *cortar* o interrumpir el proceso de reproducción ampliada de este último y la cadena de guerras que lo acompaña por necesidad. El Estado no cesa de *cortar* o reprimir las fuerzas revolucionarias al desarrollar guerras contra ellas, mientras que la revolución *corta* o trunca la sucesión de *cortes* contrarrevolucionarios, haciendo que las guerras estatales se vuelvan contra sí mismas. Si el Estado *corta*, la revolución *corta* ese *corte*.

La competencia en los mercados implica una doble guerra orquestada por el Estado. Por un lado, constituye el semillero de guerras de clase personalizadas y, en particular, de aquellas fascistas arriba mencionadas. Por otro lado, es en sí misma un efecto de otro tipo de guerras estatales, las cuales consisten en consolidar las clases de monopolio. Incluso en el neoliberalismo, promocionado por sus ideólogos (los de la escuela de Chicago, por excelencia) como desarrollo pacífico de una sociedad de libre competencia, el Estado no ha cesado de organizar guerras militares y financieras para reforzar la naturaleza monopolística del capitalismo y afianzar la división entre las clases de monopolio y aquellas condenadas a la competencia permanente. La famosa consigna “Somos el 99 por ciento” solo puede dejar de flotar como un significante vacío y arraigarse en una materialidad tangible de las cosas cuando la entendemos en estos términos. Si bien es cierto que es indispensable crear una “noción común” a las clases de competencia (el “99 por ciento”, la “multitud”, por ejemplo) para llevarlas más allá de las guerras de clase, cada vez más agravantes, entre ellas, no es menos cierto, para Lazzarato, que toda noción común quedaría puramente virtual, inoperante, si no la forjamos al someterla a la prueba de la realidad de las guerras estatales contra la población, dado que son estas últimas las que provocan y siguen provocando guerras fratricidas y sororicidas en el seno de la población.

El siglo XX fue a la vez estadounidense y de revoluciones. La máquina Estado-capital norteamericana estableció y mantuvo su hegemonía sobre el mercado mundial, mientras que la Revolución Rusa puso en marcha un conjunto de revoluciones anticoloniales

en el Sur global. Sin embargo, como sabemos, todas esas revoluciones, aun la rusa, acabaron por restituir el Estado y, en consecuencia, la máquina Estado-capital, lo cual nos ha llevado a la situación actual, en la que las nuevas potencias imperialistas del Sur, encabezadas por China, se ponen en guerra contra aquellas viejas del Norte, aliadas bajo el liderazgo de Estados Unidos. En este sentido, Lazzarato da la razón a Lenin, quien decía que “hay que abolir el Estado”. Este libro invita a los pueblos oprimidos del siglo XXI a convertir todas las guerras estatales actualmente en curso, que sean externas o internas, imperialistas o fascistas, en una guerra civil transnacional contra los Estados. Nuestro autor no estaría tan lejos como parece creer de Gilles Deleuze y Félix Guattari, cuyo “esquizoanálisis” consistía en activar el devenir-revolucionario de las personas *en medio de* cada revolución para evitar que ésta cayera en resucitar el Estado.

Introducción

La guerra en Ucrania pone en evidencia todos los límites políticos de lo que queda de los movimientos y de las teorías críticas. Ambos expulsaron la guerra (y las guerras) del debate político y teórico produciendo una pacificación del capitalismo y del Estado. Se discute y se teoriza sobre producción, trabajo, relaciones de poder (del hombre sobre la mujer, del blanco sobre el racializado, del patrón sobre el trabajador) en un marco en el que la guerra de conquista y sometimiento, la guerra civil y la guerra entre Estados parecen pertenecer al siglo XX. Las revoluciones, y también los revolucionarios, aparecen encerrados en un pasado que los vuelve inútiles y que nos impide utilizar su saber estratégico sobre el imperialismo y las guerras.

El resultado de cincuenta años de pacificación es el desconcierto ante el estallido de la guerra entre imperialismos, sacudidos por la crónica, a merced de la opinión, sin un punto de vista de clase, porque las clases fueron descartadas, confundiendo la derrota de la clase obrera histórica con el fin de la lucha de clases. Por el contrario, esta se ha intensificado, incluso ha recrudecido, pero ahora es conducida con un enfoque estratégico únicamente por el enemigo de clase.

Nos enfrentamos a la gran tarea de reintegrar las guerras y las luchas de clases como elementos estructurales del capitalismo, mientras intentamos reconstruir una perspectiva partidaria sobre estas.

Todas las teorías críticas han desarrollado un nuevo concepto de producción (deseante, afectiva, cognitiva, biopolítica, neuronal, pulsional), pero a la vez han soslayado el hecho de que, antes de producir bienes, es necesario “tomar y dividir” para crear las clases sociales. La producción, el trabajo, las relaciones de poder raciales

y sexuales presuponen guerras de conquista y sometimiento que produzcan a las mujeres, los obreros, los colonizados, los racializados, los ciudadanos que no existen naturalmente. Al mismo tiempo, la guerra civil de apropiación de los cuerpos debe afirmar la división entre propietarios y no propietarios, entre quién manda y quién obedece.

La “paz” resultante es la que los vencedores imponen a los vencidos y es la continuación de la guerra de sometimiento por otros medios (la economía, la política, la heterosexualidad, el racismo, el derecho, la ciudadanía). La acumulación del capital no hará otra cosa que reforzar los dualismos que la sustentan, creando diferencias cada vez mayores de renta, de patrimonio y de poder al interior de las clases de cada país; pero también una creciente desigualdad de poder militar, político y económico entre los Estados, que conducirá a una guerra entre imperialismos que es, a su vez, la continuación de la “paz” de la política, de la economía, de la biopolítica por otros medios. *La guerra no es la interrupción de las luchas de clase, sino su continuación bajo otras formas.*

En pocas palabras, este es el ciclo económico-político del neoliberalismo que comienza con la guerra y termina con la guerra, del cual nos ocuparemos en los capítulos tercero y cuarto, junto con la formación de las clases, el gran agujero negro de las teorías críticas contemporáneas, porque anulan la consigna de Marx que es condición de todo cambio radical: “Expropiar a los expropiadores”. Se cree que se puede imponer lo “común”, las formas de vida emancipada, la producción de subjetividades, las políticas del deseo, sin pasar por el derrumbe de las expropiaciones originarias. El quinto capítulo aborda la relación entre la acumulación en el mercado mundial, el Estado y la guerra imperialista, que el enfrentamiento en Ucrania ilustra perfectamente.

Lenin nos brinda una buena indicación metodológica acerca de cómo leer la guerra actual desplazando el discurso repetido obsesivamente por el agresor y por el agredido: “El filisteo no comprende que la guerra es ‘la continuación de la política’, entonces se limita a decir ‘el enemigo ataca’, ‘el enemigo ha invadido mi país’, sin analizar *por qué motivo* se libra una guerra, *qué clases* la hacen, con

qué fin político (...). Y así como para valorar la guerra se han empleado frases absurdas sobre la agresión y la defensa en general, para referirse a la paz también se recurre a lugares comunes filisteos, olvidando la situación histórica y la realidad concreta de la lucha entre las potencias imperialistas”.

El *motivo* y el *fin* político es, sin duda, la hegemonía del mercado mundial que, tras la caída del Muro, Estados Unidos creía poder dominar fácilmente. Las guerras perdidas para exportar la democracia ya eran una señal de que no todos querían vivir bajo la “pax americana”. Pero aún más preocupante para el Tío Sam es el crecimiento del gran Sur –el primer capítulo se ocupa de sus formidables revoluciones y de su transformación en capitalismo en todo caso irreductibles al capitalismo occidental– y, en particular, de China y Rusia, a quienes tampoco les agrada que los estadounidenses –no está claro con qué legitimidad– dominen el mundo a través de la fuerza.

El Sur lee la guerra en Ucrania como la punta de lanza del Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense, impulsado por los neoconservadores –el siglo del “*Make America great again*” (Trump), del “Hacer que Estados Unidos lidere al mundo nuevamente” (Biden)–, cuyo objetivo principal es debilitar a Rusia, pero luego apuntar a China y al Sur en su totalidad. Es por eso que, por diferentes razones, se niegan a seguir a “Occidente”, al que ven como un imperialismo mucho más peligroso que el ruso. Esto sucede en países que, en algunos casos, han salido de siglos de colonización y encuentran en Estados Unidos su principal amenaza. No se trata de una postura de los gobiernos, sino de una conciencia generalizada en la población, como en muchos países de América Latina. Me parece que el Sur capta mejor que Occidente y que la desgraciada Europa cuáles son las implicancias de la guerra.

Pero si abandonamos la perspectiva de las relaciones internacionales y adoptamos el punto de vista de clase, los imperialismos del Norte, del Sur y del Este se parecen: todos explotan a las mujeres, a los obreros, a los migrantes, a los colonizados y reprimen a las minorías dentro de sus Estados, mientras que, fuera de ellos, se apropian de recursos humanos y materiales. Todos, a su manera,

están gobernados por oligarquías mafiosas, no solo en el Este: en Italia no se vota desde hace años porque las oligarquías financieras se han apoderado del Estado; en Francia se organizaron mejor y un banquero fue elegido presidente de la República. Todos estos imperialismos han destruido ese resto de democracia, que no era una concesión del poder, sino que había sido conquistada por las luchas, como el sufragio universal. Una vez eliminado el conflicto, la democracia desaparece porque no es en absoluto una criatura del capitalismo. Los más hipócritas, como siempre, son los occidentales, que para exportar su modelo no dudaron en hacerlo detonar internamente promoviendo el fascismo, el racismo y el sexismo dentro de sus fronteras; lograron que Trump llegara a la Casa Blanca y que estuviera listo para la revancha (o quien sea por él); mientras que en Francia, cuna de los derechos humanos, la extrema derecha alcanzó el 42 por ciento de los votos en las elecciones presidenciales de este año.

Ucrania no se diferencia en nada de los otros Estados del ex Pacto de Varsovia (Hungría, Polonia, etc.): un gobierno institucional de derecha (con componentes fascistas) a la sombra de las oligarquías, políticas neoliberales, represión a la “izquierda”, homofobia, sexismo, privatización de las tierras agrícolas, venta de las mayores riquezas del país a las multinacionales agroalimentarias, legislación antilaboral; todo bajo el control y la dirección de la OTAN, Estados Unidos e Inglaterra.

Atento a las luchas de liberación nacional, Lenin decía que hay que defender el derecho a la autodeterminación de las naciones y de las minorías nacionales aunque estén gobernadas por la derecha, salvo que se conviertan en un instrumento del imperialismo.

Pero ¿qué clases están en juego? Las clases que dirigen los imperialismos han llevado a cabo una integración progresiva y estratégica del capital y del Estado. En este libro, en lugar de pensar el Estado y el capital como dos entidades separadas, se utiliza el concepto de una máquina bicéfala, Estado-capital, como un dispositivo que conjuntamente produce, “gobierna”, hace la guerra, aunque con tensiones internas, ya que el poder soberano y el lucro no coinciden. Se integran progresivamente, pero jamás se identifican. Para poder

analizar el funcionamiento de estos imperialismos y de sus clases dirigentes, es necesario volver sobre la definición del capital y del Estado (nos ocuparemos de ello en el quinto capítulo) y de su relación, que ha sido caricaturizada por los discursos de la globalización en términos de supremacía del primero sobre el segundo, disipación de las fronteras, superación del imperialismo, crisis de la soberanía y automatismos de las finanzas. La relación entre política y economía, entre Estado y capital, se gestiona de diferentes modos en cada país: aun cuando todos sean capitalistas, sus objetivos y los medios que se precisan para lograrlos no son los mismos.

En suma, estamos frente a una multiplicidad de centros de poder político y económico que, con la agudización de las crisis y las catástrofes ecológicas, sanitarias y económicas desatadas por las políticas neoliberales, luchan como hace un siglo por apropiarse de los mercados, de los recursos materiales y humanos; luchan para imponer su moneda y sus propias reglas. En definitiva, seguimos lidiando con imperialismos que se enfrentan por medio de las armas, de la economía, de la comunicación, de la logística, de la cultura, es decir, por medio de una guerra “total”. Pero el conflicto de los años 1914-1918 ya era total y, de hecho, sigue constituyendo la matriz de lo que ocurre ahora –tal como se desarrolla en el segundo capítulo–.

El gran problema de los oprimidos es que el abandono de la revolución y la guerra –que estaban en el centro del debate del siglo XX– estuvo acompañado por la renuncia al concepto de clase, una cuestión cardinal que no puede ser abordada en este libro.¹ Lo que sí podemos decir es que las clases sociales no comprenden únicamente a los capitalistas y los obreros, sino también a los hombres y las mujeres, a los blancos y los racializados. Estos dualismos que funcionan como focos de lucha y de organización son diversos y, por lo tanto, sus puntos de vista difieren, incluso sobre la guerra.

Los movimientos feministas están especialmente interesados en las violencias, pero aunque las guerras son indudablemente

1 Remito a mi libro *L'intollerabile presente, l'urgenza della rivoluzione. Classi e minoranze*, Verona, Ombre corte, 2022 [Vers. cast.: *¿Te acuerdas de la revolución? Minorías y clases*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2022.]

violentas, los dos conceptos no son equivalentes. La violencia sexual, racial, clasista debe ser comprendida y politizada como individualización de la guerra de conquista. El debate que crece dentro del feminismo sobre las “violencias” podrá desplegar un discurso sobre la guerra que algunas voces feministas vienen problematizando con relación a la guerra de conquista y sometimiento (Monique Wittig, Colette Guillaumin y todo el feminismo materialista, Silvia Federici, Verónica Gago). En el centro de la guerra están seguramente las pulsiones masculinas, pero si bien esto es cierto desde la guerra de Troya hasta la de Ucrania, entonces siempre se trataría de una única y misma guerra, de este modo corremos el riesgo de perder la especificidad de las guerras en la época de los imperialismos, de sus razones y de su monstruosa capacidad de destrucción.

La teoría y la política ecológica no consideran el estrecho vínculo que une las guerras totales con la catástrofe climática y ambiental: el segundo capítulo aborda la relación de identidad y reversibilidad entre producción y destrucción inaugurada por la Primera Guerra Mundial.

El movimiento obrero –que prácticamente no sobrevivió a la derrota histórica sufrida durante los años sesenta y setenta sino por los sindicatos– funciona como una institución completamente integrada a la máquina Estado-capital.

Esta situación, en la que la iniciativa está en manos del enemigo, en la que los movimientos políticos están en plena reconstrucción después del ciclo de luchas de 2011, no podía generar un gran debate sobre la guerra, el pacifismo, el rearme, la revolución tal como se desarrolló antes y durante la Primera Guerra Mundial. Un punto de vista de clase significativo parece emerger con gran dificultad.

Estar a favor del fin de la guerra no significa ser pacifistas, en la historia de los oprimidos nada se ha conquistado nunca con la paz. La paz no es una cuestión obvia, debe ser interrogada. ¿Qué paz se quiere? ¿La que precedió y causó la guerra? ¿La paz de los últimos cincuenta años de contrarrevolución, que ha sido, en el Norte, una masacre de las conquistas obtenidas después de un siglo de luchas y, en el Sur, la continuación de las guerras para exportar la democracia

occidental (en realidad guerras de saqueo, de apropiación, de extracción)? ¿Una paz similar a la que se instauró después de la Primera Guerra Mundial y que no ha hecho más que preparar la Segunda?

Los revolucionarios tenían una fórmula que, por su simplicidad, debería hacernos reflexionar: “La guerra es la continuación de la política de paz, y la paz es la continuación de la política de guerra”. Esto significa que querer la paz sin abolir el capitalismo es un absurdo o una ingenuidad, porque el capitalismo no elimina la guerra, sino que la intensifica y la difunde socialmente como no lo ha hecho nunca ningún otro sistema económico y político.

Son precisamente los conceptos de guerra y de paz los que resultan problemáticos en su oposición: después de la Primera Guerra Mundial esta separación ya no tiene mucho sentido, porque “lo nuevo es el estado intermedio entre la guerra y la paz”. La afirmación “tenemos paz cuando no hay guerra” es verdadera solo en el caso de la guerra militar, pero el “pasaje a la guerra total consiste precisamente en que los sectores extramilitares de la actividad humana (la economía, la propaganda, las energías psíquicas y morales de los no combatientes) están dedicados a la lucha contra el enemigo”. En todo caso, “combatir los efectos (la guerra), dejando subsistir las causas (el capitalismo)” era considerado por los revolucionarios como un “trabajo infructuoso”, y nosotros estamos de acuerdo con ellos.

Es probable que la guerra continúe, porque ni los rusos ni los estadounidenses pueden perder. Pero incluso si firman la “paz” viviremos dentro de un neoliberalismo más “autoritario”, dirigido por oligarquías aún más depredadoras, respaldadas por fuerzas fascistas, racistas y sexistas que prepararán la próxima guerra contra China, tal como lo demuestra la loca carrera armamentista.

Lo mismo podemos decir de la reivindicación pacifista del desarme: la industria bélica y el militarismo son elementos constitutivos del capitalismo. Estado, capital y militarismo integran un círculo virtuoso: el militarismo favorece el desarrollo del capital y del Estado desde siempre, y estos, a su vez, financian el desarrollo del militarismo.

Después de la Primera Guerra Mundial, la industria bélica constituye una inversión imprescindible para la acumulación. Tiene la

misma función de estímulo que las inversiones productivas (keynesianismo de guerra) y absorbe el aumento de la producción de modo que no se dirija al “consumo”. En este sentido, la industria bélica es un regulador del ciclo económico, pero sobre todo del “ciclo político”. La economía de guerra en la que hemos ingresado aumentará aún más la parte de la riqueza producida que irá al armamento y reducirá posteriormente el consumo. En el Sur no se tratará solo de una contracción del poder adquisitivo, sino de escasez, de explosión de la deuda para muchos de estos países, de default para otros y de miseria para todos los oprimidos; del endurecimiento de las jerarquías (sexuales, raciales, de clase) y de clausura de todo espacio político. También aquí vale la máxima revolucionaria según la cual “combatir los efectos (la industria bélica y el militarismo), dejando subsistir las causas (el capitalismo)” es equivocar el objetivo.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el punto de vista revolucionario de “transformar la guerra imperialista en una guerra civil revolucionaria” era absolutamente minoritario. La mayor parte del movimiento obrero había adherido a las guerras nacionales votando por los créditos de guerra y celebrando la defensa de la patria. Esta es una ruptura de la que el movimiento obrero europeo nunca se levantará, mientras que la consigna de la politización de la guerra, porque de eso se trata cuando hablamos de transformarla, conducirá a la primera revolución victoriosa de la historia de los oprimidos.

No se trata de repetir o copiar este formidable saber estratégico, sino de usarlo como postura, como punto de vista y actualizarlo, reconfigurarlo, repensar sus contenidos, sobre todo porque es el único que tenemos acerca de la guerra. Aquí solo puedo plantear preguntas que responderemos colectivamente, si es que somos capaces de hacerlo: ¿qué significa hoy politizar la guerra? En el siglo XX, la guerra era un terreno privilegiado del conflicto de clases para revertir las relaciones de poder y las jerarquías de explotación. No podemos pensar en transformar la guerra como lo hicieron en Rusia, en China, o en Vietnam, pero deberíamos asignarle un nuevo contenido y una nueva vida al verbo transformar. “Transformar” la guerra me parece una tarea política urgente.

Para poder actualizar esta transformación, debemos recuperar lo que hemos perdido, el principio estratégico (que veremos en el cuarto capítulo) con el que interpretar la guerra de conquista de las clases, su puesta en marcha y la inevitable conclusión de que las relaciones pueden ser irreconciliables en la guerra imperialista. No es tanto la potencia productiva del proletariado lo que necesitamos, sino el principio estratégico capaz de interpretar la lucha de clases, la guerra civil y la guerra imperialista, de nombrar al enemigo y combatirlo.

Quizás sabiamente, Lenin hablaba de “tratar de impedir la guerra por todos los medios”, si de este modo se conseguía “derrocar” a los señores de la muerte. Si no lo logramos, quedaremos aplastados por la destrucción general que provoca la guerra.

I. La guerra en Ucrania, Occidente y nosotros

La catástrofe es el elemento vital y el modo normal de existencia del capital en su fase final.

Rosa Luxemburgo, 1913

Las consignas “No a la guerra”, “Paz”, “Ni con Putin ni con Biden” parecen débiles e impotentes si no encuentran su fuerza *contra* Putin y *contra* Biden. La oposición a la guerra debe basarse en una enérgica lucha contra las diferentes formas de capitalismo y soberanía en disputa e igualmente movilizadas en la organización de la dominación, la explotación y la guerra.

El llamamiento de la Internacional Socialista en la conferencia de Zimmerwald de 1915 nos recuerda una verdad muy simple, aunque activamente olvidada. La guerra “surge de la voluntad de las clases capitalistas de cada nación de vivir de la explotación del trabajo humano y de las riquezas naturales del Universo”, por lo que el enemigo principal es nuestro propio país, o está *también* en él .

Uno se sorprende, se desorienta, como si esta guerra fuera, en su disrupción, una novedad que estallara como un rayo en el cielo sereno de la paz. Sin embargo, desde que el Departamento de Estado anunció el fin de la historia (1989), la paz y la prosperidad, bajo la benevolencia del Tío Sam, el Pentágono y el Ejército estadounidense, ha llevado a cabo una impresionante serie de “misiones humanitarias en favor de la hermandad de los pueblos”:

Panamá 1989

Irak 1991

Kuwait 1991

Somalia 1993
Bosnia 1994-1995
Sudán 1998
Afganistán 1999
Yemen 2002
Irak 1991-2003
Irak 2003-2015
Afganistán 2001-2015/2021
Pakistán 2007-2015
Somalia 2007-8 / 2011
Yemen 2009-2011
Libia 2011/2015
Siria 2014-2015

Sin rivalizar con semejante récord, después de que Chechenia y su guerra de exterminio pasaran (con la complicidad de Occidente) por el filtro del terrorismo como principal enemigo de la humanidad, es Rusia la que ha tomado el relevo para aniquilar cualquier rastro de una primavera siria y salvar al régimen de Assad, mientras lleva a cabo “operaciones militares especiales” en su zona de influencia (Georgia, Moldavia, Ucrania...).

Pero las guerras entre las potencias nunca se desarrollan sin la prolongación de las guerras de clase, las guerras de raza y las guerras contra las mujeres que cada Estado libra por su cuenta.

El hecho es que los movimientos políticos contemporáneos se han desvinculado completamente de la tradición que situaba las cuestiones de la guerra y la revolución en el centro del debate y la acción política. Tanto es así que uno se pregunta si la mayor victoria de la contrarrevolución no ha sido hacernos creer que estas cuestiones han desaparecido para siempre, cuando en realidad siguen siendo actuales.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Para comprender la guerra actual, debemos remontarnos a la caída del Muro de Berlín y explicar los cambios estratégicos que, en su momento, no fueron realmente comprendidos debido a la falta de análisis de las revoluciones del siglo XX. Los occidentales representan el mayor peligro para la paz mundial porque son muy conscientes de la doble declinación que la amenaza: la de Europa desde

la Primera Guerra Mundial y la de Estados Unidos desde finales de los años 1960. Ellos producen constantemente desórdenes políticos y económicos, propagan el caos y la guerra porque, además, se equivocaron gravemente sobre la nueva fase política que abrió el colapso de la Unión Soviética.

Los occidentales (y sobre todo los gobiernos estadounidenses, con todo el *establishment* industrial y financiero, la burocracia armada del Pentágono, etc., frente al pueblo estadounidense dividido por una guerra civil *en curso*) estaban convencidos de que habían triunfado, pese a haber perdido, aunque de forma diferente a los soviéticos. Este es un punto muy importante que explica todas las decisiones catastróficas que han tomado en los últimos treinta años, de las cuales la extensión de la OTAN a Rusia, que llevó a la guerra de Ucrania, seguramente no es la última.

Alberto Negri recientemente escribió: “Desde 1997, Estados Unidos había sido advertido por George Kennan, arquitecto de la política de contención de la Unión Soviética: ‘La expansión de la OTAN es el error más grave de Estados Unidos desde el final de la Guerra Fría. Empujará la política rusa en la dirección opuesta a la que queremos’”.

Para saber por qué los estadounidenses siguen tomando decisiones catastróficas que nos llevan directamente al desastre, es necesario remontarse al siglo XX, que no fue ni “corto” (Hobsbawm) ni “largo” (Arrighi), sino el siglo de las revoluciones y contrarrevoluciones, las más importantes de las cuales, las que han configurado nuestra situación actual, tuvieron lugar en el Sur del mundo.

Para los occidentales, la economía de mercado y la democracia habían ganado la batalla de la “civilización” en el siglo XX. Lo único que faltaba era aprovechar la victoria para imponer el “neoliberalismo” y los derechos humanos en todo el mundo.

En realidad, el siglo XX fue el siglo de la “revuelta contra Occidente”, el siglo de las guerras contra su imperialismo, el siglo de las guerras civiles mundiales (y no solo europeas) que continuaron después de la Segunda Guerra Mundial. Y es a partir de aquí que debemos empezar a entender algo de la situación contemporánea.

Los occidentales, centrados en el enfrentamiento Este/Oeste, no comprendieron que las guerras anticoloniales, en menos de un siglo, estaban invirtiendo el equilibrio de poder entre el Norte y el Sur. Los “pueblos oprimidos” habían atacado la división económica y política entre centro y periferia que desde 1492 regía el funcionamiento del capitalismo. El poder europeo se basaba en la separación del proletariado mundial, entre aquellos trabajadores que aportaban trabajo abstracto en el Norte y los proletarios, campesinos, mujeres, esclavos, siervos, etc., que garantizaban un trabajo desvalorizado, gratuito o muy mal remunerado en el Sur, y el trabajo doméstico gratuito en el mundo.

El gran mérito de la revolución bolchevique fue abrir el camino a la revolución de los “pueblos oprimidos”. Esto cambiará radicalmente la relación de fuerzas para siempre.

Pese a esto, tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos emprendió una implacable guerra política y económica contra el Sur (el “tercer mundo” en aquel momento). Efectivamente, lograron derrotar la revolución mundial, pero esta sedimentó cambios tan radicales en la organización del mercado mundial y en las sociedades liberadas del imperialismo que las revoluciones anticoloniales, aunque abandonaron el proyecto comunista o socialista, están en el origen de la distribución contemporánea de los poderes políticos, y del desplazamiento de los centros del capitalismo del norte, hacia el sur y el este.

La gran novedad no se encuentra en la revolución digital, en el capitalismo cognitivo, la biopolítica, la bioeconomía, etc. (todos estos conceptos reflejan un estrecho punto de vista eurocéntrico), sino en este cambio en la relación entre las fuerzas económicas y políticas. La reconfiguración del capitalismo no se ha llevado a cabo principalmente en el Norte, sino en el Sur del mundo, como es cada vez más claro.

Para Giovanni Arrighi, el núcleo del antagonismo de la segunda mitad del siglo XX “no es otro que la lucha de poder durante la cual el gobierno estadounidense trató de contener, mediante el uso de la fuerza, el doble frente que representaban el comunismo y el nacionalismo en el Tercer Mundo”. Es el único entre los

operaístas que ha comprendido las revoluciones del siglo XX, y demuestra que la contrarrevolución monetaria –que comenzó con la declaración de la inconvertibilidad del dólar (1971)– constituye una respuesta directa a la guerra anticolonial más importante de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, la que indicó la movilización general contra el imperialismo a todos los países del Sur. “Debemos hacer como Dien Bien Phu”, proclamó Fanon desde Argelia, todavía bajo la ocupación francesa.

Mientras que los marxistas europeos refieren la reorganización capitalista únicamente a las luchas entre el capital y el trabajo y a la competencia entre capitalistas, Arrighi afirma que las políticas estadounidenses de finales de los años 1960 y 1970 tenían como objetivo “arrancar de las restricciones monetarias la lucha por la dominación que los Estados Unidos estaban librando en el Tercer Mundo”.

Los costos (externos e internos) de la guerra liderada por Estados Unidos contra el Viet Cong “no solo contribuyeron a la reducción de los beneficios, sino que fue la causa más fundamental del colapso del sistema de tipo de cambio fijo establecido en Bretton Woods, así como de la consiguiente fuerte devaluación del dólar estadounidense”.

La colonia es tan moderna como la fábrica de Manchester, forma parte de la cadena de valor como Detroit o Turín, y resultará ser el lugar más propicio para la subjetivación revolucionaria, poniendo en crisis el centro desde la periferia. “Al igual que en el caso de la liquidación de la paridad oro/dólar, fueron las guerras y las revoluciones en el Sur, y no la competencia entre los capitalistas de las tres grandes economías del mundo, los principales motores de la contrarrevolución monetaria de 1979-1982”.

El arma monetaria movilizada contra el Sur tuvo repercusiones muy fuertes en las luchas de clase del Norte. “Pero el estímulo más fuerte vino de la crisis no resuelta de la hegemonía estadounidense en el Tercer Mundo, no de la crisis de rentabilidad. Las diferencias entre el Norte y el Sur a finales del siglo XIX y a finales del XX “son más importantes que aquellas relaciones entre el trabajo y el capital”.

Pero también en la primera mitad del siglo sucedieron cosas esenciales en el Este y en el Sur, porque la organización de las revoluciones cuyas victorias se afirmarían después de la Segunda Guerra Mundial, se puso en marcha y se aceleró tras las masacres de la “Gran Guerra”.

En el corazón de estas luchas –que derribó siglos de colonización– los comunistas desempeñaron un papel central, ya que transformaron la “pequeña guerra” de Clausewitz en una guerra revolucionaria, en una “guerra partisana”. Una invención estratégica de importancia comparable al olvido del que es objeto por quienes quisieran cambiar el mundo.

El gran conservador Carl Schmitt (y, en su tiempo, nazi), aun siendo anticomunista, tiene el mérito de reconocer la enorme energía y el poder político liberado por las revoluciones anticoloniales, mientras que sus admiradores operaístas, como Mario Tronti, que lo introdujo en Italia, son insoportablemente condescendientes con estas revoluciones “campesinas”.

La “irregularidad de la lucha de clases” organizada en la guerra de partisanos, articulada a las formas más clásicas de combate llevadas a cabo por el Ejército Rojo o el Ejército Popular, “pone en tela de juicio no solo una línea, sino, al contrario, todo el edificio del orden político y social (...). La alianza de la filosofía y el partidismo, concluida por Lenin (...) provocó nada menos que la ruptura de todo el mundo histórico eurocéntrico que Napoleón había esperado salvar, que el Congreso de Viena había esperado restaurar”.

Clausewitz, “un oficial profesional, no podía dar a luz al partisano, solo podía hacerlo un revolucionario profesional como Lenin. Pero el partisano del bolchevismo ruso es una cosa pequeña desde el punto de vista sociológico –quiero decir, en su realidad concreta– comparado con el partisano chino. El propio Mao construyó su ejército de partisanos y su élite partisana”.

En una conversación de 1969 con un maoísta (Joachim Schickel), Carl Schmitt afirma que la dimensión global de la lucha la introduce la guerra partisana: “El problema partisano no era solo un problema internacional, sino global”. Y añade que, en 1949, tras la proclamación de la República Popular China, “creí-

mos hallar por fin la paz mundial, y menos de un año después comenzó Corea”, sin olvidar Dien Bien Phu, Argelia, Castro, etc. (lo que definirá al mismo tiempo que Hannah Arendt, en 1961, como “guerra civil mundial”).

Raymond Aron cayó en el mismo prejuicio eurocéntrico de los operaístas al estilo de Tronti, al escribir a Schmitt “que el problema del partisano era el problema de los pueblos pobres” y sin industria, lastrados por el atraso tecnológico y organizacional, podríamos añadir. Un prejuicio que comparte con los marxistas occidentales.

Evocar la guerra partisana no es una simple conmemoración histórica, porque continuará, animada por otros “pueblos pobres” y otras fuerzas políticas, y siempre logrará derrotar a los imperialistas, incluso después de la derrota del socialismo.

Nueva distribución del poder en el mercado mundial

Al final de la Guerra Fría, esta potencia revolucionaria se transformó en una potencia productiva neocapitalista, contenida y dirigida por un Estado soberano, cuyo ejemplo más llamativo es China, que pronto se impuso. Tras el fin de la Revolución Cultural, los marxistas “reformistas” convirtieron la inmensa energía de la máquina revolucionaria en trabajo, ciencia y tecnología.

Aunque en forma de “capitalismo de Estado” (“socialismo de mercado”, en chino), se impuso una inversión geopolítica entre el Norte y el Sur, que se manifiesta también por el fracaso de las guerras coloniales dirigidas por los Estados Unidos (Irak, Libia, Siria, Afganistán, etc.) y por los flujos migratorios hacia el Norte (subjetividades nacidas de las luchas de liberación del colonialismo).

Las revoluciones (violentas o pacíficas, como en la India) han creado un mundo multipolar en el que las antiguas colonias y semicolonias desempeñan un papel central, que Estados Unidos no puede ni quiere aceptar. Estados Unidos sigue soñando con ser un Imperio, aunque no tenga la fuerza económica y política, ni externa ni interna –a pesar de su enorme ejército– para imponer su voluntad de forma unilateral.

Al final de la Guerra Fría, ya no estamos ante el enfrentamiento entre el socialismo y el capitalismo (la revolución mundial fue

derrotada mucho antes de 1989), sino ante diferentes capitalismos y diferentes soberanías que luchan por la hegemonía económica y política sobre el mundo.

Por el contrario, Estados Unidos se cuenta a sí mismo una historia que no se corresponde con el equilibrio real de fuerzas entre los poderes económicos y estatales. El “capitalismo” y el “Estado”, enemigos acérrimos de las revoluciones del siglo XX, parecen haber vencido, pero el capitalismo y el Estado no son iguales en todas partes y, sobre todo, no están todos bajo control estadounidense (como es el caso de Europa). Por el contrario, al igual que hace poco más de un siglo, esta victoria del capitalismo sobre el comunismo desata una competencia (la “verdadera” competencia, no la del neoliberalismo) siempre dispuesta a desbordarse en guerra. A diferencia de la de 1914, esta puede ser nuclear y alimentar definitivamente la catástrofe ecológica.

Desde la caída del Muro de Berlín, los errores y responsabilidades de Estados Unidos son inmensos, así como la cobardía, la pusilanimidad y el servilismo de los europeos. Primer “error”: una vez desaparecida la URSS, solo quedaría una potencia, Estados Unidos, signo del fin de la historia (en realidad el signo es más bien el fin de la hegemonía americana). Curiosamente, el libro *Imperio* cayó en la misma “ingenuidad” de sus críticos, porque las transformaciones de las revoluciones habían consolidado una multiplicidad de fuerzas imposibles de someter al unilateralismo de la hegemonía estadounidense. Al despertar de su sueño, Estados Unidos declarará a China como su principal enemigo y con ella a todos los Estados (Rusia en primer lugar) que no juren lealtad a este Imperio en quiebra.

Asociado a la ilusión del Imperio, hay un segundo error que se deriva directamente del primero. Una vez derrotado el comunismo, solo los terroristas se resisten a la hegemonía estadounidense. Se nombra al terrorismo islamista como el principal enemigo contra el cual librar una guerra interminable. En realidad, el terrorismo no fue más que un epifenómeno, alimentado incluso por Estados Unidos y Occidente, del auge de excolonias y semicolonias que, por lo demás, eran consistentes, sólidas y amenazantes.

Tercer error: el Pentágono y el Ejército estadounidense no solo no entendieron mucho de la situación política, sino que tampoco aprendieron nada de las “guerras partisanas” que habían librado (y perdido), porque siguieron siendo derrotados sistemáticamente por todos los “pueblos pobres” que querían someter a su voluntad. Aunque la guerra de los partisanos del postsocialismo no tuviera la grandeza del proyecto y la organización de la guerra dirigida por los comunistas, fue suficiente para derrotar a la más poderosa empresa militar y tecnopolítica del planeta (a diferencia de la GAFA [Google, Amazon, Facebook, Apple], verdadera imagen del capitalismo posterior a la Primera Guerra Mundial).

Lo que he llamado eufemísticamente “errores” (en realidad una estrategia suicida para los Estados Unidos y homicida para el resto del mundo) ha producido, conviene repetirlo, diecisiete guerras desde 1989, millones de muertos, la destrucción de ciudades y países, consumido y malgastado inmensas fortunas y recursos naturales, socavado un Estado de Derecho (Guantánamo), ya suficientemente desacreditado por el racismo que lo constituye.

La economía, arma de destrucción masiva

No obstante, hay otra arma de destrucción masiva en manos del imperialismo estadounidense que será utilizada a escala mundial contra todos los pueblos del planeta: la “economía”. Esto es un arma de doble filo, porque creará un caos “económico” que sumará y multiplicará el desorden de la lucha entre los Estados-potencias y sumirá al capitalismo en la guerra y el fascismo.

Llevamos más de cincuenta años pagando los intentos, destinados al fracaso, de frenar el declive del poderío estadounidense. Después de 1945, Estados Unidos representaba la mitad de la producción mundial; a partir de los años 1960, este porcentaje no ha dejado de disminuir, y en los años 1970 se vio reducido por Alemania y Japón, y en los últimos treinta años por las potencias surgidas de las revoluciones (China, India, etc.).

La “economía” victoriosa del colectivismo no tiene nada que ver con la narrativa ideológica agotada del neoliberalismo (mercado, oferta, demanda, autorregulación, autoemprendimiento, etc.). La

Primera Guerra Mundial produjo una hibridación del Estado, de los monopolios, de la guerra, de la sociedad, del trabajo, de la tecnología y de la ciencia que ninguna “gubernamentalidad” (ni la de Foucault y sus amigos, ni la gobernanza de los distintos imperialismos) podrá devolver al “mercado” de la oferta y la demanda. Aquello que llamamos neoliberalismo no producirá competencia, sino el refuerzo de los monopolios y oligopolios (el único monopolio que será demolido es el de los sindicatos, mientras que los monopolios públicos serán sistemáticamente privatizados); no la autorregulación, sino el desarrollo salvaje de todos los desequilibrios posibles; no la democracia, sino un Estado fuerte y autoritario, una democracia compatible con el fascismo; no una nueva “producción” biocognitiva, sino la apropiación, el despojo, el robo, por parte de las finanzas.

Un empresario de Silicon Valley, Peter Thiel, explica la naturaleza del mantra de esta economía depredadora, la competencia económica: “Pero, en el fondo, el capitalismo y la competencia son antagónicos. El capitalismo se basa en la acumulación de capital, y en una situación de competencia perfecta, todos los beneficios se anulan. La lección para los empresarios es clara... La competencia es para los perdedores”.

Del mismo modo, el equilibrio –otro gran significante de la ideología neoclásica y neoliberal– implica la muerte segura del capital, de ahí su continua y necesaria reproducción de “diferencias” (de riqueza y miseria, de desigualdades de renta, de patrimonio, de acceso a la salud, a la formación, a la vivienda, etc.).

La declaración de la inconvertibilidad del dólar en oro hace de la moneda un arma formidable que la política de endeudamiento, a partir de 1979, transforma en el mayor programa de captura de la riqueza y de imposición de la privatización y destrucción de las industrias, la agricultura y los servicios sociales que ha conocido la historia del capitalismo.

La estrategia de la economía de mercado (financierización, globalización/colonización, centralización monopolística) ha producido la forma contemporánea de las guerras coloniales de conquista, empezando por la devastación de África en los años 1980,

continuando en América Latina, pasando por las sociedades del sudeste asiático a finales del siglo pasado, y llegando finalmente a Europa (Grecia, ejemplo para toda Europa de la imposición de los intereses de los acreedores).

La economía victoriosa ha producido las condiciones para su imposibilidad: enormes beneficios y deudas colosales, riqueza inaudita concentrada en unos pocos individuos y miseria para millones. Estados Unidos representa la mayor concentración de beneficios del saqueo financiero y la mayor deuda del planeta. El capitalismo no podrá salir de la enorme brecha beneficio/deuda si no es a través de la guerra y el fascismo. Nada queda de este “axioma” de la tradición revolucionaria. La depredación del capitalismo financiero para contrarrestar la decadencia de Estados Unidos opera también sobre el proletariado de los países del centro, en particular de los EE.UU., dando lugar a formas más o menos declaradas de guerra civil de baja intensidad. La guerra civil larvada que los corroe no fue creada por Trump, él simplemente se limitó a nombrarla y consolidarla. Es seguramente el punto más débil de la potencia que quiere ser global. Los cimientos de la mayor potencia del planeta están contruidos sobre arena. Este es otro claro signo de su decadencia, de la corrupción de sus instituciones, de la quiebra de su sistema político basado, desde su nacimiento, en la división racista de la sociedad.

La economía victoriosa reveló muy pronto a dónde nos iba a llevar: el llamado “neoliberalismo” estaba pensado para evitar los inconvenientes del liberalismo clásico, es decir, la guerra entre potencias imperiales, la guerra civil, el fascismo, el nazismo y la crisis económica y financiera que la “libre competencia” había producido entre finales del siglo XIX y principios del XX. En realidad, de forma idéntica y diferente, nos encontramos hoy en el mismo impase catastrófico: crisis económica y política permanente, Estado “fuerte”, nuevas formas de fascismo, racismo, nacionalismo, sexismo, y guerras civiles que no han asumido el tono genocida de la crisis del primer liberalismo, solo porque no hay nada comparable a la revolución soviética, nada comparable a las insurrecciones obreras en el Norte, nada parecido a las guerras de larga duración libradas por los comunistas en el Sur.

Si la economía no va bien, la democracia tampoco. La centralización del poder político en el Ejecutivo, la marginación del parlamento, el estado de emergencia permanente son la otra cara de la centralización de la economía. Las dos concentraciones de poder (económico y político) son paralelas, convergentes, y una refuerza a la otra. Separar la economía de la política, es decir, separar la política del Estado de las luchas de clases solo puede conducir a la confusión, a la ambigüedad, a la connivencia con fuerzas políticas más que dudosas, de las que hizo gala Giorgio Agamben durante la pandemia.

La guerra de Ucrania supone un paso más hacia el futuro fascista del mundo y, en particular, de la Unión Europea, que frente al “enemigo” ha redescubierto intactos el odio, el racismo y el sexismo de los que ha sido cuna desde el siglo XIX. La guerra ha liberado los impulsos agresivos reprimidos por la experiencia nazi y fascista: Alemania ha decidido acelerar el rearme y Japón abre su territorio a la recepción de misiles nucleares estadounidenses. Uno de los fundadores del neoliberalismo resumió la realidad que está tomando forma ante nuestros ojos en el título de un artículo de 1929: “La dictadura dentro de los límites de la democracia”.

La economía y la política, en su imposibilidad de salir de sus respectivos impasses, se encomiendan a los remedios de hace un siglo.

Por qué Putin invadió Ucrania

Es en este marco multipolar devastado por las guerras económicas, que Estados Unidos no quiere reconocer (sino de palabras), que estalló la guerra. No puede aceptar un nuevo orden mundial reclamado por China, India e, incluso, Rusia, porque no lograría competir con ellos. En cualquier caso, el capitalismo desenfrenado no permite llegar a un acuerdo y a una regulación. Por el contrario, los estadounidenses, impulsados por la combinación de enormes beneficios y deudas ilimitadas, la obstaculizan de todas las formas imaginables, desarrollando el caos como estrategia política. Los estadounidenses tienen todo el interés en mantener la guerra y el desorden porque solo en el caos su superioridad militar les garantiza una primacía que su economía ya no asegura.

El enfrentamiento entre la Alianza Atlántica y Rusia es un caso de estrategia *de manual*. Dejaré que los embajadores y los militares tomen la palabra para exponer la escalada del conflicto en los treinta años transcurridos desde la caída de la URSS. Un embajador italiano que ha leído los documentos diplomáticos “secretos” (hasta hace poco) de la época del colapso de la URSS, escribe: “De los documentos estadounidenses, alemanes, ingleses y franceses desclasificados se desprende que los dirigentes del Kremlin habían recibido una serie de garantías de Occidente (François Mitterrand, Giulio Andreotti, Margaret Thatcher y Helmut Kohl); la OTAN no se movería ni un centímetro hacia el Este, por utilizar la fórmula de James Baker, Secretario de Estado de EE.UU. en aquella época. Baker dijo que no tenía ninguna intención de poner en peligro los intereses soviéticos y confirmó no una, sino tres veces que la Alianza Atlántica no se movería... Esto es lo que se les dijo a Gorbachov y Shevardnadze, y cuando el Ministro de Defensa ruso, el mariscal Jazon, preguntó al sucesor de Thatcher, John Major, si creía que algunos países europeos podrían unirse a la OTAN, se le dijo que nada de eso podría ocurrir.

En 2003, una decisión catastrófica, la segunda Guerra del Golfo, con miles de muertos para vengar al “principal enemigo” de Estados Unidos, condujo a una segunda decisión igualmente problemática. Ninguno de los países del Norte quería involucrarse en esta aventura desesperada en Irak. Solo algunos países del antiguo Pacto de Varsovia enviaron tropas. Estados Unidos, como recompensa por su participación en la operación Tormenta del Desierto, los incorporó inmediatamente a la OTAN.

En 2007, Putin exigió un nuevo orden mundial. Para él, esto significaba seguramente la posibilidad de llevar a cabo libremente su política interna (aplastamiento de las minorías –véase la destrucción de Chechenia–, desmantelamiento de la oposición, control de los medios de comunicación, reparto del poder y la riqueza entre las oligarquías, eliminación física de los opositores, etc.), pero también un reconocimiento de las nuevas relaciones de fuerzas por parte de los Estados Unidos.

Los rusos solo se alarmaron realmente cuando en 2008 la OTAN quiso incorporar a Georgia y Ucrania a la Alianza Atlántica.

2008 fue también el año de otra catástrofe, de nuevo originada en Estados Unidos, que provocó el pánico en todo el mundo y llevó a una intensificación de las tensiones entre las potencias: la crisis financiera más importante desde 1929. La economía que había triunfado sobre el comunismo añadió caos al caos, desorden al desorden.

En 2014, la OTAN (los norteamericanos) y la UE favorecieron y reconocieron el golpe de Estado en Ucrania con el único objetivo de continuar la expansión hacia el este, militarizando la zona (desde entonces han estado armando a Ucrania). Estados Unidos es especialista en golpes de Estado. Entre 1947 y 1989 organizó, directa o indirectamente, setenta de ellos, los más importantes de los cuales fueron probablemente los que afectaron a América Latina. Ahora están experimentando con nuevos tipos de golpes, como el que se dio contra el PT en Brasil, que abrió las puertas a Bolsonaro, organizado principalmente, y de forma notable, por el Ministerio de Justicia.

En las redes sociales italianas, se han resumido unas observaciones muy significativas emitidas en televisión (RaiNews) por un militar italiano sobre la estrategia de la OTAN. Leonardo Tricario, exjefe de las fuerzas aéreas italianas y de las fuerzas en la guerra de Kosovo, al tiempo que invoca un juicio a Putin por crímenes de guerra, mantiene una lucidez de la que carecen nuestros medios y políticos:

El Secretario General de la OTAN “habla demasiado” y sin consultar a los aliados.

La OTAN representa y se identifica con el punto de vista de Estados Unidos.

La OTAN no escucha a Italia, más interesada en la vertiente mediterránea, y está sumida en una histeria anti-Rusia y obsesionada con la ampliación hacia el Este.

Estados Unidos ha optado por plegarse a todas las exigencias de los Estados bálticos, ferozmente antirrusos.

La OTAN prometió a Ucrania el ingreso en su organización, con la promesa de una protección que no podía garantizar.

“Hemos echado gasolina al fuego, vamos a limpiar los daños”.

Putin reaccionó según la lógica de la “locura” (pero no es el único “loco” en esta historia) que rige las relaciones estratégicas entre

potencias. La muerte de civiles es la menor de sus preocupaciones y el riesgo de una escalada incontrolada está muy presente. “Sleepy Joe”, entre siesta y siesta, habla de la Tercera Guerra Mundial, Putin pone en alerta a los militares encargados de las armas nucleares y los representantes de la OTAN hablan de la posibilidad de un enfrentamiento con estas armas, como si no hubiera pasado nada. Haría falta otro Kubrick para dar vida a este delirio. Con mayor angustia, porque los actores contemporáneos de este drama son seguramente más peligrosos.

Solo se puede estar con los inocentes que mueren en Ucrania bajo los bombardeos, atrapados entre dos cinismos que juegan sucio y a lo grande para determinar el futuro funcionamiento del mercado mundial. Los rusos no quieren ceder a la voluntad hegemónica norteamericana que se manifiesta con la instalación de misiles nucleares en Rumania, Polonia y (próximamente) en Ucrania, mientras que la estrategia norteamericana del caos es bastante “racional”: aislar a Rusia (para aislar después a China) y romper así la Alianza en gestación entre las dos potencias excomunistas, reagrupar a los europeos detrás de EEUU que, a través de la OTAN, sigue dictando su “política exterior y económica”, y recuperarse tras el enésimo hundimiento en Afganistán.

En contra de la creencia popular, el enfrentamiento entre Estados Unidos y Rusia, que es el trasfondo de esta guerra, no es entre democracia y autocracia, sino entre oligarquías económicas que se parecen en muchos aspectos, especialmente en el hecho de que son oligarquías rentistas.

“Es más realista pensar en la política económica y exterior de Estados Unidos en términos del complejo militar-industrial, el complejo petrolero y gasístico (y minero), y el complejo bancario e inmobiliario, que en términos de política republicana y demócrata. Los principales senadores y representantes del Congreso no representan a sus Estados y distritos, sino a los intereses económicos y financieros de los principales contribuyentes a sus campañas políticas” (Michael Hudson). De estos tres monopolios rentistas, el militar-industrial y el petrolero/gasífero contribuyeron en gran medida a la estrategia que condujo a la guerra. El primero es el principal

proveedor de la OTAN, el segundo quiere sustituir a Rusia como principal suministrador de gas a Europa y, eventualmente, apropiarse de Gazprom.

Lenin, guerra y revolución

No es necesario hacer propuestas para una posible resolución del conflicto (evitar que Ucrania sea presa del Este o del Oeste, darle un estatus similar al de Finlandia, etc.). No nos interesa, aunque pudiéramos, entrar en este juego estratégico, nuestro problema es otro: encontrar una posición política en un marco monstruoso que viene desde hace años y que no hemos tenido el valor de mirar a los ojos. Porque la guerra en Ucrania corre el riesgo de convertir la guerra y las guerras de clase, raza y sexo, en el día a día de los próximos años.

La posición más clara en relación con la guerra sigue siendo la socialista revolucionaria citada al principio frente a la Primera Guerra Mundial (la reversibilidad de la producción y la destrucción, el trabajo y la destrucción de la “naturaleza”, la sociedad y la movilización general que la caracterizaron sigue siendo la matriz de nuestra actualidad).

La situación es muy parecida a la que vivieron los bolcheviques en 1914: guerra entre fuerzas económico-políticas por el reparto del poder y la riqueza del mundo (por el reparto de los esclavos, dijo Lenin entonces), gestionada por locos criminales sedientos dispuestos a todo (hoy Biden y Putin) y un estado de oposición muy débil y desorganizado por la traición de los partidos socialdemócratas (hoy la oposición es incluso inexistente).

Los partidos socialistas, habiendo votado los créditos de guerra, se vincularon a los diferentes Estados, determinando así la imposibilidad, para siempre, de la revolución en Occidente y el inicio de la integración del movimiento obrero en la máquina Estado-capital. Entonces, lo primero que hay que evitar es reproducir el comportamiento de los socialistas de la época, es decir, tomar partido por una de las potencias, integrarse en la lógica de uno de los Estados-nación en guerra y hacer suyos los intereses de nuestros enemigos, porque tanto Biden como Putin son “enemigos del proletariado”.

Lenin, desde el principio de la “Gran Guerra”, había lanzado la consigna que finalmente le dará la victoria: transformar la guerra imperialista en una guerra revolucionaria e invitó a los soldados a no apuntar a los otros proletarios que el Estado había designado como enemigo, sino a dirigir las armas contra sus propios oficiales, sus propios capitalistas y su propio Estado.

La situación ha cambiado profundamente, pero la posición de los revolucionarios de la primera mitad del siglo XX sigue manteniendo algunas verdades que hay que actualizar: inventar un nuevo punto de vista internacionalista que pueda circular entre el proletariado de “todos los países”, aunque no tengamos la posibilidad de volver el fusil contra la máquina de guerra. No hay otra alternativa que derrocar al imperialismo, destituir a los locos que lo comandan, construir organizaciones políticas y autónomas.

Lo que debería asombrar no es la aparente irrealidad de estas consignas hoy en día, sino el hecho de que el pensamiento crítico de los últimos cincuenta años haya evitado cuidadosamente enfrentarse a la “guerra” y a la “revolución”.

Fue este asombro el que en 2016 nos llevó a Éric Alliez y a mí a publicar *Guerras y capital* (Tinta Limón, La Ceбра y Traficantes de Sueños, 2021) y sigue siendo el mismo asombro ante la irresponsabilidad del pensamiento político contemporáneo el que originó mi último libro sobre la revolución (*¿Te acuerdas de la revolución?*, Eterna Cadencia, 2022).

Las guerras y las revoluciones, a pesar de la negación de que son objeto en el pensamiento crítico, siguen determinando el principio y el final de las grandes secuencias políticas. La guerra forma parte de la maquinaria del Estado-capital tanto como la producción, el trabajo, el racismo y el sexismo. Desde la Primera Guerra Mundial, todos estos elementos están indisolublemente integrados y funcionan juntos como un todo. Y al igual que hace un siglo, conducirán a situaciones comparables a las que estamos viviendo ahora.

El marxismo de la primera mitad del siglo XX, el que organizó y practicó la “guerra partisana”, todavía tiene cosas que transmitir, aunque gran parte de sus conceptos y consignas hayan quedado desfasados y resulten impracticables en la actualidad. Su

pensamiento estratégico para oponerse a la guerra y al capitalismo (que todas las teorías que hemos elaborado para sustituirlo son incapaces de proponer) ha sido completamente ignorado, mientras que puede constituir una orientación del pensamiento y de la acción si tenemos la capacidad de recalificarlo en relación con los tiempos.

El posestructuralismo, la deconstrucción, la biopolítica, el spinozismo, el pensamiento ecológico, las teorías feministas, la micropolítica y la microfísica del poder, etc., es decir, todo el esfuerzo que a partir de los años 1960 se produjo para intentar construir una alternativa a la lucha de clases marxista (sin encontrarla), todo este esfuerzo, si no se articula a un pensamiento estratégico de la guerra y la revolución, corre el riesgo de ser impotente, porque las guerras y las revoluciones son todavía y siempre, por desgracia, las salidas “naturales” de la acción del capitalismo y sus Estados.

Sin la reinención de un pensamiento estratégico a la altura de la maquinaria del Estado-capital contemporáneo, las alternativas son oscuras: la destrucción instantánea por una guerra nuclear (incluso una guerra convencional puede ser más que suficiente –en 2021 los Estados gastaron algo más de 2 billones en armamento, la mitad de ellos por parte de EE.UU. y la UE, muy por detrás de China y Rusia y, en los últimos veinte años, el gasto en armamento se ha duplicado–; la destrucción diluida en el tiempo por el calentamiento global; las implosiones de las clases en pugna como había previsto Marx en el Manifiesto Comunista. Sin un pensamiento alternativo capaz de articular con realismo, repito, guerra y revolución, en las nuevas condiciones de acción del capitalismo, de los Estados y de los movimientos políticos contemporáneos, esto es lo que nos espera.

II. Guerra, capitalismo, ecología

Sobre los límites de la comprensión de la filosofía ecologista

Ante la guerra que ha estallado en Ucrania, el filósofo ecologista Bruno Latour se encuentra perdido, abrumado por los acontecimientos, “no sabe cómo sostener ambas tragedias”, la de Ucrania y la del calentamiento climático. Lo único que dice es que el interés por uno no debe primar sobre el interés por el otro. No logra comprender su relación y, sin embargo, están estrechamente vinculados porque tienen el mismo origen. Latour primero tendría que admitir la existencia del capitalismo, que es el marco en el que surgen y se desarrollan las dos guerras.

La guerra entre Estados y las guerras de clase, de raza y de sexo han acompañado siempre el desarrollo del capital porque, a partir de la acumulación originaria, son las condiciones de su existencia. La formación de clases (de trabajadores, esclavos y colonizados, mujeres) implica una violencia extraeconómica que funda la dominación y una violencia que la preserva, estabilizando y reproduciendo las relaciones entre ganadores y perdedores. No hay capital sin guerras de clase, raza y género y sin un Estado que tenga la fuerza y los medios para librarlas. La guerra y las guerras no son realidades externas, sino constitutivas de la relación de capital, aunque lo hayamos olvidado. En el capitalismo las guerras no estallan porque haya autócratas feos y malvados, y demócratas buenos y amables.

La guerra y las guerras que encontramos al principio de cada ciclo de acumulación, volvemos a encontrarlas al final. En el capitalismo provocan catástrofes y extienden la muerte de forma

incomparable con otras épocas. Pero hubo un momento en la historia del capitalismo, a principios del siglo XX, en el que la relación entre la guerra, el Estado y el capital se entrelazó tanto que su poder destructivo, que es una condición de su desarrollo (su motor, como lo llamó Schumpeter, la “destrucción creativa”), pasó de ser relativo a ser absoluto. Absoluto, porque pone en juego la existencia misma de la humanidad así como las condiciones de vida de muchas otras especies.

La Primera Guerra Mundial y la destrucción absoluta

Los defensores del Antropoceno discuten sobre la fecha de su inicio: el Neolítico, la conquista de América, la Revolución Industrial, la gran aceleración de la posguerra, etc. Todos evitan cuidadosamente enfrentarse a la ruptura que supuso la Primera Guerra Mundial, cuyas consecuencias verdaderamente nefastas siguen impactando en nuestra actualidad.

El gran cambio que afectó para siempre a la máquina bicéfala Estado-capital en el siglo XX se produjo mucho antes de la crisis financiera de 1929, durante la guerra de 1914. La Gran Guerra es una novedad absoluta porque resulta de una integración de la acción del Estado, la economía de los monopolios, la sociedad, el trabajo, la ciencia y la técnica. La cooperación de todos estos elementos que trabajan juntos para construir una megamáquina de producción para la guerra cambia profundamente las funciones de cada uno: el Estado acentúa el poder ejecutivo en detrimento del legislativo y del judicial para gestionar la “emergencia”, la economía sufre la misma concentración de poder político consolidando los monopolios, la sociedad en su conjunto y no solo el mundo del trabajo es movilizadada para la producción, la innovación científica y técnica pasan a estar bajo el control directo del Estado experimentando una aceleración fulgurante.

Ernst Jünger, el “héroe” de la Primera Guerra Mundial, la describe menos como una “acción armada” que como un “gigantesco proceso de trabajo”. La guerra es la ocasión de implicar a toda la sociedad en la producción ampliando una organización de la producción que solo concernía a un número muy reducido de empresas. “Los países

se transformaron en gigantescas fábricas capaces de generar ejércitos en cadena de producción para poder enviarlos al frente veinticuatro horas, donde un sangriento proceso de consumo, ahora completamente mecanizado, desempeñó el papel de un mercado (...).

La implicación de todas las funciones sociales en la producción (lo que los marxistas llaman la subsunción de la sociedad en el capital) nació en ese momento y estuvo marcada, y lo estará para siempre, por la guerra. Toda forma de actividad, “incluso la de un patrón doméstico que trabaja en su máquina de coser”, está destinada a la economía de guerra y participa en la movilización total.

“Junto a los ejércitos que se enfrentan en los campos de batalla, surgen nuevos tipos de ejércitos, el ejército del transporte, de la logística, el ejército de la industria armamentística, el ejército del trabajo”, el ejército de la comunicación, los ejércitos de la ciencia y la tecnología, etc. La logística de la guerra es más eficiente que la logística comercial del capital.

Es en este sentido que la guerra es “total”. Requiere la movilización de la economía, la política y la sociedad, es decir, una “producción total”. Entre la guerra, los monopolios y el Estado, se crea un vínculo que ningún liberalismo podrá desatar, ni siquiera el neoliberalismo podrá devolver el mercado de la oferta y la demanda y la libre competencia.

Lo que Marx llamó el *General Intellect* (la producción que depende no solo del trabajo directo de los trabajadores, sino de la actividad y la cooperación de la sociedad en su conjunto, de la comunicación, de la ciencia y la tecnología, etc.) nace bajo el signo de la guerra. En el *General Intellect* marxiano no hay guerra, mientras que en su aplicación real es la guerra la que completa el conjunto. El capitalismo inaugurado por la guerra total es diferente al descrito por Marx. Hahlweg, el erudito alemán que publicó las obras completas de Clausewitz, resume perfectamente este cambio que afecta al capitalismo en la transición del siglo XIX al XX: en el caso de Lenin, las guerras han ocupado el lugar de las crisis económicas de Marx.

Keynes, a su vez, afirmaba que su programa económico solo podía realizarse en una economía de guerra, porque solo en este caso se llevan todas las fuerzas productivas al límite de sus posibilidades.

Esta formidable máquina en la que se entrelazan la guerra y la producción acelera el desarrollo de la organización del trabajo, de la ciencia y de la técnica; la coordinación y la sinergia de las diversas fuerzas productivas y de las funciones sociales se traducen en un aumento de la producción y de la productividad. Pero la producción y la productividad son para la destrucción. Por primera vez en la historia del capitalismo la producción es “social”, pero es idéntica a la destrucción. El aumento de la producción se concreta en un aumento de la capacidad de destrucción.

Se desata una carrera vertiginosa en la investigación y la innovación que busca aumentar el poder de destrucción: destruir al enemigo, su ejército, pero también a su población y las infraestructuras del país. Este proceso se completó con la construcción de la bomba atómica durante la Segunda Guerra Mundial. La ciencia, máxima expresión de la creatividad y la productividad del ser social, amplía radicalmente el poder de destrucción: a partir de ahora la bomba atómica pone en cuestión la propia supervivencia de la humanidad.

Günter Anders señala a este respecto: si hasta la Primera Guerra Mundial las personas eran individualmente mortales y la humanidad inmortal, a partir de la construcción de la bomba atómica la identidad de producción y destrucción amenaza de muerte directamente a la humanidad. Por primera vez en su historia, la especie humana está en peligro de extinción debido al poder de una parte de los hombres; los capitalistas, los hombres de Estado, las clases poseedoras, etc., que la componen.

Este salto en la organización político-económica de la máquina bicéfala Estado-capital fue una respuesta al peligro del socialismo que acechaba a Europa y una acción preventiva contra las guerras de clase, de raza y de sexo que el socialismo rumiaba en su seno (a pesar de las organizaciones que lo estructuraron) y que se desarrollaron a lo largo del siglo XX.

La gran aceleración

La acción de esta nueva organización de la máquina Estado/capital no se detendrá con el fin de los combates, ya que la “movilización total” para la “producción total”, la gestión de la emergencia, la con-

centración del poder Ejecutivo y del poder económico, a partir de situaciones temporales y excepciones ligadas a la urgencia de la guerra, se transforman en normas ordinarias de la gestión capitalista.

Los ecologistas llaman al período posterior a la Segunda Guerra Mundial la gran aceleración, dentro de la cual se encontrará intacta la identidad de producción y destrucción que se afirmó durante las dos guerras totales, arraigada en el trabajo y el consumo cotidiano del “boom” económico.

La máquina productiva integrada no se desmanteló, sino que se invirtió en la reconstrucción. Más tarde se verá que la reparación de los daños causados por la guerra determinará una nueva y más formidable destrucción: con la gran aceleración hemos dado un gran paso hacia el punto de no retorno en la degradación del equilibrio climático y de la biosfera.

El capitalismo de posguerra sigue explotando la integración que tuvo lugar durante las guerras totales produciendo tasas extraordinarias de crecimiento y productividad a las que corresponden tasas igualmente extraordinarias de destrucción de las condiciones de habitabilidad del planeta. La especie humana está amenazada de extinción por segunda vez (junto con muchos otros seres vivos). Ya no es la “naturaleza” la que “amenaza” a la humanidad, sino las clases que “dirigen” esta máquina económico-política.

La identidad de producción y destrucción continúa en el marco de una “paz” cuyas condiciones de posibilidad siempre están dadas por la guerra, fría en el Norte y muy caliente en el Sur, donde se concentra la “guerra civil mundial”, anunciada por Hannah Arendt y Carl Schmitt en 1961. Solo una ilusión eurocéntrica puede pensar en los “treinta años gloriosos” como un período de paz.

La gran aceleración es inconcebible sin el consenso del movimiento obrero, que refuerza su integración con el capitalismo y el Estado iniciada con el voto de los créditos para la guerra de 1914. En el Norte del mundo, el compromiso fordista de posguerra entre el capital y el trabajo se basa en un hecho tácito que vela la identidad de producción y destrucción que la “movilización total” para la “producción total” ha legado al funcionamiento del capitalismo. El movimiento obrero se limitará a exigir salarios y derechos para los

trabajadores, dejando todo el poder a la máquina del Estado-capital para decidir el contenido del trabajo y los objetivos de la producción. Un acuerdo opera como si la identidad de la producción y la destrucción solo se refiriera al período de guerra, mientras que cuestiona el concepto de trabajo y de trabajador. Günter Anders esboza una primera revisión de estos conceptos a la luz de la nueva realidad del capitalismo. “El estatus moral del producto (el estatus del gas venenoso o el estatus de la bomba de hidrógeno) no afecta a la moralidad del trabajador que participa en la producción”. Es políticamente inconcebible “que el producto en cuya fabricación se trabaja, incluso el más repugnante, pueda contaminar la propia obra”. El trabajo, como el dinero del que es condición, “no tiene olor”. “Ningún trabajo puede ser desacreditado moralmente por su finalidad”.

Los fines de la producción no deben preocupar en absoluto al trabajador, porque, y “este es uno de los rasgos más desastrosos de nuestra época”, el trabajo debe ser considerado “neutro con respecto a la moral (...). Cualquiera que sea el trabajo que se realice, el producto de este trabajo permanece siempre más allá del bien y del mal”.

Los sindicatos y el movimiento obrero hicieron un “juramento secreto” de “no ver o, más bien, no saber lo que (el trabajo) estaba haciendo”, de “no tener en cuenta su finalidad”.

En las condiciones contemporáneas del capitalismo, la situación se ha radicalizado aún más, cualquier trabajo (no solo el que produce “gas venenoso o bombas de hidrógeno”) es destructivo; cualquier consumo (no solo el de los vuelos comerciales) es destructivo. Ahora es indecible si el trabajo y el consumo producen al ser o lo destruyen, porque son a la vez fuerzas de producción y fuerzas de destrucción.

En el capitalismo, los individuos son al mismo tiempo “cómplices”, a su manera, de la destrucción, ya que la producen trabajando y consumiendo, y también víctimas de la explotación y la dominación, ya que se ven obligados a fabricar la catástrofe. No hay otra alternativa que romper estos lazos de subordinación que nos hacen objetivamente cómplices y sustraernos de estas relaciones de trabajo y consumo, es decir, llevar el rechazo del trabajo y del consumo hasta su conclusión lógica.

El denominado “neoliberalismo”

La estrategia de la máquina Estado/capital asume sin reparos la consigna de “movilización total” para la “producción total” que el compromiso capital-trabajo había practicado pero no reconocido. La matriz económico-política sigue siendo la trazada durante la Primera Guerra Mundial, cuya nueva mundialización, la intensificación de la financiarización y la concentración del poder económico y político no hacen sino aumentar su dimensión productiva y destructiva, exaltando sus características autoritarias y antidemocráticas.

El neoliberalismo no solo nace de las guerras civiles en América Latina, sino que se alimenta de todas las guerras que los estadounidenses y la OTAN han declarado en todo el mundo, primero contra un enemigo que ellos mismos habían contribuido a crear (el terrorismo islamista) y luego contra las potencias surgidas de las guerras de liberación del colonialismo (el verdadero objetivo de la guerra actual es China).

La mundialización contemporánea es muy diferente de la que se produjo entre los siglos XIX y XX. Esta última tenía como objetivo el reparto colonial del mundo; la actual ya no puede contar con un Sur sumiso a Occidente. Por el contrario, las antiguas colonias son potencias económicas y políticas que hacen vacilar al Norte, que no sabe cómo establecer su hegemonía, si no es por la fuerza de las armas. El Sur global plantea dos nuevos problemas. Las formas de neocapitalismo adoptadas por las antiguas colonias no harán sino aumentar la extensión de la producción/destrucción, al demostrar que la acción de la máquina Estado-capital del centro no puede extenderse al resto de la humanidad: el capitalismo mundializado lleva a un punto de irreversibilidad la devastación que la gran aceleración ya había incrementado en la posguerra.

La afirmación de su potencia (paradójicamente provocada por la mundialización, que debería, por el contrario, haber asegurado el inicio de un nuevo siglo americano) ha reavivado los enfrentamientos entre imperialismos que EE.UU. planea desde hace años transformar en una guerra abierta. Cegado por un delirio bélico, al Norte del mundo le cuesta advertir que ahora es una minoría no

solo desde el punto de vista demográfico (incluso en relación con la guerra actual, la mayoría de los países no se han alineado con las posiciones del Norte porque saben quiénes han sido y son el objetivo del dominio yanqui).

Hay otra sorprendente similitud con el pasado: la violencia que Europa había ejercido sobre las colonias había retornado finalmente al continente con guerras totales y fascismos. Aimé Césaire solía decir que lo que se le reprochaba a Hitler no eran sus métodos “coloniales”, sino su uso contra los blancos. Después de treinta años de guerras lideradas por Estados Unidos y la OTAN en todo el mundo, la violencia armada está volviendo a Europa, impuesta por Estados Unidos y aceptada por los Estados y las élites locales que están completamente sometidos a la voluntad estadounidense. La guerra está pensada para perdurar, porque los estadounidenses no dejarán de ejercer presión armada hasta que logren construir el imposible Imperio, un proyecto tan suicida como homicida. La desgracia de la humanidad para los próximos años está contenida en la frase de Biden “trabajar para que Estados Unidos vuelva a gobernar el mundo”, que es la verdadera agenda de su presidencia. No es casual que la proclama oficialmente planteada durante la campaña presidencial con el fin de resolver la guerra civil latente se haya abandonado.

Las palabras de Keynes se ajustan a la tragedia de la guerra, así como a la catástrofe ecológica: la hegemonía del capital financiero que condujo a la Primera Guerra Mundial contenía una “regla autodestructiva” que regía “todos los aspectos de la existencia”, una regla financiera de autodestrucción que sigue funcionando en la actualidad. La violencia que desatan los capitalistas y el Estado ya contiene la catástrofe ecológica porque para garantizarse la ganancia, la propiedad y el poder son “capaces de apagar el sol y las estrellas”.

La guerra entre potencias y la guerra contra “Gaia” tienen el mismo origen

Crear que Rusia es la causa de una posible Tercera Guerra Mundial es como creer que el bombardeo de Sarajevo fue la causa de la Primera. Pereza intelectual y política.

Hace un siglo, Rosa Luxemburgo ya había captado la imposibilidad del resultado de la globalización del capital y, por lo tanto, la inevitabilidad de la guerra entre los imperialismos: el capital “en su tendencia a convertirse en una forma mundial, se descompone ante su propia incapacidad de ser esta forma mundial de producción”. No puede convertirse en capital global porque depende del Estado-nación tanto para la realización de la plusvalía y su apropiación (la propiedad privada está garantizada por sus leyes y su fuerza), como para su “regulación” porque, sin el Estado, el capital enviaría sus flujos a la luna, dicen Deleuze y Guattari.

La máquina de acumulación y su tendencia a expandirse constantemente (mercado mundial) se basa en una tensión entre el Estado y el capital, aunque ambos participen plenamente de su funcionamiento. El capital expresa una “tendencia a devenir mundial” que no puede conseguir porque no tiene ni la fuerza política ni militar para sus ambiciones. El Estado, en cambio, ejerce estos dos poderes, pero su base es territorial, con fronteras, Estados rivales. No hay necesidad de oponer el capital (con su relativa inmanencia) y el Estado (con su soberanía muy real), ya que actúan en conjunto.

El fracaso de la mundialización contemporánea es muy similar al fracaso de la mundialización anterior, entre finales del siglo XIX y principios del XX, y no puede conducir más que a la guerra, porque, una vez que el capital financiero se ha derrumbado, los Estados y sus ejércitos se presentan para luchar por la hegemonía sobre el mercado mundial.

El actual “desorden” mundial (una multiplicidad de centros de poder constituidos por grandes áreas, pero en cuyo centro están siempre los Estados), que los estadounidenses quisieran reducir a un *orden imperial imposible* porque ya ha fracasado, corre el riesgo de conducir a un caos aún mayor, gane quien gane.

La gran mundialización, en lugar del cosmopolitismo, solo podía producir lógicas identitarias, ya que el capital, tras la debacle financiera de 2008, tuvo que anidar bajo el ala protectora del Estado, que solo puede vivir de la identidad: nacionalismo, fascismo, racismo, sexismo, para no derrumbarse y llevarse consigo la “civilización” capitalista.

En el capitalismo, las diferencias no producen nuevas diferencias imprevisibles (como afirma ingenua o irresponsablemente la filosofía de la diferencia), sino que se polarizan (desigualdades de renta, riqueza, educación, salud, etc.) hasta convertirse en *contradicciones*. Si no se convierten en oposiciones a la máquina Estado-capital, se fijan en identidades en cuyo centro siempre encontramos al hombre blanco. Las identidades nacionalistas, racistas y sexistas son las condiciones, ampliamente desarrolladas, para la producción de subjetividades para la guerra. La histeria antirrusa desatada por los medios de comunicación y el odio racista con el que distinguen entre guerras y víctimas (los blancos y los otros) han sido preparados durante mucho tiempo por esta destrucción “simbólica” de la subjetividad que ha cultivado un futuro fascista dispuesto a entusiasmarse con la guerra.

Estamos viviendo la realización de un proceso, iniciado hace algo más de un siglo y acelerado a finales de los años 1970, de cierre de todo “espacio público” y de saturación de la cuota de propiedad privada en todos los aspectos de la vida individual y colectiva. Se trata de un proceso de alcance completamente diferente al de la “dictadura sanitaria” (Agamben). El estado de emergencia es la normalidad que debe acompañar necesariamente a la identidad de la producción y la destrucción porque ha estado progresando desde principios del siglo XX, enraizada en la máquina del Estado-capital cuyas promesas de paz y prosperidad solo duran lo que dura una “bella época”.

Basta un análisis superficial del capitalismo y de su historia para comprender que, tras brevísimos periodos de euforia (la *belle époque* de principios de siglo y de los años ochenta y noventa) en los que el capitalismo parecía triunfar sobre todas sus contradicciones, solo le quedaba la guerra y el fascismo para salir de sus atolladeros.

La prosperidad para todos se ha convertido en una enorme concentración de riqueza para unos pocos, una devastación financiera y una lucha a muerte por la hegemonía económica y el acceso a los recursos. La salvaguarda de la vida a cambio de obediencia que, desde Hobbes, debe garantizar el Estado frente a los peligros de la “guerra de todos contra todos” queda doblemente desmentida: ya

sea por la organización de las masacres de las guerras industriales como por la extinción de la especie humana, que ya está muy avanzada.

La biopolítica (“hacer vivir y dejar morir”) revela todo su contenido “ideológico” frente a la realidad de la máquina Estado-capital que desencadenó la violencia económica del capital y luego desató la violencia armada del Estado. Dos violencias que, combinadas, están muy lejos de la pacificación gubernamental que supone el *laissez vivre*.

La posible desaparición de la humanidad por la violencia concentrada de la bomba atómica que Günther Anders predijo en los años 1950 se reaviva ahora por la “violencia difusa” del calentamiento climático, la degradación de la biosfera, el agotamiento del suelo, la sobreexplotación de la tierra, etc. Dos temporalidades diferentes, la instantaneidad de la bomba y la duración de la degradación ecológica, convergen hacia un mismo resultado que proviene de la misma fuente: la identidad de producción/destrucción. En la actual guerra de Ucrania, vivimos bajo la doble amenaza (la atómica, que nunca había desaparecido) y la “ecológica”. Lo que Latour no ve, la actualidad se ha encargado de demostrárnoslo. La guerra, al menos, habrá servido para eso, para revelar la inconsistencia de gran parte del pensamiento ecológico y de sus intelectuales más prestigiosos.

Post scríptum: crisis de la ontología

La identidad de producción y destrucción determina una crisis en la concepción del ser cuyo poder productivo afirma la filosofía: el ser es creación, un proceso continuo de expansión, la construcción del mundo y del hombre. Esta larga historia del ser se ve interrumpida por la Primera Guerra Mundial, ya que la *autoproducción* del ser coincide con su *autodestrucción*. Las filosofías de los años sesenta y setenta no reconocen en absoluto esta nueva situación. Por el contrario, hacen demasiado hincapié en el poder de invención, proliferación y diferenciación del ser. El negativo de la destrucción es expulsado del pensamiento en el momento en que el ser, con la producción total, es comparable a una fuerza “geológica” capaz

de modificar la morfología del terreno, al tiempo que destruye las condiciones de habitabilidad. La crítica de lo negativo se centra en la dialéctica hegeliana, mientras que se olvida de problematizar la negación absoluta que conlleva el nuevo capitalismo. En un momento en el que el ser parece enriquecerse con la producción continua de nuevas singularidades, se consume, se agota e incluso está amenazado de extinción. Se trata de una situación inédita que la filosofía evita como la peste.

La identidad de la producción y la destrucción nos obliga a considerar bajo una nueva luz las categorías del trabajo y de las fuerzas productivas que debían ser herederas del poder del ser. Las guerras totales y la aceleración conjunta de la acción del capital, el Estado, la ciencia/tecnología y el trabajo han hecho inoperante la oposición marxista entre fuerzas productivas y relación de producción, porque las fuerzas productivas son al mismo tiempo fuerzas destructivas. En el siglo XIX, el trabajo y su cooperación, la ciencia y la tecnología parecían constituir una potencia creadora aprisionada por las relaciones de producción (principalmente la propiedad privada y el Estado que la garantizaba). Era necesario liberarlos de las garras de estos últimos para que pudieran desarrollar sus poderes productivos, limitados por el beneficio, la propiedad privada y las jerarquías de clase. En las condiciones del capitalismo de posguerra, definir si el trabajo es producción o destrucción es indecible, ya que es ambas cosas a la vez. Por eso no puede haber una ontología del trabajo. Por eso hay que repensar las modalidades de la acción política.

Las luchas, los rechazos, las revueltas, las cooperaciones, las tareas de "cuidado", las solidaridades, las revoluciones siguen estando a la orden del día, la ruptura con el capitalismo es aún más necesaria, ya que lo que está en juego es la vida misma de la especie, pero en un marco radicalmente modificado por la existencia de la destrucción, que es como la sombra de la producción.

III. ¿Cómo fue pacificado el capitalismo?¹

¿Qué debemos preservar de las revoluciones?

No hacía falta ser Lenin para comprender que la globalización, los monopolios, los oligopolios y la hegemonía del capital financiero nos llevarían una vez más a la alternativa guerra o revolución, socialismo o barbarie (la guerra es una realidad, mientras que la revolución, dadas las condiciones de los movimientos políticos contemporáneos es altamente improbable).

Lo mismo ocurría hace un siglo. Aunque de un modo diferente, el colapso del capital financiero contemporáneo, salvado por la intervención de los Estados, la fragmentación y la balcanización de la globalización, la mayor concentración del poder económico y político para hacer frente a las dificultades de las finanzas y del mercado global, produjeron resultados similares. La guerra representa una “catástrofe” en términos técnicos, es decir, un “cambio de estado”. No podemos predecir lo que sucederá, pero es seguro que el viejo mundo, el que hemos conocido en los últimos cincuenta años, se está derrumbando (en realidad, ya se venía derrumbando desde hace tiempo). La guerra en Ucrania tiene sus raíces y sus razones en estos procesos y no en la autocracia o la locura de algún individuo. Todo se decidirá entre grandes máquinas estatales continentales, a diferencia de lo que sucedió durante la Primera Guerra Mundial, cuando la revolución, gracias a la iniciativa de los bolcheviques, irrumpió como factor determinante en el cambio del orden mundial, trastornando

1 El título es obviamente irónico, porque es el capitalismo el que nos ha pacificado, pero nuestras teorías han contribuido a este resultado.

los planes de repartición del mundo que los imperialismos tenían en la guerra. Para los revolucionarios de la primera mitad del siglo XX, el capitalismo era inconcebible sin la guerra entre Estados, sin guerras civiles contra el proletariado, sin guerras de conquista. A diferencia de nuestra consternación y desconcierto, este gran realismo político les permitió no verse sorprendidos ni desprevenidos ante el estallido de la Gran Guerra.

A nosotros, en cambio, nos falta un punto de vista de clase sobre las relaciones entre capitalismo-Estado-guerra: se trata de reconstruirlo, apoyándonos en estos revolucionarios que en el siglo XX hicieron y sufrieron las guerras.

La guerra de conquista y de sometimiento

A diferencia de lo que piensan los economistas, incluso los marxistas, el ciclo económico comienza con la guerra de conquista y de sometimiento y termina con la guerra entre Estados (o con la revolución). Esto es seguramente acertado para el neoliberalismo, pero también lo era para el liberalismo clásico. El primero debía superar las contradicciones del segundo, que nos habían conducido directamente a las catástrofes de la primera mitad del siglo XX, pero, en lugar de esto, está siguiendo de modo servil los pasos de su predecesor, suscitando distintas modalidades de guerras civiles y de guerras entre imperialismos.

En el capitalismo, la producción, sea material o inmaterial, afectiva o deseante, cognitiva o neuronal, presupone siempre la producción extraeconómica, extraafectiva, extracognitiva de las clases sociales. Antes de producir mercancías, es necesario apropiarse y expropiar, con la fuerza del Estado, tierras, poblaciones, cuerpos, medios de producción, recursos para luego dividir aquello que ha sido tomado. Es histórico, el capitalismo nace de una triple conquista: la conquista de la tierra de los campesinos en Europa, la conquista de las mujeres (la caza de brujas es signo de su sometimiento y de la apropiación de sus saberes) y la conquista de las "tierras libres" del Nuevo Mundo, es decir de los indígenas transformados en colonizados y de los africanos reducidos a esclavos. Sin estas guerras de conquista de los cuerpos, que dividen a los

vencedores y los vencidos en propietarios y no propietarios, no es posible iniciar ninguna producción.

La expropiación de la tierra y de los medios de producción va acompañada de la expropiación de las conciencias, de la sensibilidad y de los afectos de la comunidad. La guerra de conquista es también un “apocalipsis cultural” (el “fin de un mundo” de los vencidos). Estas operaciones deben repetirse en el comienzo de cada ciclo de acumulación.

La impotencia política actual es una consecuencia directa de la exclusión de la guerra de la teoría política, que a su vez es el resultado de otra exclusión, la de la lucha de clases. Esto se refiere a los distintos conceptos de “producción” que en los años sesenta han enriquecido, ampliado, cuestionado y tratado de superar la teoría marxista: la economía libidinal (Lyotard), la economía de los afectos (Klossowski), el discurso del capitalista (Lacan), la producción deseante (Deleuze y Guattari), la biopolítica (Foucault).

Todas estas teorías parecen dar un paso adelante en el terreno teórico (ya que el capitalismo también opera sobre los deseos y los afectos: estos contribuyen fuertemente a la constitución de las rupturas revolucionarias), pero políticamente parecen dar dos pasos atrás, porque en el fondo han contribuido, *a pacificar el capitalismo, separándolo de las guerras y de las luchas de clases*.

Las elaboraciones contemporáneas de la producción inmaterial, cognitiva, neuronal, informativa de la “división sensible” continúan este trabajo de despolitización que expulsa el carácter conquistador y belicoso de la máquina Estado-capital. Lo mismo podríamos decir de aquellos feminismos que analizan las violencias, pero no las guerras. El mapa de las formas de explotación y dominación ha sido ampliado y especificado notablemente respecto del marxismo, mientras que la guerra no ha sido objeto de la problematización y, por consiguiente, no se aborda el debate sobre la “fuerza”, sino en las formas de la autodefensa. En realidad, en la multiplicidad de las teorías feministas podemos encontrar el concepto de guerra, particularmente de “guerra de conquista”. El feminismo materialista francés, pero también Silvia Federici, atribuyen un lugar central a la cuestión de la conquista y el sometimiento: las mujeres son objeto de apropiación

por parte de los hombres del mismo modo que los trabajadores y los esclavos han sido “capturados” por la guerra de conquista de la acumulación originaria. Federici habla de la “guerra contra las mujeres” como acto original de apropiación que debe repetirse al comienzo de cada nueva fase de acumulación.

Verónica Gago intenta ampliar la relevancia del concepto de guerra más allá de la apropiación originaria, demostrando que, una vez obtenida la victoria sobre las mujeres, esta guerra de conquista se prolonga, sobre trabajadores y colonizados, a través de una multiplicidad de violencias que no es suficiente cuantificar y clasificar, porque remite a una estrategia de clase y de guerra. “La noción de guerra permite la emergencia de una dinámica conflictiva” en lugar de “insistir en las patologías de los hombres” y para “evitar los discursos sobre “crímenes pasionales o patologías individuales”.

El capitalismo presupone esto que Foucault parece negar: hay una dominación impuesta por la fuerza que debe determinar oposiciones, polarizaciones, dualismos en materia de trabajo, de raza y de género. La concepción foucaultiana del poder se niega a partir de las condiciones reales del capitalismo, es decir, de la “división binaria, global y masiva entre dominadores y dominados” y privilegia en cambio una “producción multiforme de relaciones de dominación”, la codificación de “múltiples relaciones de fuerza”.

Las divisiones entre propietarios y no propietarios, el dominio del hombre sobre la mujer, del blanco sobre el que no lo es no son el resultado de la producción, sino lo que esta presupone. Posteriormente, estos dualismos se agudizarán o debilitarán según se desarrollen las relaciones de poder, pero en todo caso lo que está en juego permanece: el capitalismo debe reproducir necesariamente estas condiciones y los dominados deben resistirlas a partir de la multiplicidad que constituye las clases de los trabajadores, de las mujeres, de los colonizados.

La conquista de los cuerpos se articula al nivel del mercado mundial, pero hay un hecho muy importante que no capta el eurocentrismo de las teorías antes mencionadas: *se produce y se estabiliza de manera diferencial entre el Norte y el Sur debido a la conquista de América*. En el Norte, la consolidación del poder de los vencedores movilizará

el derecho, el salario, el consumo y todas las nociones que las teorías de los años sesenta y setenta han elaborado para integrar a los vencidos (afectos, deseo, goce, etc.). En el Sur, en cambio, a la institucionalización del trabajo, a la integración a través del bienestar, a la acción a través de los afectos y el “gocé” del consumo, se le opone la violencia colonial, la gubernamentalidad a través del racismo y la guerra civil permanente. Esta violencia diferencial entre centro y periferia surgida de las guerras de conquista a partir de 1492 constituye la segunda condición política de la producción.

La tercera condición representa lo *no dicho* por estas teorías y se refiere a que las subjetividades pueden ser movilizadas, pueden internalizar las normas del poder, pueden estar atravesadas afectivamente de modo eficaz solo cuando la lucha en la que están involucradas ha producido la separación entre vencedores y vencidos. La gubernamentalidad, que continúa la guerra de conquista por otros medios, podrá actuar sobre la subjetividad únicamente después de derrotarla, cumpliendo con el programa de Thatcher: la economía no es más que el método, el objetivo es capturar el espíritu del individuo. Después de conquistar el cuerpo por la fuerza, es necesario ir por el alma interviniendo la afectividad.

Ninguna norma económica, sexual o racial puede afirmarse en una situación caracterizada por un alto nivel de lucha de clases. Es necesario efectuar una normalización preventiva tanto política como subjetiva con un uso de la violencia y de la guerra civil que varía según las circunstancias. Solo en estas condiciones, las normas y los afectos pueden actuar sobre los individuos, formándolos, construyéndolos, sometiéndolos. La norma productiva, igual que la norma jurídica no se aplica en el “caos”, sino que supone “una estructuración normativa de las relaciones vitales”. Esta normalidad no es un “presupuesto externo que pueda ser ignorado, por el contrario, atañe directamente su eficacia inmanente”.

Estas tres condiciones, a saber, la división binaria entre dominadores y dominados, la articulación de estas divisiones a nivel del mercado mundial y la normalización a través de la fuerza que precede a la normalización impuesta mediante las normas y los afectos se encuentran en el principio de cada ciclo de acumulación.

Las guerras civiles y el neoliberalismo

La mayoría de las teorías críticas analizan el pasaje de la sociedad disciplinaria a la sociedad del control, del fordismo al neoliberalismo, de la lógica “sacrificial” del trabajo a lógica del “goce” del consumo, de la producción material a la cognitiva, pero en realidad no lo explican. Lo que sigue siendo un enigma es precisamente la transición en sí, porque es justo en este pasaje cuando se produce el estallido de las guerras civiles, las guerras de conquista y las guerras entre Estados como condición necesaria del “nuevo modo de producción”.

Las luchas de clases preceden siempre a la producción, volviéndola posible a través de la integración de las subjetividades derrotadas en el trabajo, en el consumo y en la sociedad normal. El neoliberalismo no escapa a esta genealogía del capitalismo. Su nacimiento presupone una violencia ejercida de modo diferenciado en todo el mercado mundial y dosificada en base a las relaciones de fuerza instauradas por las luchas de clase y su intensidad. En el Norte, la integración del movimiento obrero en la máquina Estado-capital iniciada a fines del siglo XIX, no se convirtió nunca en una amenaza revolucionaria después de la Segunda Guerra Mundial, por lo tanto no fue necesario recurrir a la fuerza armada. Para la máquina Estado-capital, fue suficiente reprimir las históricas huelgas en Inglaterra, Italia y Estados Unidos, infligiendo una dura derrota política al movimiento obrero, cuyo resultado fue una subjetividad proletaria derrotada, obligada a obedecer, disponible para las exigencias de la gubernamentalidad y forzada a adaptarse a la innovación tecnológica, a las nuevas formas de producción, al nuevo mercado laboral, a las nuevas normas de consumo.

La historia del Sur, donde la revolución había echado raíces, es completamente distinta. Aquí el neoliberalismo emerge de una serie de guerras civiles en América Latina, organizadas directamente por los Estados Unidos, con miles de militantes asesinados, torturados, *desparecidos* y exiliados. Solo la destrucción física de las subjetividades revolucionarias puede imponer la miseria

“libidinal” del empresario de sí mismo, los afectos del “capital humano”, el “deseo” de acceder al crédito para gozar de la promesa de felicidad que destella el consumo. La subjetividad se torna “disponible” en cuanto es derrotada por la violencia fascista. La normalización tiene poco que ver con la narración hobbesiana, no se trata del resultado de una hipotética guerra de todos contra todos, sino de una verdadera guerra entre clases, entre grupos sociales bien definidos, con objetivos y estrategias claramente visibles y declarados (“la guerra de los ricos contra los pobres, de los propietarios contra los que no tienen nada, de los patronos contra los proletarios”, dice Foucault). En la historia del capitalismo aquello que impulsa al consenso no es la necesidad de seguridad y protección, la garantía de salvación si se legitima el poder transfiriendo los derechos propios al “soberano”, sino ante todo el terror de la represión burguesa (la “semana sangrienta” de la Comuna de París, que anticipa la violencia de las guerras totales) o una derrota menos sangrienta, pero de la que se sale igual sometidos. *En el capitalismo no hay contrato posible o, si este se establece, es entre vencedores y vencidos.*

Las teorías críticas elaboradas en los últimos cincuenta años reducen el ciclo económico de acumulación a una única fase, la económico-política, en la cual el poder de los vencedores se ha estabilizado transformado en Estado administrativo, gubernamentalidad, trabajo y consumo. Podríamos definir esta fase de consolidación como “*la belle époque*”, en la que, como aquella que precedió a la gran guerra, la expansión de la producción y de la productividad parecen desarrollarse “pacíficamente” como si hubieran superado y resuelto todas las contradicciones de la acumulación capitalista.

Así se eliminan el principio y el fin del ciclo, donde las guerras y las guerras civiles determinan quién manda y quién obedece, quién es propietario y quién es expropiado; y se imponen la división internacional del trabajo, la organización sexual y racial del mercado mundial, produciendo una subjetividad derrotada dispuesta (obligada) a obedecer.

La ideología como narración

La extrema simplificación introducida por el “discurso del capitalista” de Lacan puede resultar útil para ilustrar la remoción del concepto de guerra y de luchas de clases así como la ingenuidad con la que se ha puesto en escena un capitalismo pacificado, permitiéndonos leer el ciclo económico desde un punto de vista particular: el del consumo y el capital financiero, que volvió a ser hegemónico después de las masacres producidas hace un siglo.

En el mundo descrito por el discurso del capitalista “todo es posible”, nada está prohibido. La oferta ilimitada de mercancías parece producir un consumo cuyo goce es sin ley, sin padre, sin el sentimiento de culpa que en los anteriores períodos de desarrollo capitalista reducía el trabajo a sacrificio y el consumo a frugalidad, incitando más bien al ahorro.

Los consumidores, liberados de estos límites “protestantes”, reemplazarían a los trabajadores en el centro de la acumulación. Ese “todo es posible” parece corresponder a la imagen de un capital que no conoce límites y representa la nueva ideología y antropología del sujeto productivo (eficaz, emprendedor, impulsado continuamente, como el capital del que es la máscara –“capital humano” precisamente–, a superar sus límites, que son solo obstáculos con los que medirse para desplazarlos cada vez más, hasta el infinito).

Esta es la ideología perfecta del poder, porque es su mejor narrativa: separa el capital del Estado, de la guerra, de las luchas de clases y celebra su movimiento incesante, su cambio perpetuo como producción continua de lo “nuevo”. En realidad, este es un devenir fantasmagórico, vacío que solo se reproduce a sí mismo. El nihilismo de la producción para la producción se encarna en los individuos sometidos a la “movilización total”, herencia del primer choque mundial que llevará, como está haciendo el neoliberalismo, a la guerra, forma acabada del funcionamiento nihilista de la máquina Estado-capital.

Pero el “discurso del capitalista” parece no saber que el goce no se compra con el salario, sino con el crédito: vivir a crédito es la consigna del poder contemporáneo. Si se superan los límites euro-

céntricos que lo condicionan, se puede descubrir fácilmente que el consumo/goce ha ido inmediatamente acompañado, en cualquier lugar del planeta, por el binomio sacrificio/destrucción impuesto por las políticas financieras de la deuda. La incitación al goce a través del consumo y la acción que inhibe, reprime, prohíbe, culpa no se refieren a dos modelos de relaciones de poder, sino que coexisten tal como lo confirman todas las políticas de la deuda.

Un “poder tolerante” (el neoliberalismo en su versión Pasolini, pero también Foucault, que literalmente lo define de este modo) que “incita, induce y solicita” frente a aquel que únicamente “vigila y castiga” es una ilusión típica de la “*belle époque*” porque es temporal y selectiva (en el Norte más que en el Sur, con los blancos más que con los no blancos, con los ricos más que con los pobres, con los hombres más que con las mujeres) y porque está destinado a convertirse rápidamente en su opuesto. Antes de aterrizar en Europa, la deuda funcionó como un arma de destrucción masiva: primero en África, luego en América Latina y en el Sudeste Asiático, poniendo de rodillas a países enteros e imponiendo, a partir de los años 1980, la austeridad a todo el planeta.

En los países ricos del Norte, el “discurso del capitalista” tiene corta duración: los años ochenta y noventa del siglo pasado. La coyuntura se invierte rápidamente: las crisis financieras se suceden hasta culminar en el crack financiero de 2008. También en Estados Unidos, origen de la crisis, y en Europa, el crédito da paso a la deuda que obliga a los más pobres (si no preguntémosle a los griegos) a sacrificarse porque son los culpables de estar ávidos de un consumo y un disfrute al que, en realidad, habían sido empujados. Más que un nuevo paradigma del poder centrado en el goce y el deseo, nos enfrentamos a un “*doble bind*” (un mandato doble y contradictorio) que, al mismo tiempo, incita y reprime, solicita y prohíbe, hace posible y destruye toda posibilidad, es decir a la racionalidad irracional del capitalismo.

Al final de la “*belle époque*”, digamos a partir de 2001, se producen cambios notables, ya que la transformación, iniciada en los años setenta, de la guerra de conquista y de sumisión en *producción, bienestar, dominación racial y sexual*, tiende a producir nuevas

formas de luchas de clase y subjetivaciones que rompen con esta trampa del poder, que ya no tiene las disponibilidades financieras para comprar el consenso. Todas debieron invertirse para evitar el colapso del sistema.

Estados Unidos, que a todos impuso el modelo neoliberal, se enfrenta dramáticamente a sus resultados: enormes diferencias de ingresos y patrimonio, aumento del sexismo (leyes que prohíben el aborto), del racismo (ejecuciones de personas racializadas) y la extrema derecha intentando una aparente “insurrección”. Alguna vez los revolucionarios dijeron “el fascismo es la guerra”, efectivamente, la proclama sigue vigente.

A partir de 2011, las luchas de clases se intensifican con diferencias en el Norte y en el Sur reforzando lo que se venía produciendo en el siglo XX: el modelo de movilización de las “primaveras árabes”, que parte de las plazas y ya no de las fábricas y de las universidades, se difunde rápidamente en el mundo, pero no se manifiesta con la misma fuerza política en Europa y Estados Unidos. En América del Sur, nace un potente movimiento feminista que le muestra el camino al Norte con la invención de nuevas formas de lucha (la huelga feminista) que se difunden rápidamente de manera transnacional, aunque no tengan todavía el poder del viejo internacionalismo obrero. Los contenidos del conflicto y las modalidades de organización se propagaron, pero no con la misma intensidad y energía política que en América Latina. Justo antes del estallido de la pandemia, el levantamiento chileno puso fin al primer experimento neoliberal y durante esta, grandes luchas contra el racismo vieron a proletarios blancos y “de color” movilizarse juntos.

En el Norte, cuarenta años de la ideología de la movilidad, de la “precariedad es bella”, de la flexibilización de los horarios laborales, de la reducción de los salarios y el fortalecimiento de las jerarquías de mando han producido un rechazo al trabajo que afecta a todos los sectores. La “gran dimisión” en los Estados Unidos y la “gran deserción de trabajadores estacionales” en Europa tienen que ver con el rechazo por parte de cientos de miles de trabajadores a los *shit jobs*, pero también a trabajos calificados. Ahora bien, mien-

tras en el Sur del mundo la reanudación de las luchas, la reconstrucción de los movimientos se da a partir de formas de subjetivación colectiva que utiliza también la fuerza y la revuelta, la “*great resignation*” o “*grande démission*” organiza un éxodo masivo del trabajo asalariado constituido por comportamientos individuales que, aunque afectan a millones de personas, por el momento queda circunscripto a gestos personales. El rechazo de la explotación constituye sin duda un quiebre radical con la reciente “docilidad” de la fuerza laboral y el fundamento posible de una ruptura más potente al nivel de la subjetividad colectiva.

Lo que impulsa la guerra es también esta situación interna de los diferentes imperialismos, su imposibilidad de pagarse la legitimidad y el consenso ciudadano con el empleo, el bienestar, el consumo, porque la crisis de 2008 rompió el juguete neoliberal y ya no logran hacer que funcione y porque, como acabamos de expresar, comienza a manifestarse el “rechazo” a dejarse comprar por poco dinero.

Tras la crisis financiera, una enorme creación monetaria mantiene artificialmente vivo un sistema que, en lugar de volver a empezar, se desgasta. El ciclo económico no solo ha profundizado las diferencias entre clases, sino también entre Estados, generando una gran inestabilidad en el orden mundial, otra razón por la cual la opción de la guerra se torna real. Los Estados que han salvado la máquina del beneficio/poder se enfrentan a una competencia que ya no es la neoliberal. La guerra que inició el ciclo está ahora llegando a su fin, pero con una violencia multiplicada por la producción y la productividad desarrolladas a lo largo de la fase de expansión del ciclo mismo.

La economía del deseo se transformó en economía de guerra, el discurso del capitalista en un discurso belicista, el *General Intellect* se militarizó rápidamente, la esfera mediática se puso el casco (en los estudios y en los diarios), mientras que ninguna de las nuevas teorías de la producción fue capaz de dar cuenta de esta involución, porque las guerras y su relación con el capitalismo no forman parte de estos modelos de pacificación.

Las revoluciones y la guerra

Frente a la guerra, estamos teóricamente desarmados. Los secretos del funcionamiento del ciclo económico-político se conocen desde hace al menos un siglo y medio. Los revolucionarios del siglo XX los conocían perfectamente. Las revoluciones se pueden criticar desde varios puntos de vista, pero aún podemos recurrir a sus elaboraciones, porque no es cierto que la globalización haya podido relegar al imperialismo entre los viejos hierros del capitalismo. Por supuesto que se trata de un imperialismo diferente de aquel histórico que privilegiaba instrumentos monetarios y financieros, sin embargo sigue utilizando la expropiación de tierras, la apropiación de las riquezas (extractivismo), el trabajo de millones de personas que no son asalariadas (el trabajo subvalorado, gratuito o mal pago), guerras de saqueo, de sometimiento, incluso ha puesto nuevamente de moda la esclavitud, difundiendo la corrupción en todo el planeta. Lo mismo puede decirse de la neocolonización que no repite las “glorias” del pasado, pero que sigue capturando riqueza (y quizás más que durante la última colonización) a través de dispositivos extraeconómicos. Lenin asociaba la hegemonía del capital financiero con la colonización. Las nuevas modalidades de la financierización contemporánea corresponden a las nuevas modalidades de la colonización.

La globalización no significa nada. En realidad, para llamar a las cosas por su nombre, se trata de la acumulación de capital a escala mundial compuesta por la actividad de diferentes máquinas Estado-capital, cada una con su autonomía y soberanía, aunque relativa, que no convergen hacia un capital y una gobernanza mundiales, sino que persiguen políticas y finalidades muy diferentes, no obstante todas partan de un único mercado. Por ejemplo, Estados Unidos consideraba a China como su sucursal industrial en el suministro de bienes a precios módicos para mantener bajos los salarios estadounidenses. El Estado chino y el partido comunista tienen, sobre la misma industrialización, un punto de vista radicalmente heterogéneo respecto de la lógica americana (hacer de China una potencia económica y política, sacar de la pobreza millones de chinos, etc.).

Como hace un siglo, los Estados continentales contemporáneos luchan para imponer sus intereses y su hegemonía, para apropiarse de recursos materiales y humanos, para debilitar o someter a los competidores dentro de una lógica que no sabemos definir de otra manera que imperialista. Por lo tanto, los revolucionarios del siglo XX todavía tienen mucho que sugerirnos sobre la paz y la guerra, el Estado y el capital, el mercado mundial y las estrategias para vencer a estas máquinas imperialistas.

No se trata de volver a un “marxismo-leninismo” imposible e indeseable, pero su punto de vista sobre la cuestión de la guerra y el capitalismo supera con creces a las teorías contemporáneas que tras expulsar la guerra se limitan a afirmar un “no” genérico cuando esta vuelve a ocupar el centro de la política. Los movimientos políticos posteriores al 68 han borrado las revoluciones de su horizonte, como si hubieran interiorizado la ideología dominante según la cual eran solo aventuras homicidas innecesarias, ya que lo mismo podría haberse logrado a través de la democracia.

Lo primero que debemos recuperar de las revoluciones del siglo XX es su visión del capitalismo: la máquina capitalista es inseparable del Estado, de la guerra, de la industria bélica y el militarismo que forman parte de ella en todos sus aspectos. La sociedad se divide según una lógica de clase en dominantes y dominados, resultado de una guerra de conquista de los cuerpos y de formación de las clases. Las luchas resultantes son una guerra civil más o menos latente que puede y, según ellos, debe convertirse en una guerra civil abierta.

Para los revolucionarios, era evidente que el capital, el Estado y la guerra constituían un *continuum* mortal. Engels consideraba que la guerra siempre estaría a la orden del día mientras el capitalismo prosperase. En lugar de traer la paz, la sociedad industrial haría que la guerra sea aún más devastadora. En 1895 advirtió acerca de una catástrofe que se avecinaba: “Una guerra mundial de un horror inaudito y de consecuencias incalculables”.

El estallido del choque entre imperialismos en 1914 no hizo más que confirmar, a gran escala, aquello que los revolucionarios ya sabían y que borraba toda ilusión sobre el desarrollo pacífico de

la producción: “La guerra es la compañera inevitable del desarrollo capitalista y el militarismo es su producto” (Lenin).

Antes de ser producción, el capitalismo es una lucha de clases irreconciliable cuyo enfrentamiento desemboca en una lucha armada entre Estados o en la revolución. No captar las condiciones de la guerra en la “paz” de la producción capitalista era considerado, política y teóricamente, irresponsable. “Quien no ve que la lucha de clases conduce inevitablemente al conflicto armado es ciego. Pero es no menos ciego quien frente al conflicto no ve toda la política que precede a las luchas” (Trotsky)

Los revolucionarios aprovechan la fórmula de Clausewitz según la cual la guerra es la continuación de la política, no su interrupción como todos creen en este período: es necesario que las armas sean silenciadas y se vuelva a la política, pero precisamente *la guerra es una política que continúa el enfrentamiento inherente a las relaciones de poder en tiempos de “paz”*. La política que continúa en la guerra no es la de los Estados. *La guerra en Ucrania, como todas las guerras globales, es una concentración y una articulación de guerras entre Estados, guerras neocoloniales y neoimperialistas, guerras nacionales, guerras contra las mujeres, contra los racializados, guerras contra los trabajadores*. Los revolucionarios interpretan la fórmula de Clausewitz desde este punto de vista.

La relación de clase ya había sido interrumpida en su versión reformista (pacto social capital/trabajo, que existía solo en el Norte) por el neoliberalismo que había organizado una gubernamentalidad autoritaria que favoreció desde el principio el florecimiento de nuevos fascismos, la extinción progresiva de la democracia, el establecimiento de un estado de emergencia devenido en normalidad, porque la explotación llevada a cabo por el modelo de acumulación creaba todas las condiciones de una guerra civil, que es otra de las razones que impulsan la guerra.

Las posiciones de Foucault, que describían esta gubernamentalidad de una manera pacificadora cargándose a la inteligencia “revolucionaria”, se hacían eco en cambio, entre 1971 y 1975, de un debate que había atravesado a los movimientos posteriores al 68. Sus hipótesis parecían cercanas al marxismo y al pensamiento de

los revolucionarios: “La guerra civil es la matriz de todas las luchas de poder, de todas las estrategias del poder y por consiguiente la matriz de todas las luchas acerca del poder y contra él”.

A diferencia de nosotros, los militantes de principios del siglo XX, no se sorprenderían de lo que está pasando en Ucrania, porque el Estado, el capital y la guerra constituyen la dinámica del capitalismo en el mercado mundial, su máquina política, independientemente del desarrollo de las fuerzas productivas (materiales, cognitivas, deseantes, digitales, etc.). “Normalmente las guerras entre los Estados capitalistas son un efecto de su competición en el mercado mundial, porque cada Estado busca no solo asegurarse determinados mercados, sino conquistar nuevas regiones y la esclavitud de pueblos y países extranjeros que resulta ser de una importancia capital”, decía Lenin. El armamento es una necesidad política que deriva directamente del imperativo de someter a las clases “peligrosas” al interior (guerra civil) y de ganar la competencia entre poderes estatales (guerra interestatal) en el exterior. “En toda sociedad de clase –ya sea basada en la esclavitud, en la servidumbre o, como hoy, sobre el trabajo asalariado– la clase de los opresores está armada”, según Lenin.

El militarismo, dice Rosa Luxemburgo, “acompañó todas las fases históricas de acumulación”. Desempeñó un “papel decisivo en la conquista del nuevo mundo”, sirvió más tarde para someter a “las colonias modernas y destruir las organizaciones sociales primitivas”, para introducir “el vínculo del intercambio comercial en países cuya estructura social se opone a la economía de mercado y para transformar a los indígenas en proletarios”, para “obtener concesiones ferroviarias en países atrasados y hacer valer los derechos del capital europeo en los préstamos internacionales”. El militarismo es también “un arma de la competencia” entre países capitalistas y finalmente, “desde el punto de vista puramente económico, es para el capital un medio privilegiado de realización de plusvalía, en otras palabras, es un campo de acumulación”, pero a su vez puede convertirse en su motor (keynesianismo de guerra).

Su punto de vista permite captar en tiempo real, entre finales del siglo XIX y el comienzo del siglo XX, los profundos cambios

que afectan al capital, al Estado y a la guerra. Esta última se convierte en “total”, “industrial”, “imperialista”, mientras que la guerra civil europea se transforma en “mundial” y “anticolonial”: los pueblos oprimidos, que han entrado en la batalla, constituyen la gran novedad que tendrá consecuencias históricas. Es notable la elaboración de nuevas estrategias y tácticas de lucha que conducirán a las primeras revoluciones victoriosas de los oprimidos en la historia humana. Mientras la máquina de guerra Estado-capital desencadena una violencia destructiva y autodestructiva sin precedentes, las revoluciones pasan a la ofensiva y la mantienen en todo el mercado mundial durante largo tiempo, de un modo que aun hoy resulta sorprendente.

El militarismo y el ciclo económico

Volvamos de un modo más exhaustivo al funcionamiento del militarismo porque los economistas contemporáneos, incluidos los marxistas, se ocupan de la producción, de la comunicación, de la cooperación, de los bienes comunes, inmateriales, informáticos, pero ignoran la importancia de la industria bélica para el funcionamiento del capitalismo, otro síntoma de cómo este ha sido pacificado.

Según Giovanni Arrighi, el “keynesianismo militar –que consiste en una política en la que los gastos militares generan receitas fiscales superiores a los impuestos recaudados para su financiación– no nació en el siglo XX”. El militarismo es un elemento esencial de la máquina productiva y política desde su nacimiento: “el capital, el Estado y el militarismo se encadenan fortaleciéndose mutuamente en un círculo virtuoso de riqueza y beneficio”, que es al mismo tiempo un círculo vicioso, porque la producción encontrará su límite justamente a causa de la importancia creciente de la guerra industrial, tecnológica, nuclear coincidente con la destrucción. Después de la conquista de América, Europa se lanzó a un ciclo de conquistas coloniales y de desarrollo que se autolimentaba: “Su organización militar sostenía la expansión económica y política apoyada en esta última y en detrimento de otros pueblos y comunidades de la tierra”.

Al saquear las colonias, el aparato económico militar se apropiaba por la fuerza de los recursos necesarios para el crecimiento, y los ingresos fiscales y comerciales alimentaban a su vez la carrera armamentista. La supremacía europea sobre los demás pueblos se debía esencialmente a una superioridad tecnológica que se materializaba en la cuestión militar.

A partir de la Primera Guerra Mundial, el militarismo y la industria bélica se tornan aún más centrales en los ciclos económicos, tal como decía Michal Kalecki, economista de la escuela luxemburguesa, que Joan Robinson definirá como el inventor de la “Teoría general” antes de Keynes. La clave de su trabajo (“la divergencia entre la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas y la capacidad de absorción del mercado”) es la misma que encontramos en Rosa Luxemburgo. Contra todo economicismo, desarrolla una importante y original concepción del “ciclo político” del capital (“el instinto de clase” sugiere a los capitalistas que “la disciplina en las fábricas y la estabilidad política es más importante para los capitalistas que los beneficios corrientes”), en la que la industria bélica juega un rol determinante.

La acumulación ha cambiado considerablemente desde la época de Marx, ya que el capital perdió su “vitalidad natural”. Por un lado necesita una intervención continua del Estado, por otro está limitado, en su “espontaneidad” por la lucha de clases y sobre todo por la revolución. Según Kalecki, “el crecimiento de los gastos militares que no se acompaña de impuestos tiene un efecto sobre el desarrollo” similar a las inversiones en capital “productivo” y puede funcionar como un estímulo del ciclo económico.

En el período entreguerras, los capitalistas se oponían a los experimentos lanzados para garantizar el pleno empleo basado en “gastos estatales financiados con déficit”, incluso si este nivel más alto de producción y ocupación asegurado por las políticas económicas les proporcionara mayores beneficios. Esto fortalecía demasiado a la clase obrera y los patronos razonan no solo en base a la ganancia sino política y estratégicamente. “Los subsidios al consumo masivo (vía asignaciones familiares, programas destinados a reducir precios de los artículos de primera necesidad, etc.)

debilitan un importante ‘principio moral’; los fundamentos de la ética capitalista ordenan que ‘te ganes el pan con el sudor de tu frente’ (salvo que vivas de rentas)”.

La aversión a financiar el consumo a través del gasto público se generalizó, excepto en la Alemania nazi donde fue superada por medio de “la concentración de los gastos estatales en armamento”. Durante el nazismo, “la inversión pública no fue únicamente un medio, sino también un fin en cuanto tuvo un carácter esencialmente militar”. La absorción del aumento de la producción general por parte de la industria bélica evita (o reduce) un aumento del consumo y, por lo tanto, de la fuerza de trabajo. Después de la Segunda Guerra Mundial, se impondrá el pleno empleo, financiado por medio del crédito, pero solo por un breve tiempo. Ya en los años setenta comienza su desmantelamiento porque “los trabajadores, sin la amenaza del desempleo, se vuelven ‘recalcitrantes’ y los ‘capitanes de la industria’ están ansiosos por ‘darles una lección’”.

El consumo (igual que en el “discurso del capitalista”, pero sin su lógica desarmada y desarmante que capta solo una pequeña parte del problema) juega un papel central en el ciclo del pleno empleo y los gastos militares funcionan como instrumento regulador. El período 1937-1955 comprende la “guerra mundial y la reconversión en un nuevo ciclo de rearme gigantesco”. A través de la “militarización de la economía americana” en esta etapa, “fue absorbido por el rearme” el aumento de la participación del gran capital en la renta nacional en detrimento del consumo. Las democracias incorporan rápidamente la lección del nazismo. La Segunda Guerra Mundial y el genocidio hitleriano, “que fueron en cierta medida la coronación de la coyuntura gestionada por los armamentos”, ya no son necesarios, por el momento.

Las políticas de pleno empleo se vieron favorecidas por una coyuntura económica “muy conveniente, uno de cuyos pilares fue el rearme de la OTAN”, que tuvo como pieza esencial la militarización de la Alemania Federal. Las exportaciones de la República Federal dependían en gran medida de los gastos de armamento de otros países, que ahora estaban desarrollando su propia industria de

armamento. Los británicos pensaban que el rearme de Alemania “paralizaría sus exportaciones de maquinaria y les permitiría hacerse con una parte del mercado alemán”. Alemania en cambio colocó sus pedidos militares en el Reino Unido sin debilitar la exportación de maquinaria, sin perder sus mercados y obteniendo, a través de la mejora de la balanza de pagos británica (gracias a su gasto militar), “importantes concesiones políticas”.

Kalecki resume así, en 1961, el papel de la industria bélica en la posguerra: “La militarización de Alemania Federal es la columna vertebral de su política, que fomenta la tensión internacional en el extranjero y sofoca la lucha de clases dentro del país. Y estos dos efectos abren a su vez a la expansión de las exportaciones de la República Federal”. La modalidad específica de la militarización de Alemania será el fundamento de su renacimiento industrial y tendrá, diez años más tarde, un rol determinante en la decisión de Estados Unidos de lanzar una nueva globalización, porque junto con Japón no dejan de quitarles parte del mercado.

Retomando una categoría de James O’Connor, de su libro *The Fiscal Crisis of the State*, de 1973, Arrighi define el Estado de bienestar de la posguerra como “warfare-welfare state”, es decir, como la implementación de un keynesianismo militar y social a escala mundial: “Los enormes gastos necesarios para el rearme de Estados Unidos y de sus aliados, y el despliegue de una inmensa red de bases militares, fue sin duda el elemento más dinámico y más visible” del milagro económico. Habitualmente se subraya la naturaleza “welfare” de los gastos estatales, mientras que se silencia su condición “warfare”.

Una gran parte de estas inversiones militares fue invertida por el Ejército estadounidense en investigación científica, innovación tecnológica y desarrollo de ciencias sociales. Después de la Gran Guerra, el Estado, lejos de desempeñar un papel subordinado al capital, es la fuerza que lo dinamiza, lo financia, le proporciona las innovaciones y los métodos de producción. La *big science* nace como proyecto para la “seguridad nacional” durante la Segunda Guerra Mundial y luego se consolida como instrumento del imperialismo americano. El Estado desempeña un rol fundamental no solo como

detentor legítimo del monopolio de la fuerza, sino como megaempresario innovador a partir de las armas.

En su bello libro *Aux sources de l'utopie numérique. De la contre-culture à la cyberculture*, Fred Turner demuestra cómo el ejército estadounidense y el Pentágono inventan tanto *la big science* como una nueva organización del trabajo a partir de la cooperación entre científicos para la producción de armamento cada vez más sofisticado. *La big science* “se forjó sobre la necesidad de adaptar un método sistémico global para desarrollar armas, capaces de considerar a hombres y máquinas como elementos combinados de un aparato de combate excepcional”. Los métodos de producción de la ciencia progresaron al ritmo de las guerras en el Sur (Corea, Vietnam, Argelia): “Auspiciados y financiados por una burocracia invasiva, estos equipos [de científicos contratados o patrocinados en sus universidades por el Pentágono N.d.A] no funcionan según criterios estatutarios o reglamentarios, por el contrario, trabajan en el seno de una estructura social sin una jerarquía real”.

La transgresión de las barreras disciplinarias y profesionales es el secreto de este método: “Las presiones utilizadas para producir nuevas tecnologías de guerra llevarán a estos especialistas a eludir las fronteras de su profesión, a mezclar trabajo y placer y a crear nuevas redes interdisciplinarias en las que trabajan y viven”. Weimer, el padre de la cibernética, señala que esta organización que integra trabajo y vida, trabajo y placer (y otras características que habitualmente se atribuyen al *management* post-68) siempre había sido un sueño de la comunidad científica que la guerra pudo realizar. “Estábamos de acuerdo sobre estas cuestiones mucho antes de poder designar el campo común de nuestras investigaciones [...]. La guerra lo hizo por nosotros”.

Durante la guerra se generó otro cambio fundamental a raíz de la cooperación entre científicos y empresas bajo el control y la supervisión del Estado/Ejército: la transformación de la figura del científico en empresario. En el esfuerzo bélico “científicos e ingenieros aprenden a actuar como líderes empresariales”. Luego esta organización será transmitida del Estado a los privados quienes se ocuparán de perfeccionarla. Conocimientos, experimentaciones,

métodos, una vez liberados de su “filiación militar o gubernamental, aparecen ante los ojos de todos como los motores culturales y económicos”, como si estas fuerzas fueran el resultado de un desarrollo natural inmanente de la ciencia. Es a partir de este momento que comienza a construirse la narrativa (ideológica) del empresario individual, innovador, brillante, confiado en el mercado y escéptico de todo aquello que tenga un origen estatal, capaz de asumir los riesgos de inventar una computadora en su garaje. Silicon Valley no es el fruto del espíritu emprendedor de los empresarios finalmente liberados de la burocracia, sino de cincuenta años de enormes inversiones públicas gestionadas por la estructura más jerárquica, disciplinaria y destructora que haya existido: el Ejército estadounidense. Todavía hoy las inversiones del Pentágono son el doble de las efectuadas por las GAFAM.

Los científicos que crearon e impulsaron las tecnologías cibernéticas y de la información no eran ingenuos. Eran perfectamente conscientes de que sus investigaciones dependían estrictamente de la guerra y de la financiación militar. En 1950, Wiener pronosticaba que las nuevas máquinas cibernéticas se implantarían en un plazo de diez o veinte años, a menos que “los violentos cambios políticos u otra gran guerra” aceleraran su uso. Con el fin del pleno empleo, los armamentos se tornaron aún más importantes para reabsorber el incremento de la producción una vez congelados los salarios. Han aumentado vertiginosamente desde hace años y con la guerra actual superan otro umbral, causándole el golpe de gracia al modelo del “*welfare*”, cuya destrucción es el objetivo perseguido desde los años setenta.

Cuando agitan las consignas del desarme, los pacifistas no se dan cuenta de que lo que demandan es el desmantelamiento simple y puro del capitalismo porque sin industria bélica se derrumba y sin las inversiones en armamentos se paraliza. La imposición del desarme no es una política pacifista, sino la inauguración de una revolución que en todo caso “no es una cena de gala”.

Para concluir esta parte sobre la guerra de conquista y de sometimiento es necesario volver a Marx. El liberalismo debe revisar la idea según la cual la constitución violenta de las clases precede

y hace posible la producción, invirtiendo así el orden del proceso. Para el pensamiento liberal, la apropiación y la división de lo conquistado son cuestiones que deben plantearse después de la producción. Los economistas dicen que primero hay que fabricar la torta y solo luego podrán apropiársela y repartírsela. El aumento de la producción y del consumo asegurado por el desarrollo capitalista resolverá la “cuestión social”.

La experiencia ha demostrado que más allá de cualquier crecimiento de la producción y de la productividad; las divisiones de clase, la distribución de la riqueza y de la miseria, la concentración de la propiedad y el poder político, la apropiación de los cuerpos y la expropiación de los saberes no solo se reproducen, sino que se intensifican.

Las nuevas teorías de la producción, y también la teoría de lo “común”, no escapan a esta ilusión liberal porque instauran una inversión similar: la producción de lo común ya en marcha, fundada ontológicamente contendría en sí misma los nuevos principios de “apropiación y división” sin antes pasar por la “expropiación de los expropiadores.” Esta consigna marxista aún tiene validez y significa invertir el éxito de la guerra de conquista que sometió a mujeres, obreros, colonizados y recuperar ese “botín”, reapoderarse de las tierras y de los medios de producción (de la época de la acumulación originaria y de la época industrial), de la riqueza capturada por las finanzas (del período neoliberal), y sobre todo reapropiarse de los cuerpos sometidos (de todas las épocas). Estas son las condiciones subjetivas y objetivas de la revolución. Sin esta premisa, la producción ya sea afectiva, cognitiva o común no podrá subjetivarse y solo expresará impotencia.

IV. Michel Foucault: a propósito de un giro sobre la guerra civil

Donde hay una voluntad hay un camino.

Lenin

La afirmación de la voluntad en el proceso de subjetivación

Ahora veamos más de cerca cómo abordan las teorías críticas el problema de la guerra. Si en los años sesenta y setenta la guerra está todavía presente, aunque marginalmente, en las teorías que fueron elaboradas en los largos años de la contrarrevolución, esta prácticamente ha desaparecido. En los textos de Rancière y Badiou, que han ocupado el espacio de la teoría política de los últimos veinte años, así como en el feminismo y el ecologismo, la guerra y las guerras han sido expresamente tematizadas solo de modo coyuntural. Aquí hay una gran diferencia con el pensamiento revolucionario, un síntoma que debiéramos interrogar, porque podría revelarnos los límites de los conceptos y las prácticas políticas contemporáneas.

La posición de Foucault sobre la guerra es una de las más interesantes, porque el filósofo la enfrenta directamente y su punto de vista se transforma con los años. En un principio la convierte en el modelo de comprensión de las relaciones sociales, luego la abandona. Pero si rechaza la guerra como modelo, quiere conservar el punto de vista estratégico como principio de inteligibilidad de la relación de fuerzas. Su postura es única, original pero desvaloriza y desprecia la tradición estratégica revolucionaria del siglo XX

(Lenin, Trotsky, Luxemburgo, Mao, Giap) que es la única capaz de ponerse al nivel de un Clausewitz, continuando e innovando de manera radical conceptos que, en el general prusiano, son analizados solo desde el punto de vista del Estado.

El uso foucaultiano de la guerra parece seguir la evolución de los movimientos políticos: al inicio de la década de los años setenta, sobre la ola del 68, adopta el modelo de guerra civil permanente como método para comprender las relaciones de poder: “la guerra civil no está en una relación de exclusión con el poder”; esta “se desarrolla en el teatro del poder” y coincide con sus instituciones y su gestión. Su trabajo consiste en mostrar el juego entre “una guerra civil permanente y las tácticas que se oponen al poder”.

Pero muy rápidamente, entre 1975 y 1976, desestima la guerra como elemento de análisis de las relaciones de poder y adopta la biopolítica y la gubernamentalidad, técnicas que se imponen como los principales dispositivos de gestión del neoliberalismo en el mismo momento que ocurre el declive de los movimientos nacidos entre los años sesenta y setenta. La pacificación teórica coincide con la pacificación política. La máquina Estado-capital instauro su orden. El poder se encuentra menos “en el orden del enfrentamiento entre dos adversarios [...] que en el orden del gobierno”. Una relación de poder es “un modo de acción que no actúa directa e inmediatamente sobre los otros, sino que actúa sobre su propia acción”, acción sobre una acción (gobierno político) y no una acción sobre el cuerpo (violencia). La relación de poder pierde su naturaleza violenta para reducirse exclusivamente a una “solicitud, incitación, impulso” que actúa pacíficamente sobre la “subjetividad” o, según otro lenguaje, un afecto que actúa sobre otro afecto.

Cuando Foucault dicta su seminario sobre neoliberalismo, están vivas en la memoria colectiva las guerras civiles que habían instaurado en América Latina gobiernos en los que militares y economistas neoliberales trabajaban codo a codo. Si no habla de la violencia armada que permitió el inicio del primer laboratorio del neoliberalismo, no es porque no había leído los diarios, sino porque la violencia armada y el consenso no definen el principio y

la naturaleza del poder. Este último, en su forma contemporánea neoliberal, según Foucault perfectamente encarnada, “es acción sobre acciones posibles, es decir, acciones que hacen posible o imposibilitan, facilitan o dificultan”.

Por el contrario, el caso de América Latina demuestra que sin la fuerza, el poder no tendría ninguna posibilidad de solicitar, inducir, incitar a una subjetividad rebelde, movilizadora por otros deseos que los de trabajar, consumir, convertirse en “capital humano”.

Los afectos son impotentes sin la fuerza y la fuerza sin los “deseos” no perdura

Para que la gubernamentalidad pueda operar es necesario cancelar la experiencia revolucionaria. La subjetividad rebelde, comprometida había podido hacer varias constataciones: en primer lugar, ya no tenía “miedo” (sentimiento clave para el sometimiento al poder moderno a partir de Hobbes); segundo, no tenía la necesidad de “esperar” (sentimiento inverso al miedo que, de alguna forma, constituye su otra cara solidaria) porque confiaban en el “presente” del movimiento revolucionario; tercero, tenían la certeza de que no eran “individuos”, sino que pertenecían a una clase (de trabajadores, de mujeres, de racializados) que luchaba contra estos dualismos para desarrollar una multiplicidad que no es una suma de individualidades. Esa subjetividad descubrió también que el deseo no es una propiedad del individuo, un atributo, sino más bien algo que lo supera, desbordando al sujeto no hacia el inconsciente, sino hacia ese mundo “desconocido” que la revuelta hizo surgir y que se trata de atravesarlo.

Si el neoliberalismo debe “producir” la libertad del individuo y su disponibilidad para dejarse operar por los afectos y las pasiones de la producción y del consumo, es necesario que la multiplicidad que se ha desplegado como movimiento revolucionario sea reducida a un conjunto de individuos y que el miedo/esperanza retornen porque traen consigo la jerarquía, la culpa, la soledad, la responsabilidad individual, la impotencia. Una vez que ha vencido, el primer objetivo de la *governance* es borrar la memoria de esta otra socialización que encarnan los movimientos revolucionarios.

Nietzsche explica la genealogía del poder (de la que Foucault parece alejarse) a través de la misma secuencia que hemos adoptado nosotros: un poder “primero conquistador, después dominador [organizador] –que regula lo vencido para *su propia* conservación y para ello conserva lo vencido–”¹

A través de Nietzsche, pero también de Hegel, es posible demostrar que la socialización de los vencidos articulada por el poder conquistador, devenido dominante, no se puede reducir a alienación impotente o a “servidumbre voluntaria”. “Bajo el impacto de los martillazos” de la guerra de conquista, “una prodigiosa cantidad de libertad” había desaparecido en todo el mundo para quedar “en estado latente” al interior de los vencidos. Su “instinto de libertad latente por la violencia” está listo para resurgir, de otro modo, cuando se reúnan las condiciones políticas para derrocar a los conquistadores.

La resistencia de la “subjetividad vencida” comienza el primer día de la conquista, porque conserva en la memoria a la derrota como una “cicatriz” (Adorno), como una herida que no se cura, pero está lista para borrarse con la revuelta y la revolución si las condiciones políticas lo permiten. El “alma” de la subjetividad vencida se desdobra, es a la vez servil y rebelde, sometida e subordinada tal como nos relatan las experiencias de las víctimas de la conquista o de la derrota.

1 La relación entre apropiación y sometimiento, entre guerra de conquista y formación de la “conciencia” de los dominados, que se realiza mediante la violencia y las pasiones, ha sido conceptualizada y escrita, de una vez y para siempre, con letras de fuego, por el maestro de Foucault, Nietzsche: la mala conciencia, alma del dominado, cuyos instintos “salvajes y libres [...] se volvieron *hacia atrás*, contra el hombre mismo”, tienen en su origen un “acto de violencia”. El Estado es “una horda cualquiera de rubios animales de presa, una raza de conquistadores y señores, que organizados para la guerra, somete a una forma estable a una población informe y errática, posando sobre esta sin dudarle “sus formidables garras”. El Estado ha ejercido “una horrible tiranía, como una maquinaria aplastante y carente de miramientos, hasta que aquella materia prima de pueblo y semianimal, finalmente quedó no solo bien amasada y dócil, sino dotada de una forma”. La máquina Estado-capital moderna, con una violencia comparable, otorga una forma específica a las poblaciones luego de conquistarlas y someterlas por su condición de clase.

Violencias y revolución

La normalización del poder implementada por la gubernamentalidad es la continuación de la guerra de sometimiento por otros medios. Sin embargo una vez consolidado el poder de los vencedores, los deseos, las pasiones y las pulsiones suscitados por la producción y el consumo a través de distintos dispositivos de regulación y técnicas disciplinarias o biopolíticas no son suficientes para gobernar a los vencidos porque la explotación, el dominio sexual o racial siempre pueden alimentar la revuelta y las luchas de clase.

La gubernamentalidad debe acompañarse necesariamente de *la transformación del uso de la fuerza ejercida durante la conquista en un repertorio de violencias sobre los vencidos* (violencia sexual, violencia explotadora, violencia policial, violencia carcelaria, violencia impersonal de la expropiación financiera, violencia racial, violencia contra los migrantes, violencia de la miseria, violencia de todas las relaciones jerárquicas). *La violencia es la individualización de la guerra de conquista.*

En los períodos de “paz”, el Estado delega la violencia no únicamente en la policía, sino en una serie de grupos sociales que la ejercen cotidianamente en defensa de la propiedad, de las divisiones de clase, de la supremacía blanca y masculina. La reproducción de las relaciones de poder no se efectúa solo mediante los dispositivos institucionales o a través del trabajo, el bienestar, la ciudadanía, sino que pasa por formas de poder personal, porque la operación de pacificación debe filtrarse en los pliegues más pequeños de la sociedad.

Ningún automatismo tendría la fuerza de imponerse por su cuenta. El sistema de máquinas en una fábrica necesita de la violencia “despótica” del patrón para poder funcionar. La apropiación de las mujeres, transformada en “hábito” por la heterosexualidad (otro tipo de automatismo) requiere de la violencia cotidiana del hombre sobre la mujer para reproducir la relación de subordinación. La supremacía blanca requiere un ejercicio permanente del rechazo, del insulto, de la sospecha, del homicidio sin diferenciación de quién lo ejerce, la policía o el ciudadano, como vemos

claramente en América o mejor en las Américas. La división de clases, que produce inicialmente la guerra de sometimiento, más allá de la producción, del dinero, del bienestar, no puede reproducirse sin una carga de violencia personal custodiada por la policía. Sin esta violencia personal penetrante, generalizada, los dispositivos de sujeción no podrían producir cuerpos dóciles.

Nunca hubo una conservación de la vida para todos (Hobbes), ni un crecimiento de la potencia vital para la población en su conjunto (Foucault), tampoco una protección de la vida de los ciudadanos sin discriminación. Las vidas son clasificadas según las divisiones de clase, de género y de raza. Algunas vidas merecen ser preservadas y otras sacrificadas, algunas vidas deben ser protegidas y otras expuestas a la violencia.

La individualización a la que son sometidos los vencidos (devenir sujeto) es ante todo una individualización de la guerra que se convierte en violencia invisible precisamente porque es individualizada. La violencia pasa de un individuo a otro y tiene el rostro del cotidiano, de lo local, de lo familiar. No tiene la espectacularidad de la guerra, sin embargo no es otra cosa que su transformación.

Frantz Fanon nos dice que para enfrentarse al ejercicio cotidiano de la violencia es necesario reconocerla como individualización de la guerra de sometimiento, es decir politizarla como expresión de la división de clase (de blancos y racializados). Las violencias son la transformación de la fuerza de apropiación de los cuerpos en ejercicio individualizado de la dominación. La tarea política es transformar las violencias individuales en fuerza colectiva y usarlas para la ofensiva. Entre las formas de violencia que golpean a la subjetividad, Fanon incluye la violencia semántica, la violencia de la palabra mediática, la violencia psíquica de los sentimientos producidos por la “radio colonial” (que ordena, amenaza, insulta) en el alma del indígena sometido.

La acción de la palabra sobre las minorías (raciales, sexuales) está en el centro de un debate reciente que la define como “palabra que hiera”, “discurso de odio racista, sexista, homofóbico” que no se limita solo a describir, sino que busca instituir aquello que el discurso de odio enuncia. “El cuerpo puede ser alternativamente

fortalecido o amenazado según las diferentes formas con las que se le dirige la palabra”, sostiene Judith Butler.

En 1830, los franceses desembarcaron en Argelia con 150.000 soldados y la conquistaron derrotando a los argelinos. Luego de apoderarse de los cuerpos por medio de las armas, los invasores quisieron continuar por la conquista del alma. Una vez establecida su “paz”, la radio fue parte integrante de las estrategias de sometimiento de los franceses. En la colonia, la “dicotomía social alcanza una intensidad incomparable”, de modo que la voz de la radio es la “voz del opresor, la voz del enemigo”. Se trata de una violencia vida individualmente, una violencia que cada uno sufre por cuenta propia: “Cualquier palabra francesa recibida era una orden, una amenaza o un insulto”.

En Argelia, la radio, sus afectos (“poderes sensoriales”) y sus poderes “intelectuales” son objeto de repudio (“la palabra no es en absoluto bien recibida, descifrada, comprendida, sino rechazada”). Al principio, el rechazo es pasivo, no apunta a transformar las relaciones de fuerza: “No hay una resistencia organizada”. El rechazo a la radio y su información no es la expresión “de una resistencia explícita, ordenada y fundada”, sino que sigue siendo una experiencia individual.

Los afectos y la violencia de la radio sobre la subjetividad aparecen con claridad si se analiza desde un punto de vista psicopatológico: “Las monografías sobre los argelinos alucinados registran constantemente en la llamada fase de actividad exterior, voces radiofónicas fuertemente agresivas y hostiles. Esas voces metálicas, hirientes, injuriosas y desagradables tienen para el argelino un carácter acusatorio e inquisitorial”.

La subjetividad vencida nunca se reduce a la “servidumbre voluntaria”. Resiste desde el primer día de la conquista en la forma doble y simultánea de la sumisión y el rechazo; lista para socializarse cuando el “deseo” de liberación encuentra en el punto de vista estratégico la fuerza para desafiar el orden de los vencedores.

Según Fanon, el 1 de noviembre de 1954, se produce una “verdadera mutación” con el primer llamado del Frente Nacional de Liberación (FNL) al pueblo argelino, que marca el inicio de la

guerra de independencia y luego en 1956 con la apertura de las emisiones radiofónicas del Ejército de Liberación (“La voz de la Argelia libre”). La “duda sobre el principio mismo de la dominación extranjera entraña cambios esenciales en la conciencia del colonizado, en su percepción del colonizador y en su situación de hombre en el mundo”.

No sé si la declaración de guerra puede incluirse en la categoría de lo performativo, con la que se quiere criticar a las “palabras que hieren” o los “discursos que insultan”; en cambio, no tengo dudas que se trata de una enunciación colectiva, un acontecimiento que divide la historia en dos, determinando un antes y un después del 1 de noviembre de 1954. El sujeto político no preexiste a esta ruptura, sino que se constituye en esta. La “mutación subjetiva” emerge de prácticas y dispositivos políticos que son estratégicos porque nombran al enemigo, politizan sus violencias de clase, haciéndolas emerger como una modalidad de guerra colonial y mostrando cómo combatirlas. La emancipación de la violencia personal, cotidiana, generalizada del colonizador no puede limitarse a la autodefensa, sino que pasa necesariamente por “expropiar a los expropiadores”, es decir por revertir el resultado de la guerra de sometimiento.

La resistencia organizada dificulta y trastorna el funcionamiento de la violencia “individual” colonialista. En la guerra revolucionaria, el colonizado se transforma en sujeto activo, aun cuando no participa directamente en la organización política, ya que la radio lo incluye en “una comunidad en movimiento” de la que se siente “actor”. La recepción de la información ya no es personal, ya no se da en el contexto del aislamiento y el miedo, sino que tiene lugar dentro de una “comunidad”, de un “cuerpo social” del cual el oyente es un participante activo. “A la verdad del opresor, antaño rechazada como mentira absoluta, se le opone en fin, otra verdad ejercida”. Para convertirse en un “partisano” de la información, es necesaria una ruptura y una máquina política que divida no solo la información, sino también a la sociedad.

Fanon constata un cambio radical incluso desde el punto de vista psicopatológico: en las psicosis alucinatorias, “las voces radio-

fónicas se convierten en protectoras, cómplices. Los insultos y las acusaciones desaparecen y ceden su lugar a las palabras de estímulo y aliento”. Fanon atribuye muchas de estas patologías producidas a través de la violencia no a la máquina técnica de la radio, sino a la máquina de guerra del colonialismo y trabaja la construcción de una organización revolucionaria a la cual le asigna la tarea no de curar, pero sí de modificar el ambiente para tornarlo favorable para una evolución positiva de la psiquis herida. “Cada argelino se siente convocado y desea transformarse en un elemento de la vasta red de significados nacida de la batalla libertadora”.

El tránsito de la violencia “micropolítica” padecida individualmente a la dimensión de la organización colectiva crea las condiciones para una mutación subjetiva porque permite atacar, tomar la iniciativa, definir el terreno del enfrentamiento, rompiendo el tiempo de la sumisión individual, de las prácticas exclusivamente defensivas, haciendo que el miedo migre a campo adverso. La defensa o la autodefensa no es más que una de las formas de lucha practicables. Ya no se oyen las voces ofensivas, amenazantes, porque existe la posibilidad real de transformar la sujeción en subjetivación política mediante prácticas y estrategias colectivas.

La normalización, que no solo produce violencia, sino también la creencia en la gubernamentalidad como organización del equilibrio (homeostasis, dice Foucault) entre la autonomía y el control de los agentes económicos, entre los imperativos económicos y la capacidad de hacer crecer la vida, entre el fortalecimiento de los sujetos y su contención, ha sido catastrófica. En su pretensión de ser algo más que precario y temporal, este equilibrio es una ideología que el poder narra de sí mismo, y que, por el contrario, está destinado necesariamente a estallar. Una vez abandonada la guerra civil de apropiación y de sometimiento de los cuerpos a través de los cuales se formaron las clases, Foucault ya no tenía más los medios para comprender esta imposibilidad. La guerra de conquista de las mujeres, de los obreros y de los esclavos impone un desequilibrio entre propietarios y no propietarios, entre dominadores y dominados que la producción no subsanará y en cambio siempre profundizará. Burlándose del equilibrio entre

la multiplicidad de los centros de poder, los dispositivos disciplinarios y biopolíticos, la acción de organismos estatales y no estatales; el neoliberalismo *hará estallar las diferencias de clase, el racismo, el sexismo, resucitará el fascismo*, derribando la “tolerancia para las minorías” enunciada en el *Nacimiento de la biopolítica* a pesar de los pobres, los perdedores, los ineficaces y todas las minorías. Aquí residen unas contradicciones insalvables que tarde o temprano solo pueden desembocar en la guerra, como bien sabían los revolucionarios.

La voluntad y el principio estratégico

Foucault abandona el modelo de la guerra por el de la gubernamentalidad, pero no debemos exagerar demasiado la importancia de su teoría de la guerra, porque entre 1971 y 1975 se ocupa únicamente de dos tipos de guerra, la “guerra de razas” y la guerra civil del siglo diecinueve, es decir, dos guerras que precedieron a la Comuna de París. Nunca se enfrentó a los cambios introducidos por las guerras mundiales, las nuevas formas de integración de la sociedad al capital y a la economía de guerra que trajo consigo el primer conflicto mundial, salvo en un curso sobre el nazismo. Y lo más importante, nunca analizó las guerras civiles que las luchas de clases imponen al imperialismo en todo el mundo, descuidando las grandes innovaciones que los revolucionarios otorgan a la estrategia y a la táctica del más importante estrategia militar de la modernidad europea, Clausewitz.

Foucault desestima la guerra y la guerra civil como matriz del poder y al mismo tiempo quiere conservar el método estratégico. Una estrategia en la que se enfrentan “gobernantes y gobernados”, estableciendo una relación entre fuerzas ya domesticadas que se ejercen en una situación ya normalizada. Se trata siempre de una relación entre fuerzas pero regulada por el poder, dentro de las coordenadas que el poder decide e impone; una relación de integración de una subjetividad vencida, sobre la cual los “afectos” neoliberales del mercado, del crédito, de la competencia, del capital humano actúan para garantizar la estabilidad y la consolidación del poder de los vencedores.

Tras la derrota de la revolución, los movimientos políticos contemporáneos han perdido por completo el punto de vista estratégico con el que se relacionaban con su enemigo histórico que es el único que lo ha conservado y desarrollado, utilizándolo continuamente tanto en tiempos de guerra como de paz.

Igual que Foucault, nosotros debemos apropiarnos del saber estratégico, pero volviendo al pensamiento y a la acción revolucionarios de la primera mitad del siglo XX emanados de las luchas, de las guerras civiles y de las guerras entre Estados, construidos y perfeccionados en los largos años de conflictos contra las potencias imperiales e imperialistas. Este es el segundo elemento que debemos salvaguardar de la experiencia revolucionaria más allá de cualquier crítica que podamos hacerle.

El debate con Foucault pondrá de manifiesto la gran distancia que separa a los dos conceptos de estrategia. Sin embargo, *el camino intelectual por el que Foucault llega a la estrategia es particularmente interesante*, incluso para una política revolucionaria. Según el filósofo francés, el análisis de las relaciones de poder no puede realizarse correctamente sino incluyendo “el problema de la voluntad”, concepto descuidado por la tradición filosófica occidental y, por el contrario, cultivado por las teorías orientales que desarrollaron tempranamente magníficos pensamientos estratégicos (explotados y renovados por las revoluciones asiáticas –solo en China, dos mil libros de estrategia han sido escritos a lo largo de su historia milenaria, constituyendo una válida alternativa al pensamiento teológico-político cristiano y occidental–).

Las relaciones de poder están constituidas tanto por deseos como por esquemas racionales, y ponen en juego la voluntad. En la “cultura francesa actual es algo de lo que nunca se habla, se habla de razón, se habla de deseo”, pero nunca de voluntad. De modo más general, en la filosofía occidental, se trata “de conciencia, de deseo, de pasión”, pero la voluntad es “su mayor debilidad”. Aquí se centra el análisis de Foucault.

Para comprender la relación entre la acción humana y la voluntad, solo tenemos a disposición dos modelos a los que se encuentra subordinada, uno natural y otro moral. En el primero, se la reduce

en “términos de voluntad/naturaleza/fuerza”, en el segundo en términos de “voluntad/ley/bien o mal”. Nietzsche introduce un nuevo concepto de voluntad, trastocando “las relaciones entre el saber, las pasiones y la voluntad”, asignando a esta última un papel determinante en la constitución de la subjetividad. “Esta [la voluntad] no tiene en absoluto necesidad de ser irracional. Ni siquiera necesita ser vaciada de deseo [...]. Diría que la voluntad es precisamente esto que, más allá de todo cálculo de intereses y, si se quiere, más allá de la inmediatez del deseo [...] fija, para un sujeto, su propia posición. La voluntad es el acto del sujeto. Y el sujeto es lo que está fijado y determinado por un acto de voluntad”. Sujeto y voluntad “son, de hecho, dos nociones recíprocas una de la otra”.

Foucault trae esta conclusión de Nietzsche: la voluntad es “un principio de decodificación intelectual, un principio de comprensión para comprender la realidad”, que es *lucha, conflicto, guerra*. Este principio de una realidad que es *choque, conquista, dominio* tiene un alcance universal tanto para el mundo orgánico como para el mundo inorgánico, tanto para el cuerpo como para la sociedad. Señalo, *de pasada*, la afinidad de este principio de lo “real” con otro, más conocido: “Toda la historia es la historia de las luchas de clases”. Aquello que los separa es, entre otras cosas, la dialéctica, pero dejemos esto para más adelante.

Desde entonces la filosofía no logró “determinar claramente el método que nos hubiera permitido analizar la acción desde el punto de vista de la voluntad”. Al preguntarse cómo podría ser pensada la voluntad de un nuevo modo, Foucault hace un desplazamiento asombroso, muy rico para posibles desarrollos; “Curiosamente, para pensar en la voluntad, no se ha tomado prestado el método de la estrategia militar. Me parece que la cuestión de la voluntad puede plantearse en cuanto lucha, es decir, desde un punto de vista estratégico para analizar un conflicto cuando se desarrollan diferentes antagonismos”.

El uso de la estrategia puede aclarar dos cosas: en primer lugar, lo que sucede no se produce sin razón ni por una causalidad, sino que puede explicarse mediante el conflicto entre fuerzas; en segundo lugar, las acciones humanas implicadas en esta lucha son

descifrables “desde un punto de vista estratégico, como principio de conflicto y lucha”. Los conceptos de “estrategia, conflicto, lucha, acontecimiento” pueden nombrar “el antagonismo que existe cuando se presenta una situación en la cual los adversarios se enfrentan, una situación en la que uno gana y otro pierde, es decir, el acontecimiento”. El punto de vista estratégico vuelve inteligibles tanto los acontecimientos históricos como las acciones humanas.

Lo que parece estar ausente en las teorías de Lyotard, Klossowski, Deleuze y Guattari, Lacan, en la renovación del spinozismo es justamente una teoría de la estrategia, un punto de vista estratégico. Se detienen en el deseo, en el afecto, en la pasión (y en sus acciones recíprocas), captando así solo una parte de la acción humana y de los acontecimientos históricos. La crítica de Foucault es más interesante *porque da cuenta de la pacificación del capitalismo* construidas por estas teorías a través de la exclusión de la voluntad y por lo tanto de lo “real” como la lucha y la guerra de las clases.

La afirmación según la cual “la sociedad capitalista no puede soportar ninguna manifestación del deseo” corre el riesgo de no ser cierta, porque sería necesario que las concatenaciones del deseo desarrollasen también un principio estratégico, ya que lo “real” del capitalismo es la lucha entre fuerzas que remiten a la guerra y a la guerra civil. Sin este principio estratégico, los deseos son impotentes y seguramente serán capturados y plasmados por la máquina Estado-capital.

Las fuerzas que actúan en y sobre las relaciones de poder son afectivas y racionales, pero están fijadas y determinadas por la voluntad que coincide con la acción, que es la acción misma. No basta con definir lo real a través de las pasiones, los afectos, los deseos, también es necesario comprender a *quién* quiere a través del afecto, a *quién* quiere a través del deseo, a *quién* quiere a través de la racionalidad. Y este *quién* no remite a un sujeto individual, sino a una multiplicidad de fuerzas que mandan y obedecen. La voluntad es el *quién* que produce la singularización de la relación entre fuerzas, es decir, las jerarquías entre fuerzas, porque “toda voluntad consiste en mandar y obedecer dentro de una estructura compleja formada por una multiplicidad de almas”, dirá Nietzsche.

En cuanto al capitalismo, podemos afirmar que si una fuerza quiere ser obedecida debe vencer la voluntad de quien no quiere someterse con algo más que la simple movilización de los afectos y de los deseos, a menos que supongamos que todos deseen y aspiren a la “servidumbre voluntaria”. Voluntad contra la voluntad, la fuerza es la que decide.

Ahora bien, si la estrategia militar es el método de comprensión de la voluntad como analizador de las relaciones de poder, no podemos reducir la fuerza al afecto, no podemos simplemente identificarlos. La instauración de *quién* manda y *quién* obedece no puede reducirse a un juego de antagonismos que cohabitan con el gobierno de una democracia conflictiva pacíficamente regulada. En el capitalismo, la gubernamentalidad y la democracia no están más que en un momento de transición del ciclo económico. Esto es lo que nos muestra la historia del capitalismo y lo que nos revela nuestra actualidad si queremos mirarla de frente.

Según Nietzsche, la fuerza no es solo “acción sobre otra acción”, no es solamente afección de una “voluntad sobre otra voluntad”, como parece afirmar Deleuze, sino que es también fuerza armada, coacción física, apropiación, robo, rapiña, destrucción física, secuestro, guerra.

Foucault retrocede. Después de revelar los límites de las teorías basadas en el deseo, en las pasiones y en las razones, a partir de la segunda mitad de los años setenta inicia un proceso de pacificación de las relaciones de poder. Entendiendo que este último se codifica en la relación entre gobernantes y gobernados que ya no puede definirse como “guerrera” sino “gubernamental”, es decir, un poder que no se limita a reprimir, sino que ofrece positivamente posibilidades de acción. Esta fase comienza a cerrarse con la Primera Guerra del Golfo, en 1991.

El principio estratégico de la lucha de clases

Los revolucionarios ciertamente no tuvieron el problema filosófico de cómo comprender el concepto de voluntad, e incluso lo usaron ampliamente en la práctica. En cambio, adoptaron de inmediato la estrategia militar para tratar de interpretar los “acontecimientos

históricos y las acciones humanas”. Lo “real”, para ellos, no era una pugna genérica de las fuerzas (activas/pasivas, creativas/reactivas que actúan únicamente a través de afectos y pasiones), ni un poder que es relación entre gobernantes y gobernados, sino que es la lucha entre las clases históricas de la que derivan la política y las guerras reales. El punto de vista estratégico es el método para descifrar los comportamientos y acontecimientos que se producen al interior de estas.

La estrategia fue el método que les permitió leer correctamente las fuerzas en pugna y moverse con seguridad en el mar tormentoso de las guerras civiles para poder tomar buenas decisiones. Y la voluntad de victoria y de liberación los impulsó a dar grandes pasos en la estrategia que Foucault parece ignorar o subestimar increíblemente.

Las principales críticas que Foucault hace al marxismo y a la tradición revolucionaria son tres: haber producido, cuando existe, un conocimiento estratégico aproximado; interpretar las relaciones de fuerza a través del principio de la lucha de clases, pero dentro de la dialéctica de la contradicción, y privilegiar un punto de vista sociológico (la clase) en lugar de adoptar una mirada estratégica (la lucha). Los grandes Estados del siglo XIX se habrían dotado, según Foucault, de un pensamiento estratégico, mientras que las luchas revolucionarias no piensan y no utilizan la estrategia más que de un modo coyuntural y aproximativo.

La crítica apunta primero a Lenin y “su teoría del eslabón más débil [...], acción local que, gracias a la elección de su ubicación, actuará radicalmente sobre el conjunto”. Foucault se ve obligado a reconocer que Lenin permitió “pensar lo imprevisible para el marxismo”, es decir la Revolución Soviética, *y por lo tanto se trata una posición estratégica y no dialéctica* –“muy elemental por lo demás”, añade inmediatamente después–. El pobre Lenin es acusado de haber elaborado una estrategia “al nivel del primer entrenamiento de un subteniente de reserva [...]. Constituye el mínimo aceptable para un pensamiento comandado por la forma dialéctica que sigue estando muy cerca de la dialéctica”. Al problema de la debilidad estratégica y de la dialéctica se le suma otra cuestión: “Lo que me

sorprende, en la mayor parte de los textos, si no de Marx, al menos de los marxistas, es que se mantiene siempre en silencio (salvo quizás en Trotsky) lo que se entiende por lucha cuando se habla de lucha de clases. ¿Qué quiere decir, ahí, lucha?, ¿enfrentamiento dialéctico?, ¿combate político por el poder?, ¿batalla económica?, ¿guerra? ¿La sociedad civil atravesada por la lucha de clases sería la guerra continuada por otros medios?”

Foucault repetirá a menudo esta acusación de sociologismo, porque para él el problema no es en absoluto “la sociología de clases, sino el método estratégico de lucha”. Lo que a él le interesan son las formas de lucha: “¿Quién entra en la lucha, con qué y cómo? ¿Por qué existe esta lucha? ¿En qué se basa? [...] Dado que decimos lucha, se trata entonces de conflicto y guerra. Pero, ¿cómo se desarrolla esta guerra?”.

Contrariamente a lo que cree Foucault, el principio estratégico y las preguntas que plantea son las cosas que preocupan casi obsesivamente a los revolucionarios. Nosotros deberíamos mantener muchas de estas obsesiones por redefinir una política revolucionaria, en particular el uso no coyuntural, sino sistemático de la estrategia. Basta con hojear los textos de Lenin, Mao, Ho Chi Minh, Giap, etc., para darse cuenta de que la mayoría de ellos están dedicados a problemas de táctica y estrategia, a una definición precisa de los diferentes tipos de guerra (conquista, colonial, civil, de liberación, nacional, imperialista) y de lucha (la huelga es considerada como una “escuela de guerra”).

Lenin era un gran admirador de la obra de Clausewitz, que fue lector contemporáneo de Hegel en el inicio de la Gran Guerra. Sus notas de lectura de *De la guerra* constituyen “uno de los documentos más grandiosos de la historia universal y de la historia de las ideas”, dice –exagerando– Carl Schmitt. El jurista alemán cita el pensamiento de Hahlweg, especialista en el estratega prusiano, sobre la relación que establece Lenin con Clausewitz: “La originalidad de Lenin es haber continuado a Clausewitz, haberlo hecho pasar de la etapa de la revolución (burguesa, en sus inicios) de 1789 a la revolución proletaria de 1917 y haber reconocido que la guerra, que de estatal y nacional se convirtió en guerra de

clases, ha tomado el lugar de la crisis en Marx y Engels”. Este es un argumento fundamental para entender el siglo XX. Citando una vez más a Hahlweg, Lenin aclara, mediante la fórmula “la política es la continuación de la guerra”, “casi todos los problemas fundamentales del conflicto revolucionario: análisis (de clase) de la guerra mundial y problemas conexos, oportunismo, defensa de la patria, guerra de liberación nacional, diferencia entre guerras justas e injustas, relación entre guerra y paz, entre revolución y guerra, revolución de la clase obrera dentro del Estado para poner fin a la guerra imperialista”.

Cito a Carl Schmitt porque es al mismo tiempo un enemigo declarado de la revolución (el Lenin de la contrarrevolución, pero solo desde un punto de vista teórico, aunque políticamente hubiera querido, pero nunca tuvo demasiado peso) y aquel que seguramente captó mejor la fuerza y el peligro político que los revolucionarios del siglo XX representaban para su clase. Toda la renovación de los conceptos políticos de Schmitt deriva de una larga confrontación y de la fascinación por la inteligencia política, organizativa y estratégica de estos revolucionarios: “Vivimos bajo la mirada de los rusos [...] se vive siempre bajo la mirada del hermano más radical que nos obliga a llevar hasta el fin la conclusión práctica”.

El trabajo de estudio más importante, pero sobre todo de innovación estratégica de la enseñanza de Clausewitz se hizo durante las revoluciones china y vietnamita. Schmitt define a Mao como un “nuevo Clausewitz” porque desarrolla de modo “sistemático los conceptos del oficial del Estado Mayor prusiano”. El mismo Mao explica cómo, gracias a la política del Partido Comunista, “la guerra partidista antijaponesa sale del marco de la táctica y llama a la puerta de la estrategia”, convirtiendo la “pequeña guerra” del general prusiano en un pilar de la “guerra prolongada”. En cada momento crítico de las guerras en las que estaban involucrados, los revolucionarios aportaron una nueva lectura de *De la guerra*. Mao organizará seminarios entre 1938 y 1939 a partir de la obra de Clausewitz. Lo mismo hará el general Giap durante la batalla de Hanoi. Los resultados no se hicieron esperar: “La alianza de la filosofía y del partisano, concluida por Lenin, liberará nuevas

fuerzas explosivas e inesperadas”, que harán caer sucesivamente a los imperios europeos y coloniales.

Su principio estratégico es la lucha de clases, con la que corrigen y completan a Clausewitz desde diferentes puntos de vista: la hostilidad no es la de los Estados, siempre relativa, porque incluso luchando entre sí, están del mismo lado de la barricada (todos forman una máquina de guerra contra el proletariado incluso si compiten entre ellos). La principal hostilidad es la lucha de clases que hace estallar los “límites” de la guerra regular que había proclamado el “derecho de los pueblos europeos” y que el Congreso de Viena había restablecido después del final de las guerras napoleónicas: “la guerra limitada” (que sigue siendo la guerra de Clausewitz) comparada con la guerra imperialista y la guerra partisana desencadenada por la hostilidad de la revolución, “no es mucho más que un duelo entre hombres de honor”. Es esta radicalidad de la guerra y de la revolución lo que Foucault no comprende porque “sus” guerras son las del siglo XIX.

La política que la guerra continúa no es únicamente la de los Estados, sino principalmente la política de la lucha de clases que irrumpe con la Revolución Francesa y sobre todo con la Revolución Soviética, altera las funciones y la legitimidad del Estado mismo. Al mismo tiempo, esta economía y esta política que originan la guerra entre los Estados son la continuación de la guerra de conquista que produjo las clases y distribuyó la propiedad entre los vencedores.

Schmitt se ve obligado a introducir un nuevo concepto de lo político porque han surgido nuevos sujetos (las clases y razas, la clase obrera y los pueblos colonizados) que impiden su identificación con el Estado, único sujeto del campo político hasta entonces. Este nuevo concepto fue elaborado “bajo la mirada rusa” porque es Lenin “quien ha desplazado el centro de gravedad conceptual de la guerra en lo político, decir, en la distinción amigo-enemigo”. Este desplazamiento, que politiza la guerra, es la condición necesaria para convertir a la guerra imperialista en guerra civil mundial. Schmitt está fascinado por cómo el enemigo de clase manipula la táctica y la estrategia para transformar la guerra de 1914, que

comenzó “como una guerra convencional entre estados conducida bajo el derecho internacional europeo en una guerra civil mundial nacida de la hostilidad de clase revolucionaria”.

Los revolucionarios se apropian del principio estratégico y lo enriquecen, pero “la acción humana” que debe explicar es la lucha de clases.

La dialéctica y la contradicción

La crítica más válida de Foucault se refiere a la dialéctica (“pobre, muy pobre”) y a la contradicción. “Una relación recíproca no es una relación dialéctica [...] el hecho de que el fruto de vuestro trabajo sea apropiado por otro es un hecho, pero no es una contradicción ni una relación recíproca; es el objeto de un conflicto, de un enfrentamiento”.

Si bien “es importante comprender que la lucha, los procesos conflictivos no constituyen, como presupone el punto de vista dialéctico, una contradicción en el sentido lógico del término”, es necesario subrayar que para los revolucionarios no se trata de una contradicción lógica sino real, producida por el desarrollo capitalista.

Su referencia siempre es Nietzsche, que describe los antagonismos sin alusión alguna a la dialéctica. Foucault tiene toda la razón, la relación de capital no es una relación dialéctica, sino de guerra/producción porque se trata, desde el principio, de una apropiación, de una conquista que continúa, transformándose, en la gubernamentalidad económica y política, a través de la cual la guerra civil sigue desplegándose. El desarrollo de estas relaciones no depende de “ninguna ley de la historia” sino del “azar” de la lucha, de lo impredecible del conflicto que puede resolverse con la victoria de una de las clases, pero también con su destrucción.

A pesar de todo, esta crítica debe ser matizada: si el marco teórico general sigue siendo el de la filosofía de la historia (¡el de una revolución mundial necesaria e inevitable!) y de la dialéctica, la acción real es indudablemente pensada y practicada como un conflicto estratégico no reconciliable, es decir, sin mediación posible y sin superación. Foucault les reprochará a los marxistas “hablar de lucha de clases como motor de la historia” y preocuparse de “saber qué

es la clase, dónde se sitúa, a quiénes alcanza, pero nunca de lo que es concretamente la lucha”. En realidad estos revolucionarios ponen bajo la lupa, más allá de las posibilidades políticas de un intelectual francés, cada tipo de movilización,² su naturaleza,³ interpretándolas, diseccionando todos sus componentes, teniendo en cuenta una gran cantidad de parámetros: el tiempo, el espacio, la composición sociológica, pero, sobre todo, el elemento subjetivo y su radicalidad.

La guerra siempre se lee desde el punto de vista de la guerra civil entre clases, por lo que estudian con especial atención el comportamiento de las masas porque son estas y no los Estados los verdaderos sujetos políticos. Sería más correcto hablar de guerra partisana que de guerra. La transformación de la guerra imperialista en guerra civil partisana elabora el derrumbe de la guerra total, que decreta la “movilización total” de todas las fuerzas sociales por la guerra imperialista, en la movilización de cada fuerza proletaria en principio para tratar de impedir la guerra y luego para eliminar, con el capitalismo, las causas de la guerra.

Lenin señala que la “entrada en la lucha” de los pueblos oprimidos es el acontecimiento más importante de la primera mitad del siglo XX, porque las revoluciones que de allí se derivan rompen para siempre la organización del mercado mundial basada en la conquista y en la organización colonial, y trastornan también para siempre la relación Norte-Sur sobre la que se había articulado la máquina Estado-capital durante cuatro siglos.

2 Ya en *La guerra partisana*, Lenin desmiente el juicio que hace el filósofo francés, por cierto gratuitamente: “Primero las huelgas económicas de los obreros (1896-1900), luego las demostraciones políticas de obreros y estudiantes (1901-1902), las revueltas campesinas (1902), el comienzo de huelgas políticas masivas combinadas de diversas maneras con manifestaciones (Rostov 1902, las huelgas del verano de 1903, el 9 de enero de 1905), la huelga política en toda Rusia con episodios locales de luchas en las barricadas (octubre 1905), las luchas masivas, barricadas y la insurrección armada (diciembre 1905), la lucha parlamentaria pacífica (abril-junio 1906), los levantamientos parciales del ejército (junio 1905-julio 1906), las insurrecciones parciales de los campesinos (otoño 1905-1906)”.

3 La multiplicidad de las movilizaciones implica la multiplicidad de las formas de lucha. Siempre siguiendo a Lenin: “Se sucedieron distintas formas del movimiento, legal e ilegal, pacífico y tempestuoso, clandestino y abierto, en los círculos y entre las masas, parlamentario y terrorista”.

El posicionamiento estratégico de la Revolución Soviética se deriva directamente del ingreso de los colonizados en la lucha más que en el reconocerse en el slogan del “eslabón más débil”. “Una singular concurrencia de circunstancias llevó por primera vez a Rusia a la guerra imperialista mundial en la que todos los países occidentales estaban comprometidos” y ha situado “su evolución al límite de las revoluciones nacientes y de las revoluciones parcialmente iniciadas en Oriente”. *Justo en el límite entre el Norte y el Sur*, “en las condiciones que nos permitieron realizar la unión de la guerra campesina y del movimiento obrero, que un ‘marxista’ como Marx consideraba en 1856 como una de las posibles perspectivas para Prusia”.

La revolución mundial es posible por primera vez y el principio estratégico debe adaptarse a esta nueva regla. La guerra es un proceso que cambia constantemente, pero es la evolución de las masas en la guerra lo que interesa a los revolucionarios (cómo entran, cómo sus acciones y sus conciencias cambian según se suceden acontecimientos). Es una “competencia de fuerzas, pero en el transcurso de la guerra estas se modifica en relación con lo que eran al inicio del conflicto”.

Las variables a tener en cuenta en la guerra/revolución son tan numerosas que escapan a los “burdos” instrumentos de la dialéctica. La diversidad de los elementos que entran en juego en el proceso revolucionario complica la decisión porque, como recuerda Trotsky, la oposición entre una situación revolucionaria y una situación no revolucionaria es una oposición metafísica. En el capitalismo “son las situaciones intermedias, transitorias, entre una situación no revolucionaria y una situación prerrevolucionaria, entre una situación revolucionaria o contrarrevolucionaria [...], las que tienen una importancia decisiva desde el punto de vista de la estrategia política”.

Foucault les reclama a los marxistas no tener un principio estratégico para leer la multiplicidad de las luchas, no dar cuenta de su rumbo, en cambio, según Rosa Luxemburgo la revolución está claramente definida como un proceso que debe organizar el pasaje de la huelga a la guerra civil. Esta última constituye una fase de

la lucha de clase, que es la transformación en un conflicto armado: “Huelgas económicas y políticas, huelgas de masas y huelgas parciales, huelgas seguidas de manifestaciones y huelgas acompañadas de combates, huelgas generales de ramas industriales aisladas y huelgas generales en determinadas ciudades, luchas pacíficas por aumentos salariales y batallas callejeras, combates en las barricadas..., todo esto fluye caóticamente, se dispersa, se entrecruza, se desborda; es un océano de fenómenos, fluctuante y eternamente en movimiento, cuya ley radica en las relaciones de fuerzas políticas y sociales de la revolución”. Debido a la “rica concentración de las formas, matices, métodos de lucha de todas las clases de la sociedad” expresadas en la Revolución Soviética, las herramientas de la dialéctica son efectivamente en gran medida insuficientes.

Si la filosofía de la historia asegura la victoria final del proletariado, *la victoria en una revolución no está garantizada por nada ni nadie*. Esta célebre frase de Lenin a propósito de octubre de 1917, muestra que la dialéctica no es de gran ayuda porque el riesgo que es necesario asumir en la insurrección o en la guerra de larga duración debe enfrentarse a la imprevisibilidad y a la incertidumbre del combate, cuyo resultado no puede ser anticipado por ninguna dialéctica. “Dijo Napoleón: ‘*On s’engage et puis... on voit*’ [entablamos combate y luego vemos]. Eso es lo que hicimos”.

Las opciones estratégicas no surgen de un molde dialéctico, sino que deben ser inventadas siguiendo el curso de los acontecimientos, cada vez a partir de una situación concreta, de un análisis preciso de las fuerzas en disputa: una estrategia pragmática más que una dialéctica. El conflicto y especialmente la guerra son acontecimientos, o, mejor, una serie de acontecimientos concatenados que ocurren al mismo tiempo, cuyos efectos de entrecruzamiento se oponen y se combinan dando lugar a una multiplicidad de relaciones de fuerza que cambia continuamente. Los comportamientos de los sujetos que se lanzan a la lucha son impredecibles, las situaciones estratégicas cambian de un día para otro (para Clausewitz, la guerra es un “camaleón”), de modo que Lenin puede afirmar que una consigna válida hoy puede no serlo mañana.

“Reconocemos que es mucho más difícil orientarse en la guerra que en cualquier otro fenómeno social porque implica menos certeza, y por lo tanto es en mayor grado una cuestión de probabilidad”. Esta cita de Mao seguramente es una reflexión hecha a partir de un texto de Clausewitz.⁴

Para los dos estrategias, la guerra combina el análisis racional de las fuerzas enemigas, las fuerzas propias, la situación política local y mundial y, una vez más, la “niebla de la guerra”, donde la parte de lo impredecible y azaroso (“el juego de probabilidades y el azar”) desempeña un papel fundamental.

Si hay una acción donde la relación entre afectos y razón, por un lado, y la voluntad, por otro, se invierte, donde la voluntad fija la posición del sujeto, es precisamente la acción revolucionaria: altamente afectiva, guiada por las razones de las situaciones, determinada por la voluntad política. De ahí la importancia del proceso de subjetivación para la práctica revolucionaria, del elemento subjetivo en la huelga como en la guerra.

Si la estrategia no puede en ningún caso ser dialéctica, el marco general lo sigue siendo para los revolucionarios, porque la lucha debe resolverse en el enfrentamiento de los “contrarios”, del que se sale victoriosos o vencidos. En todo caso, se trata de una dialéctica que no prevé ninguna reconciliación, ninguna síntesis. Schmitt señala que el “sistema ternario” hegeliano “no tiene la fuerza de impacto polémico de la antítesis dualista”, cuyo ejemplo “más llamativo, y que tuvo enormes consecuencias, es el de la antítesis del burgués y del proletario formulada por Karl Marx”.

Para todo revolucionario de la primera mitad del siglo XX, la sociedad está dividida (“todo se divide, incluso el átomo”, dirá Mao

4 “La guerra es el territorio del azar. Ninguna otra esfera de la actividad humana deja tanto margen para ese intruso porque ninguna está en contacto tan constante con él en todos sus aspectos. El azar aumenta la incertidumbre que preside todas las circunstancias y trastorna el curso de los acontecimientos. A causa de esta incertidumbre respecto de todas las informaciones y suposiciones, y de esta continua incursión del azar, el individuo que actúa en la guerra suele encontrarse con una realidad distinta de la esperada. [...] Las tres cuartas partes de los factores en que se basan las acciones en la guerra están envueltos en una niebla de mayor o menor incertidumbre”.

citando a Lenin) y esta división en clases es irreconciliable. La “síntesis” dialéctica de los contrarios, en este caso el Kuomintang y el Partido Comunista, se efectuó de la siguiente manera: “Sus ejércitos avanzaban y nosotros los devorábamos, comiéndolos pieza a pieza [...]; la síntesis no es otra cosa que un pez gordo que se come a un pez más pequeño”.

De todos modos, es curioso el trabajo sobre la dialéctica llevado a cabo por Lenin y Mao, porque tanto en Rusia como en China no había muchas mediaciones posibles, la integración del proletariado en la máquina Estado-capital era prácticamente inexistente. Por lo tanto, ninguna dialéctica estaba en marcha, lo que existía era más bien una gestión a través de una violencia abiertamente asumida por el poder. La situación fue diferente en el Norte, donde la ruptura de la dialéctica, de la mediación integradora, fue un problema real.

A pesar de la brillante contribución de Foucault para comprender los límites de cualquier teoría del deseo, de los afectos, de las pasiones, su mirada sobre la experiencia revolucionaria del siglo XX es injustificable. Sobre todo porque la estrategia que se empeña en construir con Nietzsche es poca cosa comparada con la “guerra partisana”. Su desvalorización de las estrategias revolucionarias anticipa la indiferencia de los movimientos políticos contemporáneos.

Lo que fue eliminado de la guerra de sometimiento

La “insuperabilidad” del marxismo reside en la afirmación de que la genealogía del capitalismo tiene sus raíces en una guerra civil de subyugación que establece jerarquías entre propietarios y no propietarios, entre quién manda y quién obedece. La diferencia se afirma inmediatamente como diferencia de poder entre los que ordenan y los que acatan, entre los que tienen que trabajar y los que viven del trabajo de los otros. La diferencia es la jerarquía del poder.

Las teorías de producción de subjetividad de los años sesenta, y sobre todo las contemporáneas, se las ingeniaron para borrar todo rastro de las guerras de sometimiento. Esta cuestión es particularmente notoria en Foucault, quien abandona la guerra civil y el

consiguiente sometimiento de los vencidos, concibiendo a este último y las luchas para combatirlo como la especificidad del poder. El sometimiento, como lo entiende el filósofo, no es la continuación de la guerra de conquista por otros medios, sino el fruto de técnicas de poder específicas que actúan en la vida cotidiana, organizando el espacio y secuestrando el tiempo, produciendo un poder que “categoriza a al individuo y define su individualidad, atándolo a su propia identidad”. El sometimiento es una relación de poder en sí misma, que cancela todo vínculo con la guerra de conquista, es decir, niega que la violencia de la sujeción sea la individualización de la guerra de conquista porque, a diferencia de Nietzsche, no reconoce la existencia de esta última.

Las luchas ya no tienen como objetivo la explotación, la riqueza de unos pocos y la miseria de muchos, las desigualdades de clase, las guerras, las revoluciones. Todos los viejos objetivos políticos son “reemplazados por un problema de exceso de poder” que se manifiesta a través de “una técnica particular, una forma particular de poder”, el sometimiento individualizante. Las luchas no deben “atacar a una determinada institución de poder, grupo, élite, o clase” porque el espacio político está todo incluido en, y reducido a estas técnicas de sometimiento y la “invención del yo” a través de las “tecnologías del yo”. La lucha contra el poder se limita a “promover nuevas formas de subjetividad, a través del rechazo de este tipo de individualidad que nos ha sido impuesta durante siglos”.

La estrategia ético-estética que adopta Foucault en el final de su vida es simplemente imposible porque elimina el fundamento del sometimiento: la apropiación violenta de los cuerpos. Esta exclusión es el límite de todas las teorías de la producción de subjetividad.

Está claro que esta *separación* entre luchas de clases, guerra, revolución e invención y producción a través de las tecnologías del Yo, es una herencia de la que debemos deshacernos porque es una de las causas del desarme político y teórico que nos ha vuelto impotentes como nunca ante el *poder interno* (neoliberalismo), muy lejos de reducirse a las categorías de Foucault, e igualmente impotentes, si no más, frente al *poder externo* de la guerra entre Estados,

que el filósofo ni siquiera toma en consideración. Para retomar la iniciativa, en cambio, es necesario volver a concatenar lo que esta concepción del poder separa inexorablemente: la producción de subjetividad, las luchas de clase y las guerras.

Si anteriormente decíamos que el marxismo es insuperable, ahora afirmamos que ha demostrado no serlo realmente: ya que si efectivamente el capitalismo comienza, a diferencia de Foucault, con la toma y conquista de los cuerpos, lo hace mediante una apropiación múltiple que no se refiere solo a los trabajadores. El capital solo podrá comenzar a producir beneficios cuando haya reafirmado el poder sobre las mujeres, cuando los africanos se hayan convertido en esclavos y los nativos americanos en colonizados. Esta multiplicidad no puede reducirse a la relación capital-trabajo, de ahí el rápido declive de la “lucha de clases”, porque las luchas de las mujeres y los colonizados dan lugar a la emergencia de nuevos sujetos políticos que demandan autonomía e independencia del movimiento obrero.

Los intentos de las diversas producciones teóricas (afectivas, deseosas, cognitivas, etc.) fracasan porque no asumen el principio estratégico (abandonando tanto las luchas de clase como las guerras) para explicar la realidad. Si Foucault lo mantiene es para pacificarlo por completo, reduciéndolo a la regulación de los conflictos democráticos, siendo incapaz de explicar el estallido de las guerras. Ya no hay guerra civil en la gubernamentalidad, sino solo un neoliberalismo cuyos resultados Foucault es incapaz de pensar: una guerra civil progresiva al interior y una guerra entre imperialismos al exterior, en un marco general que es el de la catástrofe ecológica.

V. Globalización: ¿máquina de guerra, Imperio o imperialismo?

Cómo Estado y capital se integran sin identificarse

Analicemos ahora el punto de vista de Deleuze y Guattari (DG) y de Negri y Hardt (NH) a propósito de la relación que establecen entre capitalismo y guerra, porque podemos encontrar muchos argumentos que se entrelazan y porque ambos decretan la superación del imperialismo. Concentraremos nuestra atención en la definición del funcionamiento del mercado mundial y de la globalización (particularmente en la relación que establece el Estado con el capital), confrontándola con la situación determinada por el conflicto armado en Ucrania, que parece desmentir tanto las tesis expresadas en *Mil Mesetas* como en *Imperio*.

La teoría de la guerra de DG se estructura en torno al concepto de “máquina de guerra”, cuyo origen se remonta a los pueblos nómadas. Su primera característica es la de no ser inmediatamente atribuible al Estado, que habrá de apropiársela; en principio, su naturaleza difiere de la de la soberanía estatal. DG buscan en esta “exterioridad” una alternativa a la experiencia de las revoluciones porque los partidos que las condujeron “se han constituido en embriones de dispositivos del Estado, en lugar de formar máquinas de guerra irreductibles a estos dispositivos”.

Como todos los revolucionarios de la primera mitad del siglo XX, DG se enfrentan durante mucho tiempo con las teorías de Clausewitz. Pero mientras DG leen la guerra teorizada por el general prusiano desde el punto de vista de una máquina de guerra nómada, los revolucionarios la interpretaban a partir de la guerra

civil y de la guerra partisana del proletariado. Los nómades no atribuyen a la máquina de guerra la guerra como su finalidad exclusiva, sino sobre todo como la capacidad de crear otra organización del tiempo y del espacio (“liso”) respecto del dominio soberano del territorio (“espacio estriado”, jerarquizado, dividido, limitado por fronteras, controlado.) El Estado, en cambio, se vería obligado a apropiarse de esta “exterioridad” y a hacer de la guerra su objetivo.

A diferencia de Foucault que las evita, el análisis se centra en las guerras “totales” (Primera y Segunda Guerra Mundial) que parecen desarrollar el concepto de guerra pura, de “guerra real”, de guerra absoluta, que Clausewitz había contrapuesto a las guerras empíricas, las guerras realmente existentes, cuyo funcionamiento y cuya finalidad están subordinadas al Estado. El concepto de “guerra ideal”, sin condiciones, sin límites, libera a la guerra de su subordinación al Estado y tiende a hacer de esta una realidad autónoma. Los Estados que se habían apropiado de la máquina de guerra nómade y la subordinaron a sus propios objetivos de poder contra otras potencias, tienden ahora, a través de las guerras totales que “conducían unos contra otros”, a reconstruirla en una máquina de guerra mundial, económico-política, que corresponde al mercado mundial de la que los Estados no son más que “objetos y medios apropiados para esta nueva máquina”.

La guerra total tiene una estrecha relación con el capitalismo porque se convierte en guerra industrial, transformando la economía en producción para la guerra e involucrando en ella a la sociedad y la población en su conjunto. El objetivo que la guerra total debe destruir no es solo el ejército enemigo, sino “toda la población y su economía”. En cambio, no parece tener muchos vínculos con las luchas de clases y las guerras civiles. Fernand Braudel señalaba que en la víspera de la Primera Guerra Mundial, Europa estaba lista para el socialismo y la destrucción de esta amenaza, que la Revolución Soviética resucitaría como una pesadilla para la burguesía, constituiría una de las principales razones de ser del fascismo y el nazismo. Curiosamente, en la historia universal trazada por DG, la revolución juega un papel menor o incluso ausente, probablemente porque “las revoluciones siempre terminan mal”.

La máquina de guerra, que tiende a liberarse del Estado subordinándolo, se presenta bajo dos figuras: la primera es la del fascismo, que hace de la guerra “un movimiento sin límites que no tiene otro objetivo” que su propia expansión. La segunda figura es la de los “treinta gloriosos”, en la que la máquina de guerra ya no tiene más a la guerra como objetivo principal, sino que tiende hacia “una forma de la paz aún más terrorífica”, “la paz del terror y de la supervivencia”. Ahora se hace cargo de los objetivos que eran propios de los Estados “la paz, la política, el orden mundial”. “La paz libera técnicamente el proceso material ilimitado de la guerra total”, que se realiza en la forma de la Tercera Guerra Mundial (la Guerra Fría). El mundo vuelve a ser un espacio liso, transnacional, donde reina “*una sola y misma máquina de guerra*” económico-política. Las guerras no desaparecen, sino que se “convierten en partes de la paz”. Los Estados tampoco desaparecen, pero ahora constituyen únicamente partes de *una sola máquina global* que sigue siéndolo incluso cuando sus Estados se oponen.

El siglo XX ha sido el escenario de conflictos de clases que las guerras totales no lograron dominar y controlar sino muy parcialmente. Mientras DG leen el fin de la Segunda Guerra Mundial como la imposición de una paz, aunque aterradora, Carl Schmitt y Hannah Arendt hablan en 1961 de “guerra civil mundial”, definición que parece corresponder mejor a la “revolución mundial” que estaba en curso.

Ya a fines de la Gran Guerra, la naturaleza de la guerra civil mundial fue perfectamente interpretada por Oswald Spengler (reaccionario, enemigo de la República de Weimar, admirador de Mussolini) con una lucidez que vale la pena mencionar: “No es Alemania, sino Occidente el que perdió la guerra mundial cuando le faltó el respeto a los pueblos de color”. Vencedora fue la Revolución de Octubre que arrojó la “máscara blanca”, para transformarse “una vez más en una gran potencia asiática, “mongola”, animada por el “odio ardiente contra Europa”. Los llamados de los soviéticos a la sublevación de los “pueblos oprimidos” por el colonialismo y a la revuelta de “toda la población de color de la tierra” apuntan a construir “una resistencia común” y una lucha contra la “humanidad blanca”.

Y es efectivamente en la lucha contra el colonialismo que se perfecciona la máquina de guerra de las revoluciones y la estrategia de la guerrilla (“guerra partisana”) como su forma de combate privilegiada, inaugurada por la Revolución Soviética. DG identifican en la guerrilla la modalidad de combate que la futura máquina de guerra revolucionaria debe asumir para oponerse a la “paz” del nuevo espacio “liso” del mercado mundial, pero sin enfrentarse nunca verdaderamente a la guerra partisana, que anticipó, desde un punto de vista de clase, la organización de un espacio no jerarquizado, ni a las guerras anticoloniales donde estas técnicas dan un salto cualitativo convirtiéndose en estrategia propiamente dicha. La guerrilla construye, con sus tácticas y estrategias de combate, el espacio “liso” que DG definen como la tarea política de la máquina de guerra revolucionaria. El movimiento, la movilidad, el desplazamiento incesante que nunca fija el frente, pero lo determina de vez en cuando a través de la propia acción, son los productos de la transformación de la “pequeña guerra” de Clausewitz en guerra partisana librada por los revolucionarios del siglo XX.

Una vez más, debemos volver a Carl Schmitt, que toma muy en serio la “pequeña guerra” de los revolucionarios, comparándola con la configuración espacial de los escenarios de guerra marítimos (“espacio liso”) y terrestres (“espacio estriado”). “En la lucha partisana surge un nuevo espacio de acción de estructura muy complicada porque el partisano no lucha en un campo de batalla abierto ni en el mismo plano de una guerra de frentes declarados. Más bien le impone a su enemigo otro espacio distinto”. El partisano desterritorializa la guerra regular, dejando la tierra lisa como el espacio marítimo. Aunque se trata de una fuerza “telúrica”, Schmitt compara la “dimensión de profundidad” introducida por el partisano con la formas de combate marítimo (“espacio liso”). El partisano “proporciona una suerte de analogía terrestre inesperada, pero no por eso menos eficaz, con el submarino”: añade a la superficie del mar, donde se libran las batallas, una “dimensión inesperada de profundidad”. Esta capacidad de imponer un “nuevo espacio” al enemigo, de dividir su territorio sin fijar un frente, creándolo continuamente donde se materializa la guerrilla, es otra

experiencia y otra estrategia que vale la pena considerar y tomar como una herencia de los revolucionarios.

El intento de DG por definir una forma de organización alternativa al leninismo y al maoísmo, que corre el riesgo de desembocar (y desemboca) en el Estado, es ciertamente loable y la investigación debería continuarse en esta dirección, pero abordando conjuntamente los desafíos que impone la realización de una revolución. Por ejemplo, DG oponen la guerrilla a la guerra regular conducida por un ejército regular, porque este último con su centralización y sus jerarquías es un foco capaz de generar relaciones de poder soberanas. Sin embargo, aunque Mao, Ho Chi Minh y Giap confirieron a la guerrilla una dimensión estratégica que en Clausewitz no existía en absoluto, luego no la opusieron al ejército regular como parecen querer hacer DG, simplemente porque para vencer al enemigo es no posible hacerlo. La victoria de la revolución presupone una relación entre guerra irregular y regular e impone asumir todos los riesgos que esto implica. La victoria sobre el enemigo requiere la acción del Ejército Rojo, aun si el “partisano es el combatiente de las nueve décimas partes de una estrategia que solo deja una décima a las fuerzas armadas regulares” (Mao). Ante la toma del poder, problema fundamental en torno al cual giran las estrategias revolucionarias de la época y que DG critican justamente porque obliga a asumir dispositivos (aquí el Ejército Rojo) formalmente homogéneos respecto del Estado, no han sido capaces de proponer prácticamente ninguna alternativa que resulte igualmente eficaz.

Lo que parece faltar en el análisis de la guerra de DG es un método que tenga en cuenta la definición de Clausewitz, “efecto recíproco prolongado de dos (voluntades) opuestas”, que implica la acción de fuerzas dotadas de “potencia” y de acción estratégica, así sean asimétricas. Cuando decimos que en DG hay un análisis de las guerras totales, pero desarticulado de las luchas de clases y de las guerras civiles, queremos decir que estas no juegan allí un rol activo. En el final del capítulo donde discuten con Clausewitz, hacen una declaración de principios que no deja muchos elementos para la acción: donde hay poder, dicen, hay siempre la posibilidad de “fuga”; la máquina de guerra-mundo (denominada

economía-mundo) “no cesa de recrear las posibilidades de respuestas inesperadas, de iniciativas imprevistas que determinan máquinas mutantes, minoritarias, populares, revolucionarias”.

A partir de la Revolución Francesa se afirma un principio estratégico metodológico que invierte el punto de vista de DG y parece más útil: “Primero la revolución, después la máquina Estado-capital”. Son las luchas de clases que se suscitan entre el siglo XIX y XX las que obligan a la máquina Estado-capital a las guerras totales (y al fascismo). A lo largo de todo su desarrollo serán quebrantadas continuamente por el surgimiento de las revoluciones y de las guerras civiles porque los movimientos revolucionarios lograrán mantener, aun con las enormes dificultades de la época, una política ofensiva. Las guerras totales que habían impedido, bloqueado y reprimido la revolución en Europa la harán resurgir primero en Rusia y más tarde en el Sur; se dará por primera vez la posibilidad de una revolución mundial. Es este entramado estratégico entre Estado-capital por un lado y revolución/luchas por otro lo que escapa a la referencia a los nómades en *Mil Mesetas*.

La idea de una única y gran máquina (“el capitalismo mundial integrado”) es uno de los espejismos producidos en los treinta años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y que fueron, vale la pena recordarlo, la excepción y no la regla del capitalismo. El equilibrio del terror (Este-Oeste) había congelado temporalmente el orden mundial (en realidad, las guerras civiles hacían estragos en las colonias). DG teorizan una integración progresiva de economía y de culturas heterogéneas (incluso entre el Este y el Oeste), sobre la base de un desarrollo tecnológico que habría allanado las diferencias. “Las computadoras conversan de continente a continente, dictando las reglas a los dirigentes políticos y económicos. La producción informática automatizada ya no halla su consistencia en el factor humano, sino en un factor de continuidad maquina que atraviesa, contiene, difunde, miniaturiza todas las funciones y las actividades humanas”.

DG hacen una sobrevaloración de la técnica (parecen olvidar la diferencia que ellos mismos han establecido entre *máquina técnica* y *máquina política*) y una infravaloración de la estrategia,

actitud que extenderán durante el período de la contrarrevolución entre los amantes de los “automatismos” financieros, tecnológicos y mediáticos que nos dominarían y nos esclavizarían. Contra estas afirmaciones erróneamente deducidas del trabajo de DG, es necesario afirmar que *ninguna máquina técnica, ningún automatismo financiero, ninguna computadora ha decidido nunca una guerra y nunca lo hará. Una máquina política solo puede ser derrocada por otra máquina política.*

Pese al desarrollo exponencial de la *máquina técnica*, con la guerra emerge prepotente la realidad de la *máquina política*, que muchos no saben ver en tiempos de “paz”. En el mismo momento que la URSS se derrumbaba, también se quebraba el orden mundial, es decir, la posibilidad de una única máquina de guerra. Las luchas entre imperialismos, entre potencias económico-políticas, estaban a la orden del día. Pero incluso si se hubiera observado solo el Sur del mundo, ya en los “treinta gloriosos” se habría comprendido que la gran máquina mundial integradora era una quimera.

No es que las luchas de clases desaparezcan completamente en la máquina de guerra global de DG, pero se incluyen en un devenir sin historia, un devenir sin revoluciones. El capitalismo no es un proceso infinito de explotación y de dominio capaz de suscitar flujos que escapen a su vez continuamente de todas partes en un devenir sin fin, como parecen sugerir DG. Walter Benjamin ha captado claramente la ilusión de tal devenir: “La historia no sabe nada de la mala infinitud contenida en la imagen de esos dos luchadores eternamente en pugna. El verdadero político solo calcula a plazos”. La historia de las relaciones de fuerza entre las clases talla el devenir, lo bloquea, lo bifurca, lo hace desembocar en las guerras, en las revoluciones o incluso en la implosión de todas las clases en lucha. Hay un punto en el desarrollo del capitalismo donde la dialéctica capitalismo/vías de fuga ya no funciona, en el que la mala infinitud desemboca en la guerra. *Hic Rhodus, hic salta.*

El Imperio

Antes de problematizar el concepto de la autonomía de “*una sola máquina de guerra*” y la subordinación de los Estados a su funcionamiento, que configuraría de un nuevo modo el mercado mundial, quisiera introducir el concepto de Imperio de Negri y Hardt (NH), que me parece se entrelaza en diversos puntos con la máquina mundo de DG.

Para NH, el “capitalista colectivo” se habría dotado de una nueva estrategia, el Imperio, que se opone radicalmente al imperialismo. Este último, con una función todavía central del Estado, con las divisiones rígidas que impone (fronteras, intereses nacionales, lógicas soberanas) no favorece, sino que bloquea el desarrollo del mercado mundial. De ahí su necesario cuestionamiento.

El Imperio es una máquina global, transnacional, no soberana, que se hace cargo del orden mundial a partir de los años setenta. Su *governance*, que suplanta a los gobiernos nacionales de los Estados imperialistas, “es irreductible a una gestión fundada en la unidad de mando y en la legitimización de un único centro de poder”. El Imperio, como la máquina de guerra, crea un espacio y un mundo “lisos”, siempre abiertos, en los cuales las viejas fronteras imperialistas “colapsan” y los Estados-nación “entran en crisis” (“el Estado político se deteriora”, dicen DG). En lugar de representar límites, las fronteras constituyen ocasiones de libertad porque, en el momento mismo de su creación, el Imperio se hace cargo de superarlas. Es una forma de poder pluralista, fundamentalmente pacífica (“la idea de la paz está en la base de su desarrollo y de su expansión”, no en el sentido de que no haya más guerras, sino porque el Imperio es capaz de evitar los grandes conflictos entre imperialismos del orden mundial precedente), flexible y fluida, que se adapta velozmente al cambio de las situaciones económicas y políticas.

La *governance* se negocia entre “sujetos estatales y no estatales” para construir nuevos dispositivos de poder capaces de innovar, de manera consensuada las formas de la decisión política. El poder soberano es sustituido por una “pluralidad de polos” y una corriente

continua de actividades transnacionales, destinada a la construcción y a la experimentación de nuevas normas, prácticas regulatorias, procedimientos de gestión.

NH parecen fascinados por un mundo que aparece regido por el capital, envuelto en sus largas cadenas de valor, atravesado por sus libres flujos financieros, con un Estado que, más que regular, parece acompañar de forma subordinada estos movimientos. Caen en la ilusión de la *“belle époque”* que parece coincidir con todo el ciclo económico, excluyendo las guerras que lo fundaron y que posteriormente lo hundirán.

Esta idea del Imperio, digámoslo de una vez, desmentida por el enfrentamiento entre imperialismos en Ucrania, se basa en la oposición del concepto de “capital” y el concepto de “Estado”, en la incompatibilidad entre la inmanencia del poder del primero y la trascendencia del poder del segundo. El poder trascendente del “soberano” sería sustituido progresivamente por la “axiomática” del capital, es decir, por la máquina de producción y medición del beneficio.

El Imperio remite en muchos aspectos a la máquina de guerra de DG y a cómo esta subordina a los Estados como sus respectivas partes. La incompatibilidad entre Estado y capital se resolvería con el triunfo de la globalización del capital, que impone sus leyes y sus intereses a Estados recalcitrantes que no quieren perder sus poderes y prerrogativas.

Para justificar la pertinaz voluntad de Estados Unidos de imponerse como centro de poder unilateral en el tablero del mundo, NH ven producirse un “golpe de Estado” contra el Imperio, gestionado por los defensores de un “un nuevo siglo americano” (los neoconservadores). Este golpe de Estado no solo habría existido, sino también habría fracasado. En cambio, aquellos que no lograron imponer el siglo americano se comprometieron, como es natural en una fuerza imperialista, en la preparación con el Pentágono, la administración y las diversas oligarquías (de la producción de armas, de las finanzas, de bienes raíces), de las guerras contra Rusia, China y contra todos los que no quieren someterse a la potencia americana. Juntos, neoconservadores, demócratas y republicanos

comprendieron que no había otra salida para imponer su supremacía, y la guerra llegó justo a tiempo. Contrariamente a lo que viene sucediendo desde hace años, NH perseveran en la creencia de que tras la presunta derrota de los imperialistas dentro de la administración estadounidense, contratiempo en la construcción de la *governance* mundial, la globalización “sigue avanzando” y el imperio sigue siendo la única solución viable.

La voluntad de justificar la existencia y la necesidad de una máquina de guerra imperial no soberana obligan a NH a unas teorías torpes sobre la guerra y el capitalismo. Guerra e imperialismo son opciones que el capital sería reacio a emplear porque no favorecen, sino que bloquean la producción de beneficios. Hay dos modalidades principales para “conservar el control” capitalista sobre la globalización y el beneficio: “la guerra y las finanzas”. La solución militar “ha sido adoptada y ha fracasado en gran medida” (en Irak, en Afganistán, en la guerra contra el terrorismo, etc.). Una “sociedad en estado de guerra [puede] quizás funcionar a corto plazo, pero a la larga mina la productividad sobretodo en una economía biopolítica en la cual la libertad, la comunicación y las interacciones sociales son absolutamente necesarias”. La “aristocracia global”, el actual “capital colectivo”, que ha “contribuido a poner fin al unilateralismo” de los imperialismos, elige “la opción financiera, considerablemente más eficaz que la guerra”.

Estas líneas escritas en 2009 son sorprendentes, porque sucedió exactamente lo contrario. Las finanzas, el vector más importante de la globalización, forma hegemónica del capital en la mundialización, la “única capaz de seguir los cambios repentinos” de las redes globales de valor, la “única capaz de imponer la flexibilidad, la movilidad y la precariedad en la fuerza de trabajo biopolítica” (NH), se derrumbaron en 2008. El capitalismo fue salvado por la intervención de los Estados que, a pesar de haber inundado de liquidez a las empresas, no lograron poner en marcha la economía, mientras la guerra se presenta, desde entonces, como la opción más probable. Una sucesión de hechos similares había tenido lugar en la globalización precedente: la financierización fracasa, la mundialización pierde velocidad y empieza a cerrarse, a dividirse

según lógicas más políticas que económicas, la guerra entre imperialismos estalla. Rosa Luxemburgo también lo había escrito: el capital, “teniendo la tendencia a convertirse en forma única mundial, fracasa por la incapacidad interna de su desarrollo”.

¿Por qué el capital no puede convertirse completamente en mercado mundial? Porque no puede separarse del Estado, porque un Estado mundial es un contrasentido y por eso es imposible crear *una sola gran máquina de guerra* o convertirse en un *Imperio*. Porque necesita del poder “soberano” en el inicio, en el final y también en el medio del ciclo de acumulación. El Estado es insustituible, sobre todo en los períodos de transición donde el conflicto entre las clases y entre los Estados se afirma con toda su violencia. El capital no es capaz de organizar el bombardeo al Palacio de la Moneda o de garantizar miles de detenciones, torturas, asesinatos durante las guerras civiles sudamericanas. El capital no puede declarar la inconvertibilidad del dólar en oro, porque el origen de la moneda no es económico, sino soberano y estrechamente ligado a la guerra. El imperialismo estadounidense ya estaba contenido en la declaración que decía “el dólar es nuestra moneda, pero es su problema”, dirigida al resto del mundo para que las cosas quedaran claras desde el principio: ¡nosotros mandamos, ustedes obedecen!

La moneda dominante nos señala inmediatamente la imposibilidad de la creación del Imperio como dispositivo transnacional del capital: el dólar es la moneda nacional de los Estados Unidos y funciona contemporáneamente como moneda internacional, creando una enorme asimetría de poder entre ellos y el resto del mundo, siempre a su favor, por supuesto. Lo que sería necesario para el funcionamiento de la máquina global del capital, si alguna vez fuera posible, es el *bancor* propuesto por Keynes en 1941, una moneda no soberana que no habría favorecido a ningún país en detrimento de otros. Fue justamente Estados Unidos el que rechazó la propuesta e impuso en su lugar al dólar, convirtiéndola en una moneda abiertamente “imperialista” (indexar en dólares la deuda y la moneda de los Estados más débiles es una evidente política de guerra contra el proletariado de estos países). Estados Unidos no

se preocupó por construir la máquina global, sino por comandarla y usarla para explotar al proletariado mundial exclusivamente a su favor, para vencer a sus competidores económicos y políticos. No estaban construyendo un capital cosmopolita, sino sirviendo a los intereses del capitalismo y del Estado estadounidense.

Brzezinski, Consejero de Seguridad Nacional del presidente Carter, no deja ninguna duda sobre las agencias, instituciones, órganos administrativos o políticos que deberían ser la columna vertebral del Imperio: “Incluso la red internacional de organismos técnicos, especialmente financieros, puede considerarse ahora parte integrante del sistema americano. El FMI y el Banco Mundial, si bien representan intereses globales, en realidad están fuertemente influenciados por Estados Unidos”.

Cuando se derrumba el dólar, la moneda política, convertida en finanzas/deuda para contrarrestar el declive de Estados Unidos a través del saqueo del resto del mundo, el capital no tiene más alternativa que recurrir al Estado, que a su vez se ve obligado a transformar su política: que nunca ha sido la universalidad del mercado mundial, sino siempre la competencia de una potencia “territorial” (aunque el territorio sea el de un continente) dentro de la globalización, en competencia armada. Lo que los críticos contemporáneos no quieren ver era para revolucionarios como Rosa Luxemburgo la evidencia misma.

Para NH, en cambio, la guerra no es una condición “ontológica” de la existencia del capital, indispensable para su acumulación. Este aparece de modo coyuntural, para luego desaparecer y reaparecer si la guerra se manifiesta de modo evidente. En 1980, Negri escribió sabiamente: “El derrumbe del mercado determina una situación de guerra”, “la guerra es la situación ontológica a la que conduce la ruptura del mercado”. Luego la guerra desaparece para resurgir recién después de los atentados de 2001, y desaparece otra vez en 2009, ya que no se considera una condición estructural del capitalismo, sino una simple opción a la que se anteponen las finanzas, más eficaces y menos sangrientas (en realidad, cruentas, pero de otro modo).

El imperialismo y su necesidad

Tanto DG (la máquina de guerra global) como NH (el Imperio) piensan que el capital ya no necesita del imperialismo y de sus guerras destructivas, relegándolo entre las formas políticas que el capitalismo habría abandonado progresivamente. Sin embargo la realidad de la acumulación y del conflicto mundial que de allí se deriva parece decir otra cosa.

Incluso una simple mirada fenomenológica a la guerra en Ucrania parece confirmar el punto de vista meridional de Samir Amin, según el cual la caída del Muro de Berlín habría producido la emergencia de un imperialismo que llama “colectivo”. Compuesto por la triada EE.UU.-Europa-Japón, guiada por el primero, el imperialismo colectivo gestiona sus disputas internas en vista de la repartición de la renta, mientras libra guerras sociales despiadadas contra las poblaciones del Norte para despojarlas de lo que se había visto obligado a conceder durante el siglo XX, y organiza conflictos armados contra las poblaciones del Sur para controlar las materias primas y procurarse mano de obra barata. Es este imperialismo colectivo el que está comprometido en la guerra actual contra los imperialismos regionales (Rusia) y un imperialismo que trabaja para volverse global (China). El enfrentamiento no será entre Estados como hace un siglo, sino entre grandes concentraciones territoriales y de poder: el capitalismo colectivo EE.UU.-Europa-Japón, la alianza China-Rusia forzada por la guerra y el Sur del mundo que aún duda entre la neutralidad y la hostilidad abierta al imperialismo colectivo.

Desde el punto de vista teórico, la realidad de la globalización parece confirmar el análisis de Rosa Luxemburgo, producido en el corazón de la acumulación mundial precedente. El imperialismo y sus guerras son una necesidad estructural porque el capitalismo “tiende a envolver el globo entero y acabar con todas las otras economías, sin tolerar rival alguno que se encuentre a su lado. Sin embargo, al mismo tiempo *es la primera modalidad de economía que es incapaz de existir por sí misma con la sola ayuda de su ambiente*”. Para existir y reproducirse, debe apropiarse

necesariamente de realidades económico-políticas no capitalistas y solo puede hacerlo con el robo, el hurto, la expropiación, es decir, a través de dispositivos extraeconómicos. Es esta apropiación extraeconómica la que lo salvaguarda de la caída de la tasa de ganancias.

La afirmación de Luxemburgo parece ser rebatida por la globalización porque, si la producción se expande y se implanta en todo el planeta, entonces ya no existe un afuera del cual apropiarse y, por lo tanto, el imperialismo parecería un anacronismo. En realidad, mientras en el Sur global impera la rapiña a través de la financierización y el neocolonialismo “extractivista”, en el Norte se produce una “colonización” interna. Cuando el capital termina de colonizar el planeta, comienza a colonizar su propio centro, creando las condiciones del viejo Sur que implican la desvalorización del trabajo, del bienestar, de las condiciones de vida del proletariado, obligando a millones de personas a trabajar gratis o mal remuneradas, es decir, creando un nuevo “afuera” del que apropiarse. El punto de vista de Luxemburgo sobre el imperialismo se confirma según nuevas reglas (ya no un *afuera* precapitalista del que apropiarse, sino un *afuera* creado por el propio capitalismo).

La fuerza y la violencia de esta *colonización interna* son visibles en la situación del más potente de los imperialismos, en Estados Unidos, donde azota una guerra civil sigilosa que siempre está a punto de convertirse en una guerra civil abierta. La extracción de valor de las mismas poblaciones por parte de la máquina Estado-capital se realiza mediante dispositivos económicos y extraeconómicos, creando las condiciones del conflicto interno (la revuelta contra la ejecución de George Floyd es una protesta contra las condiciones de la colonización interna que, después de pertenecer a los negros durante siglos, se extiende ahora también a los blancos), del nuevo fascismo (Trump), pero también de la guerra entre grandes Estados (Biden). No solo la economía y la guerra son las dos caras de una misma moneda de acumulación que trabajan juntas, sino que la acumulación mundial de capital, a partir de la Primera Guerra Mundial, ha pasado de una destrucción relativa a una destrucción absoluta.

El capitalismo descrito por Rosa Luxemburgo destruía las realidades externas a su dominio para integrarlas, el capitalismo contemporáneo, en cambio, vive de la ruina del mundo entero sin poder integrar esta destrucción en un nuevo ciclo de acumulación (la imposible *green economy*). La acumulación destruye también las condiciones biológicas y ambientales de la vida en este planeta, a menos que creamos, como lamentablemente lo hicieron los revolucionarios, en una función progresista del capital (aquí Lenin): “Sabemos que los *trust* y el trabajo de las mujeres representan un progreso. No queremos retroceder al artesanato, a un capitalismo premonopólico y al trabajo de las mujeres en el hogar. Adelante a través de los *trust*, etc. ¡y más allá de ellos, hacia el socialismo!”.

La visión “progresista” de la globalización forma parte de los legados del socialismo que los movimientos feministas y los movimientos de los colonizados han cuestionado, porque, para ellos, el capital nunca ha sido progresista y siempre se ha manifestado como el fin del mundo (de su mundo, de su cultura). No tuvieron acceso a las “glorias” del trabajo asalariado, sino que fueron condenados a la servidumbre del trabajo gratuito, desvalorizado o mal pago. Hoy como ayer.

La globalización, o la acumulación capitalista a escala mundial

La gestión de una paz “terrorífica”, ya sea de la máquina de guerra o del Imperio está basada en el supuesto de la subordinación del Estado al capital globalizado, aun cuando entre máquina de guerra e Imperio existan diferencias significativas. Contrariamente a NH, DG no piensan que la axiomática, la máquina de producción de medición y distribución del valor pueda prescindir del Estado: “Parecería que ya no es necesario el Estado, el dominio jurídico y político separado”, pero superar al Estado a través del mercado mundial no significa que el capital pueda funcionar sin él.

En realidad el rol del Estado va mucho más allá de la simple función que le atribuyen DG, esto es, como moderador de la desterritorialización superior del capital y simple detentor de la fuerza y del derecho que el capital necesita siempre para consolidarse. Ni la

axiomática de DG ni el capital globalizado de NH pueden definir un cambio de fase como el de la guerra. La máquina global puede inducir, incitar, impulsar la guerra a través de su falla específica, a través de su recurrente atasco (primero financiero, pero luego el bloqueo gotea en la economía y en la sociedad), pero no es ella quien toma las decisiones estratégicas. Después de todo, la globalización comenzó de la misma manera. No fue una impersonal máquina capitalista (fordista) la que impulsó una nueva globalización, sino subjetividades transversales a la empresa, a la administración, al Pentágono, a los partidos políticos estadounidenses que decidieron romper, bajo la dirección del Estado, con la organización del mercado mundial anterior y jugar a la nueva globalización, impulsada por las finanzas, basada en su moneda, contra otros Estados, contra sus monedas y sus economías. La financierización es una guerra global lanzada por el Estado para detener el declive relativo de EE.UU. canalizando capitales y recursos en América para mantener una potencia militar externa y un “*way of life*” interno cuyos costos recaen en todo el mundo.

A diferencia de la mayoría de los países del mundo, Estados Unidos produce menos de lo que consume, tiene una calidad de vida que no se justifica por su capacidad productiva, es decir, vive por encima de sus posibilidades, con la balanza de pagos constantemente en déficit. Es el país más endeudado del mundo. Las políticas de crédito y endeudamiento se impusieron porque eran las únicas capaces de garantizar que su ingreso promedio fuese seis veces superior al de China sin que esto se corresponda con la realidad productiva de estos dos países. Es la imposición del dólar como moneda internacional de cambio lo que permite a la Reserva Federal financiar el “*american way of life*”, es decir, el mayor despilfarro en la historia de la humanidad, al encontrar tomadores de una deuda que sigue creciendo.

Tanto el dólar como la deuda no están respaldados por la capacidad productiva, sino por la supremacía militar. La primacía del dólar establece la primacía de Estados Unidos y la fortaleza del dólar está garantizada por la primacía militar. Aquí ni siquiera se trata de keynesianismo militar, sino de un simple abuso armado sobre

el resto del mundo. Cuantas más bombas caen, más poblaciones son masacradas, más se construyen armas, cuanto más se mantiene alto o aumenta el valor del dólar, más pueden emitir en grandes cantidades y atraer capitales que les quitan a los países pobres en vías de desarrollo. La enorme difusión de las armas al interior del país participa de esta lógica armada y la legítima. La guerra y el armamento son elementos vitales para Estados Unidos, no solo para la hegemonía mundial, sino también para mantener los estándares de consumo y producción. Es por esto que su imperialismo es mucho más peligroso que el de China, el de Rusia o cualquier otro país, que aún no disponga de los instrumentos militares y financieros para saquear el mundo como lo hacen los estadounidenses.

Lo extraordinario de los gobiernos y de la administración estadounidense es que, a pesar de esta “tasa” impuesta al mundo entero, han logrado desencadenar una guerra civil interna por la creación de las enormes diferencias en ingresos y patrimonio. Esto los vuelve doblemente peligrosos. Cuando algún país productor de materias primas del Sur decide cambiarlas por una moneda distinta al dólar, Estados Unidos interviene inmediatamente (véase el fin de Saddam Hussein y de Gadafi). En realidad, Estados Unidos es aún más peligroso porque las políticas de crédito/endeudamiento utilizadas para compensar su declive están en el origen de la crisis financiera que fue la antesala de la guerra.

Los países del Sur tienen todas las razones del mundo para no apoyar a la coalición anglo-estadounidense en Ucrania. Lo mismo debería hacer Europa si tuviese un mínimo de capacidad política, en cambio se está suicidando por segunda vez en un siglo.

La utopía de la autonomía del capital globalizado y la realidad del imperialismo

DG explican el origen de la autonomía y de la hegemonía de la máquina de guerra que prácticamente coincide con el movimiento del capital en el mercado mundial, refiriéndose al tercer libro de *El capital* de Marx: el capital no tiene límites externos, sino solo límites intrínsecos debido a su propia naturaleza (la propiedad privada, la división de clase, la ganancia, etc.), límites que pone continuamente

y supera continuamente para crearlos otra vez y volver a superarlos. Este movimiento autónomo e inmanente aparece acentuado en NH, que lo convierten en el eje de la globalización: concibiendo a esta como la combinación de dos esferas superpuestas que recorren el planeta, una ligada a las redes de comunicación y logística, las cadenas de valor, los circuitos financieros, etc.; la otra al control, separando nuevamente, como fuese posible, potencia inmanente del capital y poder trascendente del Estado.

Este movimiento inmanente e infinito del capital ha sido desmentido por su propia historia y, una vez más, por la guerra en Ucrania. Esto no quiere decir que no sea real, de hecho crea una inestabilidad, una incertidumbre, un cambio continuo. La crisis, en lugar de anunciar su “derrumbe” es la forma misma de su existencia, que produce continuamente momentos de bloqueo, obstáculos a su desarrollo. Contrariamente a lo que afirman las páginas del tercer libro de *El capital* de Marx que DG parafrasean, el capital no es capaz de superar ningún obstáculo creado por él mismo sin que el Estado intervenga en todas sus crisis. Esta cuestión es aún más evidente en la transición de una forma de acumulación a otra. El desplazamiento de los límites que impiden la emergencia de lo “nuevo” y la muerte de lo “viejo” no se produce por la fuerza del capital, sino por la irrupción de la guerra entre imperialismos y las guerras civiles.

Para pasar del capitalismo del siglo XIX al del XX fueron necesarios treinta años de enormes destrucciones de toda índole (guerras mundiales, guerras civiles europeas, guerras civiles mundiales, bombas atómicas) con los Estados firmemente al mando de la catástrofe. Sin embargo, la situación aún no estaba pacificada al final de la Segunda Guerra Mundial. La guerra civil que estallaba en el Sur involucró a los ejércitos y Estados del Norte hasta los años setenta (Corea, Vietnam, Indonesia, Argelia, etc.).

Lo mismo se puede decir sobre el pasaje teorizado por Giovanni Arrighi de una hegemonía imperialista a otra. Así como la hegemonía estadounidense reemplazó a la inglesa tras las guerras catastróficas de la primera mitad del siglo, una eventual hegemonía china podría instaurarse solo luego de guerras de las que, quizás, la de Ucrania es solo el comienzo.

Ahora nos encontramos en una situación similar a la de la primera mitad del siglo XX cuando los imperios de la Europa central y los imperios coloniales se destrozaban entre sí. El Imperio y la máquina global, si alguna vez existieron, están fuera de juego. La guerra entre imperialismos nos impone una relación Estado-capital completamente distinta.

La guerra en Ucrania nos muestra una realidad que estructura desde siempre a la globalización: Estado, guerra y capital están estrechamente ligados, pero en máquinas de guerra diferentes que se oponen estratégicamente como al comienzo de la globalización. En lugar de haber *una sola* máquina de guerra global o *un* Imperio, hay una multiplicidad de máquinas de guerra Estado-capital (en permanente tensión entre sí) que tras un período de “cooperación” (la “*belle époque*”) fracturan, fragmentan, dividen la globalización porque compiten con otras máquinas económico-políticas dentro de un único “mercado”. Durante los “treinta gloriosos” también se producían fracturas revolucionarias, hoy solo imperialistas, conducidas por grandes Estados que son algo muy diferente a medios y partes de la gran máquina de la globalización. Esta última no solo produce diferencias de clases, sino también disparidad entre las distintas máquinas Estado-capital (“declive” de EE.UU., crecimiento de China y del Sur) que se traducen en más o menos poder/beneficio en el tablero del mundo y conducen a la actual situación de guerra.

Muchos compañeros están apegados a la globalización, la consideran más o menos irreversible. Yo estaría un poco más atento: en un debate en el parlamento francés dos años antes del estallido del conflicto de 1914, los diputados estaban seguros de que la guerra era imposible, dadas las interdependencias, considerando el intenso cruce de intercambios económicos, financieros y comerciales entre naciones que nunca antes habían estado tan sólidamente integradas como ahora.

Conocemos la secuela de esta hermosa ilusión “liberal” que aparentemente sigue siendo atractiva y contra la que tuvieron que luchar los revolucionarios justo antes del estallido de la Gran Guerra: donde hay economía no hay guerra, el “*doux commerce*” aleja las armas.

Del mismo modo, se cree en la imposibilidad de una fuerte concentración del poder, tanto económico como político frente a la creciente multiplicidad y complejidad de centros de poder y de redes de valor que atraviesan el mundo. El neoliberalismo, contrariamente a la ideología de la libre competencia gestionada por la impersonalidad del mercado, nace con una fuerte concentración de poder económico (en Estados Unidos, a principios de los años setenta, los monopolios y oligopolios superan ampliamente a los que habían conducido a la Primera Guerra Mundial) y de centralización del poder político del Estado (en particular en su poder Ejecutivo). Este doble proceso, iniciado a fines del siglo diecinueve consolidado y reforzado en la Primera Guerra Mundial, nunca será puesto en discusión por el neoliberalismo, ni por el de los años treinta en Alemania ni por el neoliberalismo de los años setenta. La multiplicidad, la descentralización, la libre competencia siempre han sido una ilusión porque no son más que la otra cara de una concentración que fue aumentando progresivamente (con una gran aceleración en 2008, con otro umbral superado durante la pandemia) hasta llegar a la guerra, donde el poder de concentración alcanza su apogeo (militarización de la economía, del presupuesto del Estado, de la comunicación).

Estado y capital

El problema de fondo no es el retorno del Estado, sino más bien el hecho de que no es posible separarlo del capital: ya no de los pequeños Estados europeos, sino de los grandes Estados –China, EEUU, Rusia, India– cuya soberanía se ejerce en grandes espacios. Todos estos juntos constituyen una máquina de guerra que, sin embargo, no puede volverse *Imperio* o *una sola máquina de guerra* global, ya que se encuentra frente a otras máquinas de guerra, todas armadas hasta los dientes, que organizan la relación entre capital y Estado de diferentes modos, y apuntan, compitiendo entre sí, a la hegemonía mundial.

China es un ejemplo reciente y claro de cómo se construye la relación entre capital y Estado. La lucha de clases desarrollada durante la revolución cultural (siempre lista para convertirse en gue-

rra civil) concluye con la victoria de los “reformistas” que lanzan el “mercado socialista”, confirmando una vez más que la lucha de clases y/o la guerra civil precede a la producción. El Estado chino establece desde el principio una relación dialéctica con los capitalistas: según la coyuntura les da “libertad” para enriquecerse, pero también puede reprimirlos muy severamente si ponen palos en las ruedas al Estado y al Partido Comunista (grandes empresarios, partidarios de la introducción de prácticas financieras occidentales, desaparecieron o fueron condenados a muerte). El Estado es el que dicta los tiempos y los métodos, el que privilegia un sector u otro, el que controla la moneda y la tecnología.

En cualquier caso, aunque el rol del Estado (y del trabajo) está acentuado por la formación marxista de los chinos, el capitalismo es una máquina bicéfala: capital y Estado, economía y política, *producción y guerra*, que, a partir de la formación del mercado mundial, actúan conjuntamente, aunque con tensiones y contrastes porque la lógica de la ganancia no es idéntica a la lógica del poder. El Estado es territorial, el capital tiende continuamente a salir del territorio, pero no puede globalizarse sin el Estado, mientras que este último necesita del capital para vivir en la globalización. Sin capital, su soberanía está vacía, sin salarios e ingresos, sin trabajo y bienestar su legitimidad es débil, su fuerza interna y externa depende de la producción.

La integración capital-Estado se produce gradualmente sin fundirse nunca en un todo orgánico, con una aceleración a partir de la Primera Guerra Mundial. De las bodas del Estado y el capital celebradas entre 1914 y 1918, tras un noviazgo que duró varios siglos, nace una máquina de guerra que reorganiza tanto el Estado como el capital.

El Estado ve cómo se modifica la soberanía, la independencia, la autonomía que había retenido hasta la Revolución Francesa. El Estado no puede “quedarse”, es decir, no puede limitarse simplemente a frenar los movimientos que erosionan el orden porque está asociado al capital que es lo contrario a quedarse, es movimiento continuo. El Estado debe transformarse él mismo en estímulo económico, científico, político, actor del cambio que debe anticipar y

producir. El capital, por su parte, ya no es la potencia inmanente y autónoma descrita por Marx. Ya no es cierto que “en el laboratorio secreto de la producción está escrito: *No admittance except on business*”, porque el Estado entra prepotente a intentar sofocar la lucha de clases que el capitalismo suscita, pero no logra contener. Estado y capital, juntos, inducen crisis, catástrofes, guerras. Sin duda es el Estado el que empuja a estas últimas, aunque es en conjunto que expresan la identidad de producción y destrucción.

En los años treinta, Schmitt define a este Estado como “total” o “económico” porque “dispone de un amplio derecho del trabajo, una fijación de precios y un arbitraje de los poderes públicos en caso de conflicto sobre los salarios, a través del cual ejerce una influencia determinante sobre estos; asegura subvenciones gigantescas a los diversos sectores de la economía; es un Estado del bienestar y providencia, un Estado fiscal que gasta”. Todos los sectores de la sociedad están implicados en este proceso: ya en 1928, dice Schmitt, el 53 por ciento del ingreso nacional era controlado por los poderes públicos. El Estado interviene en una materia que anteriormente se definía como no política y la producción se politiza porque es el lugar privilegiado de la lucha de clases.

Esta pérdida relativa de autonomía de ambos está ampliamente compensada por la adquisición, a través de su integración, de una fuerza de producción/destrucción inaudita que contiene todas las catástrofes por venir.

Nunca hubo una “fobia al Estado” como creía Foucault, ni de parte de los ordoliberales ni de los neoliberales. La única fobia que han tenido es a la “revuelta de las masas”, que mediante la lucha arranca al Estado conquistas de todo tipo, obligándolo al compromiso, reduciéndolo a un “mercado de ganado” y a perder parte de su soberanía política tan indispensable para el capital si juega contra la revolución.

El proyecto de Schmitt, igual que el de los ordoliberales en los años treinta, (“economía libre, Estado fuerte”, decía Rüstow en 1932, recordando un texto anterior de Carl Schmitt, *Estado fuerte y economía sana*) y de los neoliberales contemporáneos, nunca fue el de un Estado débil, sino el de un Estado fuerte, capaz de neu-

tralizar todas las “demandas” obreras y proletarias que lo asaltan e invertir en cambio toda su fuerza y sus funciones en el desarrollo de la máquina Estado-capital.

Rüstow, uno de los fundadores del neoliberalismo en los años treinta, anuncia a su manera el proyecto de una máquina Estado-capital incluyendo sus diferencias: “Un Estado fuerte al servicio de una política económica liberal y una política económica liberal al servicio de un Estado fuerte –porque las dos exigencias se condicionan mutuamente–”. La integración del Estado y el capital es llevada a su límite cuando los ordolibearales piden escribir los principios de la producción de ganancias en la constitución (cosa que se hizo en Europa durante la última crisis de la deuda).

Esta integración sin identificación produce un “capitalismo político” (aunque siempre haya sido político) en el que la burocracia administrativa, militar y política no se distingue de los capitalistas: juntos constituyen la subjetividad del poder que, a través de la voluntad, “fija” la posición del “sujeto” colectivo. Burócratas y capitalistas cumplen funciones diversas al interior de la misma máquina político-económica, constituyéndola el punto de vista subjetivo que instaure y regula la relación entre guerra de conquista y producción, entre violencia de la colonización y ordenamiento democrático, entre organización científica del trabajo (abstracto) y el saqueo de la naturaleza humana y no humana.

Lenin tenía razón: hay que abolir el Estado, porque es inseparable del capitalismo. La tesis está demostrada por el fracaso mismo de la Revolución Soviética, que, después de la toma del poder, reconstruyó al Estado y con este reconstruyó también al capitalismo. Lo mismo se puede decir de China y de las funciones del trabajo en las dos revoluciones. Si el capital es una relación, capital/trabajo, mantener y glorificar uno de los dos términos, el trabajo, no destruye la relación, sino que la reconstruye.

La relación entre Estado y capital en los historiadores

La relación Estado-capital tiene una larga tradición. Los historiadores, más cómodos en el análisis de la relación entre Estado y capital que los economistas, nos dicen que es ilusorio e imposible

separar estos dos términos, es decir, pensar ya sea en la existencia autónoma del Estado o en el capital como una fuerza inmanente e independiente. Para Fernand Braudel: “El Estado moderno (...) en ocasiones actúa a su favor, otras obstaculiza sus propósitos; a veces le permite expandirse libremente, pero otras destruye sus recursos (...). Según su nivel de equilibrio y su fuerza, el Estado es (...) favorable u hostil al mundo del dinero”.

Otto Hintze describe esta relación como una integración progresiva que, sin embargo, nunca puede transformarse en identificación. *La hegemonía de uno sobre otro cambia según las coyunturas, pero de tal manera que es imposible concebirlos como dos poderes separados o que se conviertan en uno.*

En una primera fase, el desarrollo del capitalismo se vio favorecido por el Estado que lo concibió como un instrumento indispensable para su propia política y su propio poder. En un segundo momento, la relación se transforma hasta invertirse. El capitalismo reforzado, que dispone de un mercado nacional, supera los obstáculos que el Estado le presenta, pero sin desprenderse nunca de ellos.

Las guerras totales de la primera mitad del siglo XX, y su apropiación de la economía, la enorme destrucción causada por las guerras y la crisis de 1929, el desarrollo de las políticas sociales a raíz de los conflictos mundiales y de la Revolución Soviética, “redujeron fuertemente la precedente actividad y autonomía del capitalismo”. La Guerra Fría no proporciona “ninguna prueba de una evolución autónoma del capitalismo”, ya que se desarrolla bajo el control y las condiciones impuestas por Estados Unidos y por la Unión Soviética.

Esta afirmación de Hintze sigue siendo válida hoy en día. Según la ideología liberal, a partir de los años ochenta, el capital parece transformarse en autónomo y reconquistar finalmente la “libertad” que parecía haber perdido durante las guerras totales y la Guerra Fría, de aquí la ilusión del Imperio. Pero esto es cierto si nos abstraemos de la fase inicial del ciclo fundamentalmente político (formación de las clases), pero también de la fase inicial de la “*belle époque*” neoliberal, porque el Estado es el que libera los flujos financieros, activa las políticas fiscales, reorganiza el mercado del trabajo; y de la fase final donde recupera su soberanía.

Cuando se vislumbra el colapso “sistémico”, como en 2008, el capital necesita de modo absoluto al Estado, ya sea como prestamista de última instancia o como soberano, capaz de ejercer, si fuese necesario, la fuerza para imponer políticas de austeridad: política y economía “están indisolublemente ligadas [...] es decir, son dos aspectos o lados particulares de un mismo desarrollo histórico”.

Antes de ser una institución económica, la moneda es una institución del Estado. La afirmación de DG “la enorme masa monetaria llamada apátrida, que circula a través de los intercambios y de las fronteras, que escapa al control de los Estados, que forma una organización ecuménica multinacional, que constituye una potencia supranacional de hecho insensible a las decisiones de gobierno” es verdadera solo parcialmente. Cuando el Estado se planteó controlar las finanzas por considerarlas una de las causas de la catástrofe de la primera mitad del siglo XX, lo hizo con éxito. Una vez transformada la coyuntura político-económica, fue el mismo Estado el que, para lanzar el neoliberalismo, dictó leyes que permitieron a los flujos económicos escapar a su control. Y en cualquier caso, esta organización financiera supranacional simplemente se habría disuelto en 2007 si el Estado no la hubiese salvado a costa nuestra.

Quizás es necesario volver sobre la afirmación de DG según la cual la máquina de guerra se automatiza y deviene autónoma primero con el fascismo y luego con la Guerra Fría. La experiencia fascista es interesante porque demuestra cómo Estado y capital pueden funcionar conjuntamente en un primer momento, produciendo una máquina de guerra monstruosa que los integra sin identificarlos y, a partir de un cierto punto, estar ambos subordinados a un movimiento suicida y autodestructivo. La existencia de la máquina de dos cabezas, poder soberano y poder del capital, se confirma también en períodos generalmente considerados dominados por el poder exclusivo de la soberanía. La máquina de guerra del fascismo deviene autónoma únicamente en la última fase, cuando se vuelve guerra desplegada, cuando se dirige hacia la autodestrucción. Antes de este salto a la oscuridad, aún permanece ligada al poder del capital, por el cual logra resolver algunas contradicciones que, de otro modo, le resultarían explosivas.

El nazismo no solo introdujo y volvió permanente el Estado de excepción, como parece creer Agamben, que ha descuidado completamente la fuerza y el rol que desarrolló el capitalismo en este período de ascenso de Hitler. Junto al Estado de excepción, al Estado discrecional, siguió funcionando lo que Ernst Fraenkel llama el “estado normativo”, el estado de derecho, según su teoría del “doble Estado”. La acción del Estado normativo, más allá del deseo nazi de privatizar sus funciones delegándolas en agentes y agencias no estatales (anticipando así los proyectos neoliberales), se circunscribe a un espacio definido, aunque fuese muy amplio. La acción administrativa es necesaria para el “sistema económico capitalista”, cuya prosperidad depende de un orden jurídico capaz de garantizar seguridad en el mediano y largo plazo. Solo un orden legal, un orden de las normas jurídicas puede asegurar la estabilidad de la propiedad, de la empresa, de los contratos y del dominio sobre la clase obrera. La supervivencia del “capitalismo alemán requiere un doble Estado, arbitrario, discrecional en su dimensión política y racional en su dimensión económica”. El Estado normativo garantiza la continuación de los ingresos, mientras la clase obrera está “sujeta a la intervención ilimitada del Estado de policía”.

La progresiva autonomía del Estado de excepción nazi es el resultado del riesgo que los capitalistas asumieron al apoyar explícitamente el ascenso de los nazis al poder. Con la Segunda Guerra Mundial el Estado de excepción en Alemania se convertirá en un movimiento suicida, autodestructivo, que rompe con el Estado administrativo y también con el capitalismo con el que estuvo fascinado durante mucho tiempo por las posibilidades de control de clase que permitía el fascismo. En la posguerra preferirá un compromiso/conflicto con el estalinismo.

El fascismo es una de las opciones de destrucción y autodestrucción a disposición de la máquina Estado-capital junto con la guerra nuclear entre potencias imperialistas, la extinción ecológica y las guerras civiles más o menos solapadas que ya existen (EE. UU.) y las que la militarización de la economía no tardará en producir. Estas opciones se están integrando en la guerra en Ucrania,

que incluye, como todas las guerras globales, la guerra contra las mujeres, la guerra contra los racializados y contra los trabajadores.

Es sorprendente que, incluso bajo la presión de la guerra en permanente escalada, no se vuelva críticamente a las teorías heredadas del 68 (y contemporáneas) que, como decíamos al principio, dan al mismo tiempo un paso adelante y dos atrás.

El punto de vista de NH es interesante porque intenta resolver el *impasse* tanto de la teoría como de la práctica con una artimaña: transformar la derrota política en victoria ontológica, sustituyendo la separación real producida a raíz de la guerra (de conquista, civil, entre Estados), la explotación y la dominación por una inocente separación ontológica. Las relaciones de fuerza le son completamente desfavorables pero la multitud es “cada vez más autónoma” e independiente de un capital cada vez más parasitario, reducido a simple dominio. La multitud es la producción; el capital y el Estado son el orden. Toda la potencia creativa está en la multitud, todo el poder, en el Estado y el capital. Un “dualismo de poder” que se corresponde con una relación de fuerza real. El “trabajo biopolítico demuestra su autonomía” en la capacidad de “organizar redes y formas de cooperación”, cada vez más capaces “de autogestionar la producción”. Los obreros están obligados a autoorganizar su tiempo de trabajo porque “la temporalidad vigente en la fábrica –las formas de gestionar el tiempo, la temporización [...]– ya no se aplica”. Incluso el slogan maoísta “uno se divide en dos”, que quería expresar la lucha de clases y oponerse por completo a su contrario, “los dos se funden en uno” (este es el slogan que resultó vencedor de la revolución cultural y fundacional del capitalismo chino) se transformó en una división ontológica que desearía ser más radical que la división de clases, pero que en realidad expresa impotencia política. La única *separación vigente es la separación política efectuada por el capital*, lograda por el fortalecimiento de la subordinación económica, racial y sexual, resultado de un cambio histórico de las relaciones de fuerza, que lo está llevando a la catástrofe económica, bélica, ecológica. El proletariado nunca ha sido tan sumiso, tan impotente, tan silencioso (al menos en Europa) frente a la lucha de clases que la máquina Estado-capital ha llevado a cabo en los

últimos cincuenta años y hoy frente a la guerra imperialista. La división ontológica debe ser reemplazada por la división de clases, porque la autonomía y la independencia no están dadas, sino que, como siempre, es necesario conquistarlas con la lucha, la organización y la estrategia.

En las teorías que hemos analizado, la guerra desaparece o pierde sus dimensiones de violencia de clase porque todas estas teorías intentan resolver un problema real. La revolución del siglo XX basada en la hegemonía de la relación capital/trabajo fue derrotada. Pero la derrota de la clase obrera como sujeto político no implica la desaparición de la lucha de clases. Es exactamente lo contrario. La lucha de clases se desata unilateralmente porque la máquina Estado-capital no encuentra mucha oposición organizada ni, en realidad, a ningún enemigo.

Nota. La evolución de la OTAN de la Alianza Militar del Atlántico Norte a la “OTAN global” manifiesta la voluntad de guerra mundial de los angloamericanos. El proyecto de doblegar a todo aquel que no se someta al poder estadounidense se vuelve más preciso y comienza con dar vía libre a la masacre de los kurdos, vendidos a Erdogan junto con los tan aclamados valores occidentales. Argentina e Irán solicitan ingresar a los BRICS, captando el significado de la guerra en Ucrania: Occidente no quiere resignarse a su declive y, como siempre, está dispuesto a todo.¹

1 La *Nota* fue escrita el 30 de junio de 2022.

Otros títulos de Tinta Limón

Nociones Comunes

Cárcel y exilio. Historia de un comunista II

Antonio Negri

Cultura de la red. Información, política y trabajo libre

Tiziana Terranova

Guerras y capital. Una contrahistoria

Éric Alliez y Maurizio Lazzarato

Sobre la impotencia

Paolo Virno

Teoría de los ensamblajes y complejidad social

Manuel DeLanda

La memoria utópica del Inca Garcilaso. Comunalismo andino y buen gobierno

Alfredo Gómez-Müller

¿Cómo imponer un límite absoluto al capitalismo? Filosofía política de Deleuze y Guattari

Jun Fujita Hirose

Historia de un comunista

Antonio Negri

Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo

Ulrich Brand y Markus Wissen

Aura latente. Estética/ Ética/ Política/Técnica

Ticio Escobar

En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente

Wendy Brown

Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes

Silvia Federici

El umbral. Crónicas y meditaciones

Franco Berardi Bifo

En letras de sangre y fuego. Trabajo, máquinas y crisis del capitalismo

George Caffentzis

Cine-capital. Cómo las imágenes devienen revolucionarias

Jun Fujita Hirose

La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo

Verónica Gago

Acerca del fin. Conversaciones

Alain Badiou y Giovanbattista Tusa

Spinoza disidente

Diego Tatián

Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente

Suely Rolnik

El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo

Silvia Federici

Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas

Silvia Federici

Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis

Silvia Rivera Cusicanqui

Autonomía y diseño. La realización de lo comunal

Silvia Rivera Cusicanqui

La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero

Jacques Rancière

Políticas del acontecimiento

Maurizio Lazzarato

La razón neoliberal

Verónica Gago

Serie ch'ixi

Una teoría marxista del valor-trabajo a la luz de la industria petrolera

George Caffentzis

Brasil autofágico. Aceleración y contención entre Bolsonaro y Lula

Daniel Feldmann y Fabio Luis Barbosa dos Santos

La casa como laboratorio. Finanzas, vivienda y trabajo esencial.

Verónica Gago, Luci Cavallero

Brujas. Caza de brujas y mujeres

Silvia Federici

¿Quién le debe a quién?

Ensayos transaccionales de desobediencia financiera

Silvia Federici, Verónica Gago y Luci Cavallero

Una lectura feminista de la deuda. ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!

Luci Cavallero y Verónica Gago

La Internacional Feminista

VV. AA.

Pensar en movimiento

Venezuela crónica. Cómo fue que la historia nos trajo hasta aquí

José Roberto Duque

Laboratorio Favela. Violencia política en Río de Janeiro

Marielle Franco

La sociedad ajustada

Colectivo Juguetes Perdidos

BUENOS AIRES, ARGENTINA

www.tintalimon.com.ar

Salud feminista. Soberanía de los cuerpos, poder y organización
VV.AA.

La gorra coronada. Diario del macrismo

Colectivo Juguetes Perdidos

De #BlackLivesMatter a la liberación negra

Keeanga-Yamahtta Taylor

Fight the Power. Rap, raza y realidad

Chuck D

Incursiones

La acción psicológica. Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones
1955-1981

Julia Risler

La cueva de los sueños. Precariedad, bingos y política

Andrés Fuentes

¿Quién mató a Cafrune? Crónica de la muerte de la canción militante

Jimena Néspolo

Coediciones

Nada que esperar. Historia de una amistad política.

Sebastián Scolnik. Coedición con Lobo Suelto y Cordero Editor

El feminismo es para todo el mundo
bell hooks. Coedición con

Traficantes de Sueños

DISTRIBUYE: La Periférica Distribuidora

www.la-periferica.com.ar

Estos 2000 ejemplares de
Guerra o revolución se terminaron de
imprimir en octubre de 2022 en Nuevo
Offset, Viel 1444, Ciudad de Buenos
Aires, Argentina